10 AÑOS LEER MÁS COMPROMISO COMPARTIDO

¡LEÍMOS Y ESCRIBIMOS MÁS!

El mundo que habito.
La piel que habito.
Con quienes habito.

Ilustraciones por
Pilar Sánchez Granel

GERDAU
El futuro se moldea

¡Leímos y Escribimos más!

Antología de cuentos finalistas y premiados del concurso de escritura creativa del programa Leer Más, Compromiso Compartido.

Primera edición: febrero 2024

Impreso en Rosario, Santa Fe, Argentina.

Libro de edición Argentina.

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Palabras de bienvenida

Desde el año 2013, trabajamos desde Gerdau en el programa educativo “Leer Más, Compromiso Compartido” junto con el equipo de docentes de las escuelas primarias de las localidades de Pérez, Soldini y Zavalla de la Provincia de Santa Fe.

Intercambiamos, pensamos, aprendimos y ampliamos las formas de enseñar y compartir con los chicos y las chicas la lectura y la escritura, y lanzamos un concurso de escritura creativa para los últimos grados, celebrando el décimo aniversario del programa para que la ficción nos diera la última palabra.

Esta antología es el resultado del arduo trabajo de más de 380 alumnos que, junto a sus docentes, exploraron la producción escrita como forma de potenciar el lenguaje, el pensamiento y su propia subjetividad. Pero no lo hicieron solos, el programa invitó, a partir de los encuentros de formación y a través de los recursos para el aula, a desplegar el proceso completo de elaboración de un texto ficcional: planificación, puesta en texto y revisión.

Porque, claro, nadie siente un impulso en el cuerpo y toma la hoja en blanco para llenarla hasta el punto final y obtener una obra maestra. De hecho, fue esa la primera creencia que quisimos derribar: que los cuentos (y las novelas, las historietas y lo que sea que podamos crear desde la invención y la escritura) salen así, por arte de magia o de la famosa inspiración. En realidad, hay más trabajo que inspiración, las cosas no se obtienen de un momento a otro, hay que ponerle concentración, tiempo, compromiso, voluntad; primero parece que no podemos escribir nada, escribimos y tachamos, vamos y venimos, leemos un poco y apuntamos algún pasaje que nos gustó, y de repente se empieza a ver en los borradores una idea, un conflicto, lo dejamos descansar, volvemos y agregamos un personaje y una escena, reescribimos, corregimos y damos a leer a otros, volvemos a tachar y ya nos va gustando, va tomando forma, lo vemos, solo unas poquitas correcciones y ya está, ¡está listo!

En definitiva, el objetivo fue que comprendieran que escribir no es la habilidad de algunos sino la posibilidad de todos, al igual la lectura, que es un proceso lleno de idas y vueltas, pero repleto de gratificaciones y aprendizajes en el camino. Con este programa, además de brindar capacitación a los docentes para la promoción de la lectura y escritura en los alumnos, desde Gerdau buscamos reforzar la importancia del hábito de lectura en los niños, con el firme objetivo de constituir lectores que sueñen y que piensen en grande para transformar el mundo.

Al final del recorrido, los cuentos fueron preseleccionados como finalistas y luego evaluados por el escritor Martín Blasco, quien tiene un mensaje para los escritores y los lectores de esta antología. Que la disfruten.

Mensaje de experto

Julio Cortázar, uno de los mejores escritores de la literatura argentina, nunca quiso ser escritor. Su verdadero sueño, lo que él realmente quería ser era músico de jazz. Hubiese dado todo por tocar realmente bien (excepcional-mente bien) la trompeta, el piano o el saxofón.

Cortázar fue Cortázar, escritor (y sí, muy bueno, extraordinario), porque según él eso era la vocación. La vocación –literaria en su caso–, lejos de haber sido una elección, fue un destino, algo que a uno lo impele (lo arrastra incluso), lo lleva hacia adelante, a hacer eso y no otra cosa. Como si no hubiese salida: es a eso a lo que has venido.

Yo estudié cine y quería ser director de cine. ¿Y la literatura? Bueno, siempre estuvo ahí, como lector, como escritor de canciones (la música siempre me acompaña) o guiones. Pero la literatura me arrastró y hoy es mi trabajo, y mi pasión.

No sé si los chicos y chicas que participan de esta antología sueñan con convertirse en escritores. Probablemente no, tendrán otros sueños. Pero se sentaron y escribieron los cuentos que ustedes están por leer. Así que ya son escritores en la práctica. Felicitaciones y a seguir leyendo y escribiendo.

Martín Blasco

Última advertencia

A continuación, entonces, compartimos los cincuenta y nueve cuentos entre finalistas, mencionados y ganadores de las tres categorías participantes: quinto, sexto y séptimo grado del nivel primario. Éstos se escribieron tomando como parte de la inspiración tres temáticas:

El mundo que habito. Así le llamamos al horizonte temático alrededor del cambio climático, la concientización y educación ambiental, la sustentabilidad y el reciclado, entre otras tópicas sobre el futuro del planeta.

La piel que habito. Para mirar no solo hacia afuera e invitar a los chicos y a las chicas a la autoexploración, propusimos esta temática para que indaguen en su identidad. Desde la recuperación de las historias familiares, la diversidad cultural, y hasta las emociones y la construcción de la propia subjetividad.

Con quienes habito. Por último, dejamos la puerta abierta para una tercera temática que mirara a los otros y a la relación con ellos. La idea era que los chicos pudiesen descubrir desde la ficción las relaciones sociales, desde las familias a las comunidades, las organizaciones, pensando incluso la participación y el compromiso.

Cada pequeño escritor tomó para armar su invención una de ellas.

Agradecimientos

Desde Gerdau queremos agradecer y felicitar a todos los equipos de docentes y directivos de las escuelas participantes que fueron parte del concurso y también del camino de formación y crecimiento. Sentimos que hicimos comunidad, que en diez años trabajando en conjunto se forjó un vínculo de referencia y confianza.

Gracias a todas las chicas y los chicos participantes, nos enorgullece leer el producto de su imaginación.

Gracias a las familias que supieron acompañar todo el proceso.

DON MIGUEL

Luciano Saracino

Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

Esa era la cancioncita que escuchábamos todos, al verlo pasar. Y era imposible no verlo.

Primero, porque antes de verlo lo escuchabas. Y ya cuando lo escuchabas te daban ganas de mirar. A vos te habría pasado lo mismo si una tarde como estas el viento te traía la melodía del "clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín". Ibas a mirar. Porque seguro que se acercaba una historia.

Y, segundo, porque nunca viste a alguien como Don Miguel. Por eso era imposible no verlo.

Llevaba un carro de esos que se usaban a principios del siglo veinte -o sea, en el tiempo de ñaupa- para vender frutas y verduras. Si en algún momento ese carro fue nuevo, no sé. Lo único que sé es que desde que vi por primera vez a Don Miguel, ese carro ya era una ruina.

Las ruedas de madera hacían un cierto ruido cuando pasaban por la calle empedrada de mi casa. Pero más ruido hacía lo que Don Miguel juntaba en ese carro.

Porque Don Miguel juntaba cosas. Se la pasaba todo el día juntando cosas.

Pero, ¡atención!, que Don Miguel no juntaba cualquier cosa. No, no, no.

Don Miguel juntaba... bueno. Si estás leyendo con atención no hace falta que te lo diga, pero te lo digo igual porque hoy tengo ganas de conversar.

Don Miguel, en su carro, siempre estaba cargado a tope de:

-clavos.

-clavitos.

-chapitas.

-brillos.

-tornillos.

-latitas.

Y ahora sé exactamente lo que estás pensando, no porque sea adivino sino porque a mí me pasaba lo mismo cuando lo veía pasar: el temita de los brillos.

Porque lo otro te lo imaginaste bárbaro. Pero los brillos...

¿Qué eran esos brillos que se asomaban entre las demás cosas que juntaba Don Miguel?

Bueno, Don Miguel decía que eran estrellas.

Por eso se pasaba todo el día recorriendo las calles del barrio y los caminos de "las afueras", que es como se le le decía al barrio cuando se vuelve campo.

Don Miguel buscaba estrellas y cositas de metal.

Las estrellas las buscaba porque decía que tenían que estar en el cielo y no tiradas por ahí. Que seguro se habían perdido, caído, o andá a saber. Y por eso había que llevarlas de vuelta allá arriba. Lo demás lo juntaba para hacer una nave espacial.

Y, sí. ¿Cómo iba a devolver Don Miguel todas las estrellas que juntaba, si no tenía una nave espacial para hacerlo?

-Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

Era una fiesta, verlo.

Los chicos salíamos corriendo cada vez que escuchábamos su canción. Nos asomábamos al carro para ver las estrellas de cerca porque nunca habíamos visto estrellas de cerca. Claro que, aunque nos pusiéramos en puntas de pie, nunca llegábamos a divisarlas. Los brillos siempre salían de adentro; como metidos entre todo lo otro.

Todos le tenían cariño porque en el barrio medio que nos teníamos cariño entre todos.

-Si no nos cuidamos entre nosotros... -decía mi abuelo, que siempre le envolvía a Don Miguel un sándwich de mortadela y queso para que comiera cuando le viniera el hambre.

-Don Miguel siempre fue muy imaginativo -decía mi abuela, que solía acompañar el "imaginativo" con un movimiento circular de su dedo índice sobre su sien.

-¿Y si es verdad que junta estrellas? -preguntaba yo cada vez que alguien sacaba el nombre de Don Miguel en alguna conversación.

La respuesta era un coro de carcajadas.

-¿Y si es verdad que se va a hacer una nave espacial? -preguntaba cuando veía su carro cargado más que otros días.

Y otra vez el coro de carcajadas como única respuesta posible.

-Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

La casa de Don Miguel quedaba en "las afueras", que ya te dije que era donde el barrio empezaba a volverse de a poco campo. Era una casita pequeña, humilde, en el medio de un terreno absolutamente atestado de, sí:

-clavos.

-clavitos.

-chapitas.

-tornillos.

-latitas.

Pero no de brillos. Ahí, en el terreno lleno de cosas apiladas que siempre parecían estar haciendo equilibrio, no había brillos.

Los brillos los guardaba en una especie de cuartucho que estaba atrás del terreno, fuera de la casa y casi escondido entre tanta cosa en todos lados.

Una vez, entré.

Yo era chico. Y ustedes seguro que vieron cómo son los chicos con las cosas que les provocan curiosidad. Y seguro que se dieron cuenta, también, que a

mí este asunto de los brillos me tenía de lo más interesado.

Para llegar hasta ese cuartucho había que atravesar un laberinto de chatarra. Era fácil perderse, así que más de una vez tuve que retroceder cuando veía mi camino obstaculizado por las cosas que Don Miguel juntaba y dejaba por ahí. Tuve que volver varias veces para atrás y probar en otras direcciones hasta que, sí, pude llegar hasta la puerta de ese cuartucho que de cerca era más cuartucho que de lejos.

No tenía ventanas, pero sí una puerta sin candado ni llave.

Ese detalle es extraño. En todos los cuentos del mundo los tesoros están protegidos por candados y cerrojos de todo tipo. Pero en este, que tiene el tesoro más imponente de la historia del planeta, no hay ninguna llave.

Solamente una puerta que se abrió ni bien la empujé un poquitito. Adentro del cuartucho había un montón de frascos con tapa.

En cada frasco, una estrella.

Yo nunca había visto antes una estrella de cerca. Y ahí había como cien.

No me pregunten cómo es que las reconocí, porque no puedo explicárselos. Simplemente, ellas estaban ahí. Y yo también.

-Wow -dije.

Y ellas no dijeron nada. Porque ellas estaban tristes, ahí.

Tampoco me pregunten cómo sabía eso, pero lo sabía. Y también supe el motivo de esa tristeza; estaban lejos de su casa.

No como yo, que estaba "en las afueras" pero cerquita. Ellas estaban lejos de verdad. Lejos lejísimo. Infinito punto rojo de lejos.

Cuando esa tardecita conté en mi casa este asunto me respondieron con el tradicional coro de carcajadas. Y un poco los entendía; los que se reían de Don Miguel nunca habían visto una estrella de cerca. No podían entenderlas. A ellas ni a él.

-Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

Un domingo igualito a otros domingos me di cuenta que hacía un montón que no escuchaba la canción de Don Miguel ni el ruido del carro de Don Miguel ni a Don Miguel. Le pregunté al abuelo y me dijo que "es cierto; hace algunas semanas que le preparo sus sándwichs de mortadela y queso, pero me los termino comiendo yo".

Y como ese era un domingo igualito a otros domingos, me subí a la bicicleta y me fui hasta lo de Don Miguel.

¡La sorpresa que me di cuando vi que el terreno que rodeaba su casa estaba totalmente limpio!

Claro que eso no tiene ni comparación a cuando corrí hasta el cuartucho del fondo y vi los estantes totalmente vacíos.

¿Dónde se había ido Don Miguel?

¿Y su chatarra?

¿Y las estrellas?

Lo único que había quedado ahí, como una carta de despedida, era su carro.

Quieto.

Mudo.

Sin nada.

Un vecino me dijo que hacía unos días había venido un camión de "la planta" y habían ayudado a Don Miguel a subir toda la chatarra. Y que Don Miguel se había ido, con una cara de felicidad que no le entraba en el rostro, con ellos.

Ustedes no son de mi barrio, así que no saben. Pero en mi barrio y en las afueras de mi barrio cuando decimos "la planta" nos estamos refiriendo a Gerdau, que es una empresa recicladora gigante. Una vez vinieron a la escuela a darnos una charla, y lo que más me quedó fue una frase que nos dijeron: "transformamos por año millones de toneladas de chatarra en acero".

¿Entonces...?

-Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

La bicicleta parecía volar. Creo que llegué a "la planta" en cinco segundos, pero por ahí en eso sí te exagero un poquito. La posta es que llegué rapidí-si-mo.

Y ahí me dijeron lo que yo ya sabía.

En Gerdau habían ayudado a Don Miguel a cumplir su sueño. Habían me-tido la chatarra, entre todos, en una especie de olla gigante donde la fundie-ron para convertirla en el metal apropiado para fabricar una nave espacial. Porque eso es lo que hacen, en Gerdau, y eso es lo que hicieron aquella vez: convirtieron lo que no servía en algo que sirve. Convirtieron la chatarra en magia que se puede volver a usar, y volver a reciclar, y volver a usar, y volver a reciclar. Con Don Miguel, aquella vez, cerquita de mi barrio, fabricaron una nave espacial.

¡La alegría que tenían en "la planta" cuando me contaron aquello! ¡Lo feliz que se había puesto Don Miguel cuando terminaron la nave!

Eso, tal cual, me dijeron en "la planta". Que Don Miguel había convertido toda su chatarra en una nave espacial último modelo ayudado por los amigos y las amigas de Gerdau.

Y que había despegado ayer a la noche, para poder cumplir su sueño. Esto pasó hace un montón de años.

La vida me convirtió en escritor de libros para chicos y chicas.

Vivo en una casita rodeada de un terreno donde no hay chatarra pero sí ár-boles y una huerta llena de lo que planto.

En un rincón tengo el carro de Don Miguel, que como no volvió le pedí a mi abuelo que lo trajera a casa y desde entonces lo conservo.

A la noche me gusta quedarme en el parque mirando el cielo.

A veces veo aparecer alguna estrella que antes no estaba, y sé que es Don Miguel que sigue cumpliendo su misión por el universo, ayudado por la nave que se hizo con chatarra en Gerdau.

En el carro de Don Miguel puse unas macetas llenas de plantas.

Cuando el clima está lindo, a esas plantas las visitan un montón de luciérnagas.

Y yo siento como si el viento me cantara:

-Clavo, clavito, chapín. Brillo, tornillo, latín.

En las noches despejadas de verano, veo destellos, veo brillos que entran a la planta y salen y vuelven a entrar y seguir mutando en un sinfín. ¿Habrá otras naves? ¿Qué será de la nave cuando se ponga viejita? Y pienso en la olla gigante como un caldero mágico donde nada muere y todo se convierte.

Luciano Saracino es un escritor argentino, nació en Buenos Aires en 1978. Obtuvo el primer premio del VI Certamen Internacional de Álbum Infantil Ilustrado Ciudad de Alicante con su obra "Cuento hasta tres". Tiene escritas más de ochenta obras, las cuales han sido publicadas en idiomas tan diversos como el español, italiano, francés, portugués, catalán, inglés, coreano, serbio, alemán, griego y ruso. Por ellas, obtuvo varios premios en Argentina, España y Uruguay.

"Don Miguel" es un cuento que representa nuestro proceso productivo mediante el cual producimos acero a partir del reciclaje de chatarra ferrosa, de este modo estamos presentes en el día a día de todas las personas impulsando la construcción de un futuro más sustentable.

EL MÁGICO BOSQUE

Mateo Heredia

Había una vez un niño llamado Thiago, al que le encantaba hacer campamentos en el bosque. Desde muy pequeño, su abuelo se encargaba de contarle cuentos e historias mágicas, sobre todo sobre el bosque y toda la belleza que existía en él.

En sus vacaciones preparaba su carpa, mochila y provisiones para explorarlo junto a su amigo Ramiro.

Los días en el bosque eran soñados, aire, sol, verde, el cantar de los pájaros, el sonido del agua a lo lejos. Por las noches el cielo se cubría con miles de formas que hacían las estrellas.

Thiago y Ramiro se aventuraron a buscar una flor mágica que sólo crecía allí, la llamaban la flor de la suerte, y era quien hacía mágico al bosque.

Los amigos anhelaban encontrar la flor, ser de los privilegiados. En el camino tuvieron muchas charlas, se contaron historias, rieron mucho.

Por las noches descansaban en algún hueco o cuevita, no tenían miedo, conocían el lugar y lo amaban. A la mañana siguiente continuaban su aventura, disfrutaban del paisaje, compartían la comida que habían llevado.

Después de un largo caminar, se cruzaron con el guardabosque, que les preguntó qué hacían por ahí. Ellos le contaron su aventura, la búsqueda de la flor de la suerte.

El guardabosque les dijo que muchos la habían buscado desde hacía tiempo, pero que nadie la había encontrado. “Pero si les sirve”, les dijo, “la suerte no es magia, no se crea. Confiar en el interior de uno mismo puede hacer que todo ocurra”.

Thiago y Ramiro se quedaron pensando lo que les había dicho, y dejaron de buscar la flor. Se dieron cuenta de que no necesitaban una flor para tener suerte, que ellos creían en sí mismos, y que iban a lograr todo lo que se propusieran. Así emprendieron el camino de regreso con alegría.

Al llegar a sus casas los esperaban con besos y abrazos y una gran cena. Ellos contaron las aventuras vividas con cada detalle, todos los escuchaban atentos.

Se hicieron una promesa: regresarían en unos años al bosque, ya no en busca de la flor de la suerte, sino para disfrutar de la naturaleza y sus encantos, y así poder tener nuevas historias que vivir y contar a todos. Lo tomaron como una costumbre, cada dos o tres años repetían la aventura.

Pasó el tiempo, estos amigos crecieron, formaron sus familias, y sus hijos crecieron escuchando estas historias de amor a la naturaleza y de amistad, y un día llegó el momento de llevar a sus hijos al viaje más lindo y más sano de sus vidas.

MUDANZA OBLIGADA

Bautista Cingolani

¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? Hoy te voy a contar cómo era mi situación en el lugar donde vivía, junto a mi primo Ramón.

Hasta hace ya algún tiempo, la zona donde habitaba era muy tranquila. Se escuchaba el soplido del viento al arrastrar las hojas caídas o al mover las que aún estaban en los árboles, el splash de las nutrias al caer al agua y el canto de las aves.

Otro sonido infaltable a la hora de la siesta era el de las chicharras que a veces se mezclaba con las bocinas de los barcos. Y a la noche, el chillido de los grillos.

La convivencia, nada fácil, con mi abuela ya anciana, mi primo nombrado anteriormente y mis padres.

Debido a la situación de la zona, comenzó a ser muy normal la visita de los bomberos frecuentemente.

Pero un día me tocó vivir probablemente la peor tragedia de mi vida.

Yo estaba afuera mirando la orilla del río y de pronto empecé a ver que algu-nos de mis vecinos huían, pero no presté demasiada atención hasta que escuché que mi primo me llamaba a los gritos:

–Vení, vení algo creo que pasa algo raro pero no sé muy bien.

Rápidamente me adentré en la vegetación y no muy claramente, pero alcancé a ver cómo una pequeña chispa caía arriba de mi cueva de hojas y ramas secas.

Nadie entendía cómo se pudo llevar a cabo el incendio de mi cueva.

Vi que mi abuela se iba y me decía que corra rápidamente.

Ahí comprendí que mis vecinos estaban pasando por la misma situación, por eso huían.

Yo estaba muy preocupado pero el cargo total lo tenían mis papás, ya que los bomberos no circulaban a esa hora.

Lo peor es que, poco a poco, se empezó a quemar parte de la costa del río. Así fue que mi mamá y mi papá se cargaron la familia al hombro y decidieron que teníamos que abandonar la isla y nadar hasta otra que quedaba cerca de la ciudad y era más poblada.

Tomé coraje, les di mi último adiós a todos los demás, me sumergí y empecé a nadar.

Nadé y nadé hasta que me di vuelta y vi que mi abuela precisaba ayuda. Abrazándola de la espalda con mi brazo izquierdo la llevé hasta la otra isla.

Cuando todos logramos llegar, nos instalamos debajo de un árbol.

Mientras tanto, con mi primo nos fuimos a sentar a la orilla del río y expresamos distintos sentimientos al ver el humo que salía de nuestro antiguo hogar. Veíamos que muchos animales huían de la misma manera que nosotros, mientras que otros decidían quedarse buscando nuevos refugios.

Tuvimos que dejar de mirar por la tristeza que nos causaba y salimos en busca de mis padres.

Ellos estaban hablando con unos bomberos que decidieron ayudarnos. Nos atendieron médicamente. Nos consiguieron una cueva nueva y nos dieron un poco de alimento.

Por suerte nos inscribimos en un nuevo colegio. No nos costó tanto hacernos amigos de todos. Pero mi mejor amigo es Daniel y lo es porque es un carpicho como mi primo y yo.

Esta fue y va a ser mi historia. Espero que la hayas disfrutado mucho.

EL DÍA FINAL

Thomas Rovere

Era un día hermoso, el sol brillaba sin nubes a la vista, estaba fantástico. Pero algo raro sentía, como si algo se acercara, aunque yo no le presté atención, cada vez se sentía más fuerte. Fui a comprar algo para comer y cuando salgo escucho truenos, relámpagos, granizos. Salí corriendo hasta el bosque, supuestamente era el lugar más seguro. Mientras corría me tropecé y caí rodando hasta una piedra, un lugar al que de chico iba siempre a jugar con mis amigos. Me desmayé y luego de una o dos horas me desperté. Era un desastre, gente gritando mientras una ola arrasaba con la ciudad, yo me escondí debajo de una piedra y, me di cuenta que debajo de ella había un hoyo, entonces aproveché y corrí hasta ahí. Mientras me estaba metiendo iba viendo cómo la gente fallecía. Creí que era de noche así que decidí dormir.

Al día siguiente tenía sed y no estaba seguro de salir, hasta que me decidí. Las calles estaban vacías con un silencio profundo. Fui a una casa cualquiera y aproveché a explorar. Después de tres o cuatro horas de caminata encontré un niño abandonado, le pregunté qué le pasaba y ni un suspiro, interrogué de vuelta pero no me habló sino que me señaló un lugar. Miro hacia ahí y había una mujer fallecida. Le pregunté quién era y me contestó: mamá. Yo me asusté y seguí caminando.

Después de un rato encontré un auto, fui a ver si funcionaba, porque lo raro era que la llave estaba tirada al lado. Mientras me subía a su interior veía como una nube oscura y llena de relámpagos se acercaba. Entré rápidamente y arranqué al máximo, pero la nube cada vez era más rápida. Iba a tanta velocidad que en un momento choqué contra un árbol y lo último que vi fue la sombra de un chico. Dos horas después me levanté sin nada, las nubes se acercaban poco a poco. A lo lejos vi un árbol así que aproveché a esconderme.

No sé qué pasó, pero fue como si la tormenta no me hubiera visto. Después de media hora aproveché a salir y en el camino encontré una casa vacía, pero a la vez llena de provisiones, agua, comida y muchas cosas más. Me pareció raro y me llevé todo en una bolsa.

Mientras me iba vi un tornado. Corrí como treinta kilómetros y a medida que me alejaba una señora salió y gritó ¡Ladrón! Seguí corriendo y a lo lejos me encontré con el auto que había visto antes, y me pregunté ¿será posible? Soy el hombre más afortunado. Subí al vehículo y recordé los viajes que hacía con mi viejo. Luego de doce horas encontré un refugio y allí me quedé. Era muy cálido, las paredes olían horrible, pero, sobre todo, estaba habitable.

Al día siguiente, sin pensarlo, me fui del lugar pero la tormenta nuevamente estaba encima mío. Entré al auto y arranqué como si fuera el fin del mundo. En el camino veía cómo la gente venía pero no llegaba por los truenos que rodeaban el vehículo, como si los rayos me detectaran. Sin embargo no le di importancia, fui aún más rápido atravesando cualquier obstáculo. Mil kilómetros adelante me quedé sin nafta, así que no me refugiaría, sino que caminaría hasta el final. Caminé tanto durante dos días seguidos (sobreviviendo con una botella de agua y media torta frita) que cuando me di cuenta que habían pasado los días, me construí un refugio, toda esa valentía se había acabado. Al final del día lo terminé y me fui a dormir.

A la mañana siguiente, fui a buscar provisiones para comer. Vi un señor de sesenta, sesenta y algo, y le pregunté qué hacía ahí pero no me dijo nada. Lo interrogué de vuelta y nada. Decidí seguir, y después de varias horas encontré un lugar seguro, para mí un lugar perfecto. Allí comí y me fui a dormir. Dormido tuve una pesadilla, en donde estaba en un avión en medio de la tormenta acercándome a una luz roja. Cuando me acerqué, me desperté y me volví a dormir.

Al siguiente día, esa misma tormenta apareció de nuevo y yo no salí por miedo. Mientras la miraba detenidamente, vi sobresalir un color rojizo. Me asusté porque era exactamente el mismo color que vi en mi sueño y me puse a pensar ¿será que tendré que enfrentarlo en este momento? Grité para saber si había alguien y para mi suerte había una banda de sobrevivientes y entre ellos un

conductor de aviones. Me subí y él me preguntó: ¿estás listo? yo le dije que sí y en ese mismo momento despegamos.

En cuanto llegué, me paré sobre un ala del avión, entre truenos y relámpagos me acerqué y le dije: éste es tu fin. Rompí la fuente de poder y la tormenta se desvaneció con su último relámpago. Bajamos, y cuando por fin terminé con todo esto, me desperté.

LA MAÑANA EN QUE EL BOSQUE LLORÓ

Olivia Caiazza

Me llamo Olmo y hoy les voy a contar la historia de mi muerte.

Yo vivía tranquilo y muy feliz, en un bosque lleno de animales que se refugiaban bajo mi sombra. Los pájaros cantaban sobre mí, las flores crecían a mi lado, el viento soplaba suavecito los días soleados de otoño para que cayeran las hojas y los niños pudieran jugar con ellas.

Muchos niños disfrutaban sus tardes trepando a mis ramas, pero en especial Emma, mi mejor amiga, amaba el bosque y pasar tiempo allí. Emma, es una niña tímida pero muy tierna, que venía a visitarme casi todos los días.

Siempre llevaba una pequeña mochila con un libro para leer, muchos lápices de colores, acuarelas para pintar y un cuaderno donde escribía poesías. Cada vez que llegaba con su bicicleta violeta, a mí me crecían flores de repente. Me gustaba mucho escucharla contar historias apoyada sobre mi tronco y compartir las tardes con ella.

Mis días a su lado, y en mi querido bosque, eran tan hermosos como recibir agua de lluvia fresquita, después de una sequía.

Pero todo cambió bruscamente. Una mañana fría y oscura de invierno empecé a escuchar un ruido fuerte y muy extraño en esa zona. De pronto, máquinas enormes aparecieron y comenzaron con furia a derribar todos los árboles a mí alrededor. Yo sabía que mi fin estaba llegando; ese lugar mágico se transformó ese día en algo parecido a un solitario desierto.

No me pude despedir de mi amiga, eso fue lo que más me dolió.

Emma se puso muy mal al verme así, al ver a su bosque, su lugar en el mun-

do, destruido.

Corrió a su casa y abrazó a su mamá.

–Mamá, mataron a Olmo –dijo Emma llorando.

–¡Cuánto lo siento, hija! –dijo la mamá.

La niña corrió a su habitación muy triste, sin consuelo. Su mamá intentando calmarla la llamó y le dijo:

–Tengo una idea

–¿Cuál? –preguntó Emma intrigada.

–Vamos a publicarlo en redes sociales para que todos puedan ver lo que está pasando.

– ¡Dale! –Dijo Emma–, tenemos que salvar lo que queda del bosque en honor a Olmo.

Al día siguiente, pusieron manos a la obra para iniciar una campaña en contra de la deforestación y así evitar la tala indiscriminada de árboles nativos. Luego de unos cuantos días y después de haber conseguido miles de seguidores que apoyaban la causa, la mamá de Emma la llamó para contarle que el intendente de la ciudad iba a poner una nueva norma.

– ¿De qué se trata? –preguntó Emma contenta y ansiosa. Su mamá le explicó que a partir de ahora cada persona que sacara un árbol, tendría que plantar cinco en su lugar–. ¡Ay, me encanta la idea, mami! ¡Sé que vamos a poder hacer del bosque un lugar lindo nuevamente, donde podré ir a recordar a Olmo cada vez que quiera, jugar allí y disfrutar de la naturaleza otra vez!

EL AUTO DEL FUTURO JUNTO A LORENZO Y GABO

Vladimir Gómez Dedjar

Un día gris, nublado, lleno de humo, Lorenzo y Gabo jugaban al fútbol en una canchita abandonada que apenas se podía ver dentro de un enorme basural.

Por supuesto que ellos tenían bien colocadas sus máscaras panorámicas con filtro de aire por la contaminación irreparable que había en el planeta.

No hay electricidad, ni gasolina y hasta hay gente con carretas, claro que sin gas no funciona casi nada.

Lorenzo y Gabo iban a su casa, cansados de ver a su alrededor que las plantas no crecían, las frutas y verduras eran sólo para pocos, pensaban mucho qué podían hacer.

Es que sin sol no hay aire puro, ni color, no se respira bien, no hay flores que perfumen las calles, ni las plazas, ni los patios.

La gente va y viene en patines y en bicicleta, con caras largas y paliduchas, de noche usan velas como cuando no había luz eléctrica y comen un alimento sintético parecido al de los perros.

La atmósfera está llena de gases tóxicos y el río Paraná parece dulce de leche y nadie se anima a bañarse, mucho menos beber esa agua.

Entonces, a Lorenzo y a Gabo se les ocurrió crear el auto del futuro pero que viaje al pasado para llevarle un pedido al presidente de la nación y a la ONU.

Fueron al basural para buscar entre las chatarras la carrocería de un auto, encontraron el de un Falcón abandonado y como tiene el capote muy grande, eso significaba que tiene un lugar gigante para un super motor, decidieron llevárselo.

En su garaje tenían todo lo que necesitaban, hasta el turbo que le pondrían al motor para darle más potencia. Lo único que faltaba era darle energía para que el auto funcionara, Lorenzo pensó usar un molino de viento que tenían cerca, Gabo llevó una batería vieja y juntos la cargaron de energía.

Estaban seguros de que iba a encender y así lo hizo, cargaron en su mochila comida y gaseosas porque no sabían cuánto iba a durar este viaje.

¡El día llegó!, dijo ansioso Gabo. Al partir se sintieron raros porque pasaron a otra dimensión donde vieron un arcoíris, flores, el cielo celeste y algunas montañas cubiertas de pasto verde.

Asombrados por el hermoso paisaje se estacionaron ahí, bajaron del auto y se encontraron un mundo totalmente diferente donde la naturaleza estaba sana.

Al bajar, se cruzaron algunas personas que vestían muy coloridas y hasta su tono de piel se veía saludable, Lorenzo y Gabo le preguntaron dónde podían encontrar al presidente. Fueron rápidamente a esa dirección y el presidente aceptó recibirlos, escuchó atento y preocupado su pedido.

El presidente se comunicó con los señores de la ONU y juntos idearon un plan para que las personas reflexionen, tomen conciencia y hagan buenas acciones para el cuidado de la naturaleza.

Los chicos cansados pero muy felices volvieron al futuro y se encontraron con el medio ambiente sin contaminación, donde el sol se veía reluciente y las personas ya no tenían caras largas y paliduchas, se respiraba aire puro.

Ellos supieron enseguida que cumplieron con su gran misión... salvar el Planeta Tierra.

EL TUCÁN

Candelaria Milagros Díaz

Hola, soy Mike y soy un tucán. Hoy les voy a contar que están acabando con mi hogar debido a las quemas.

Si preguntan cuál es mi hogar, les paso a contar que es la isla, sí, la que está frente a la ciudad de Rosario, pero no es cruzando y listo, no.

Los humanos cruzan con lanchas y cada persona que viene contamina muchísimo nuestro territorio dejando residuos y produciendo contaminación ambiental. Lo peor es que queman un maravilloso lugar al provocar incendios, dañando un pulmón importantísimo de nuestro planeta.

Por ahora el fuego no llega a nosotros, porque armamos una cueva bajo un tronco que se cayó al secarse por completo.

Antes era hermoso, tranquilo, no había contaminación, fuego, humo o mal olor: ahora no se puede respirar, el aire ya no es puro y casi no hay comida. Solo queda pasto quemado cubierto de ceniza.

Tanto yo como mi familia podemos volar, pero no estamos solos nosotros. Están los pumas, gatos monteses, cuises, perros, nutrias, carpinchos y demás animales que habitan en la isla desde hace mucho tiempo. Ellos no pueden volar, por lo tanto, no tienen probabilidad de sobrevivir. Si queremos tomar agua o comer tenemos que volar kilómetros y kilómetros para poder abastecernos de dichos nutrientes fundamentales para nuestra existencia.

Hoy despertamos y no se podía respirar por el intenso olor a humo y las cenizas que cubrían todo el ambiente. Con mi familia decidimos volar a la ciudad de Rosario para resguardarnos del peligro. Todo marchaba a la perfección, pero cuando llegamos no fue tan simple. La gente mirándonos y tratando de atraparnos. ¡¡Un terrible lío!!

Un día vi que una niña venía en dirección a nosotros y pensábamos que nos iba a tratar mal o hacer daño, pero ella era buena. Nos acogió en su hogar dándonos comida y agua, desde ese momento empezó a ser nuestra amiga.

La niña, llamada Liz, junto a su familia hizo una enorme jaula en la pared del patio de su casa. Nos costó entender, pero nos encariñamos mucho y preferimos quedarnos en ese lugar. Así pasó el tiempo, mis dos hermanas crecieron, mis dos hermanos también y yo tengo pareja porque llegó otra familia, y así formamos una bien grande.

Una noche entraron a robar, pero por suerte a nuestros amigos no les pasó nada. Trataron de robarnos a nuestra hermana menor y gracias a nuestra amiga, mi hermana está con nosotros.

Por eso Liz y su familia decidieron adoptar un perro guardián para que nos cuide y proteja.

Al principio pensábamos que nos iba a lastimar, pero fue y es muy bueno con los humanos y los animales.

Desde la casa vemos cómo día a día siguen quemando la isla, el que era nuestro hogar se va destruyendo...

NIÑOS TRAVIESOS

Dante Nicolet

Había una vez dos gemelos muy pero muy traviesos, los amigos les decían los Travis, aunque se llamaban Mateo y Santiago. Eran tan, pero tan traviesos que hacían bromas de todo tipo, como poner baldes llenos de agua arriba de las puertas, o pegar el borrador al pizarrón para que las seños no puedan borrar. Para lo único que se ponían serios los hermanos era para luchar contra la contaminación. Pasaban muchas horas leyendo historietas y jugando videojuegos en los cuales se defendía el planeta.

Pero había algo que ellos no sabían: dos años atrás, en la fábrica de historietas y videojuegos, había ocurrido un accidente que provocó que una gota de ácido cayera en un producto, y cuando apenas alguien empezara a jugar o leerla un monstruo saldría.

Santi se sentó a leer el domingo pasado y apenas empezó salió un monstruo de basura, que dejaba papeles, latas y muchas cosas más tiradas por todos lados, en diez minutos la ciudad parecía un basurero.

Cuando Mateo volvió de fútbol, Santi le explicó todo, entonces los hermanos destruyeron el videojuego y tiraron la historieta a la basura, agarraron las bicis y salieron rápido para la casa de su amigo Felipe que era un genio y seguro alguna idea se le iba a ocurrir.

Cuando llegaron, Felipe dijo que la única forma de derrotar al monstruo era modificando la historieta. El plan era convertir el monstruo de la basura en un robot reciclador, para eso había que encontrar la historieta. Cuando llegaron de regreso a la casa la historieta no estaba en el cesto de la basura, resulta que el monstruo había mezclado todo.

Los tres recorrieron toda la ciudad en busca de alguna página, pero no encontraron ni una sola hoja.

De regreso, después de revisar cada tacho que se les cruzó en el camino, ya sin esperanza, vieron al monstruo dormido con la historieta de almohada.

Ahora había que diseñar un plan para sacarle el cuento y retener al monstruo mientras Felipe arreglaba la historieta.

Los gemelos llenaron un balde con agua salada y se lo tiraron en la cara. El monstruo despertó asustado y enfurecido con el ojo todo irritado por la sal. Los chicos se fueron aterrados, mientras que Felipe agarró la historieta y corrió para arreglarla. No pasaron ni cinco minutos y ya todo había cambiado, el monstruo no llegó a poner un pie en el piso que ya era un robot reciclador. Desde ese día todo cambió, toda la comunidad se compromete a mantener el orden y la limpieza de su ciudad para poder disfrutar de los parques, ríos, del aire puro y así poder vivir mejor.

Por vivir sin contaminar es que todos vivieron más felices.

NO TE METAS CON LA PERSONA EQUIVOCADA

Jazmín Lucía Dubrawski

“Pobre árbol” me dijo un niño con tristeza en la cara mientras quitaba los papeles de mi alrededor, luego marchó rumbo a su colegio. Si él tan sólo supiera mi historia, no me tendría tanta pena... ¿Los dejé con intriga? Bueno, les contaré mi historia.

Yo era un niño medio rebelde, pero era querido. Un día encontré un árbol feo, les digo la verdad, era muy feo, no tenía ni una sola hoja, todas sus flores estaban secas y su tronco estaba roto. Le dije: “¡Qué mal día para ser tú!” Mientras me reía a carcajadas, no sé por qué razón, pero sentí que el árbol estaba furioso, y no me equivocaba...

A la mañana siguiente, cuando me desperté, ya era tarde para el colegio, mientras me reprochaba fui al baño y ¡¿Qué?! ¡Mi cara! Tenía toda la cara roja y los labios hinchados ¡¿Qué me pasó?! ¡¡Mamá!! Como nadie respondía fui a la cocina, cuando vi la heladera había una carta que decía: “Hijo, me tuve que ir temprano por asuntos del trabajo, te preparé tu mochila.” Lo comprendí e hice marcha hacia el colegio. Uf ¡Por suerte llegué!

En medio de la clase de lengua quise ir al baño, le pregunté a la maestra, me dijo que vaya y vuelva rápido, fui hacia el baño, luego de hacer mis necesidades me agarró calor, me quité el buzo, y mientras que me lo ataba a la cintura y vi mi brazo grité y salté del susto, mientras tartamudeaba: “M–mi b–brazo.”

¿¡ERA UNA RAMA!? Me desesperé, rápido agarré mi buzo y me lo puse. Me tranquilicé un poco, pero luego vi mi pelo y... ¿¡QUÉ!? En vez de pelo, ¡hojas! ¡Qué desesperación! Me sentía tan raro que corrí, hasta que llegué a la puerta de salida que estaba cerrada, rápidamente, no sé cómo, con mi brazo atravesé la puerta, miles de cristales cayeron rotos. Llegué a un parque pero... desde

ese día dejé de ser un humano y me transformé en árbol. Qué irrealista ¿verdad?

Bueno, esa es mi historia. ¿Qué está pasando? ¿Por qué todos corren? Señor arbusto, ¿qué está sucediendo? Lo que todos los de aquí temíamos... Un incendio. ESPERA, ¿QUÉ? ¿MORIREMOS AQUÍ? Tristemente, sí. Pero, ¿tan triste tiene que ser nuestro final? ¡Cada vez el fuego está más cerca! Y así me quemé. Pero tranquilos, ese no es el final. Luego de quemarme lancé un gran fruto dorado muy bello, aunque nadie lo podía ver ¡qué raro! ¿No? Lástima quien lo pisó, cada vez que se partía, se regeneraba rápidamente, no importa lo roto que esté.

Simba, un león, pasó medio tenso con una tigresa llamada Lola, que tropezó con el fruto. Miraron hacia todos lados, pero no me encontraron, luego Simba vino hacia mí y me pisó ¡Tenía una cara de terror!

Llegó Marta, una chita, la cual aceptó la propuesta de ayudarlos a combatir el fuego, valientemente se dirigieron hacia el incendio para apagarlo, pero... ¿quiénes son esos humanos que se veían a lo lejos? ¡Espera! ¿Esos no son los bomberos? Llegaron unos humanos que en vez de quemar nuestras tierras querían salvarlas ¡Qué felicidad! Apagaron el fuego poco a poco, tristemente hubo muchos heridos.

Pero mi historia no es un cuento de hadas en el que todos están felices, porque luego de eso, el fruto se abrió y salió una semilla la cual me transformó en un árbol de nuevo, la verdad es que no me gusta mucho ser un árbol, desearía ser humano de nuevo, eso nunca se cumplió. Pero ahora tengo muchos amigos animales, arbustos, árboles, y lo más importante, humanos que están arriesgando su vida para arreglar errores de otros.

¿QUÉ PASÓ CON ARROYO FLORES?

Victoria Ferraguti

De niño, Damián vivía en un lugar maravilloso, llamado Arroyo Flores. Era un pueblo con pocos habitantes, muy tranquilo, sus calles de tierra eran poco transitadas, y su mayor atracción era su arroyo cristalino, con sus bellas y ruidosas aves, sus mariposas coloridas, la variedad de peces y su frondosa arboleda.

A Damián le encantaba pasar el rato en ese querido arroyo con sus primos y amigos del pueblo. Durante el verano jugaban con el agua, recogían plumas multicolores que pegaban a la pared del quincho y además, pasaban horas trepados a los árboles fingiendo ser monos. Los fines de semana pescaban en el arroyo y se juntaban a comer.

Pero un día, eso cambió. Damián había vuelto al pueblo después de unos años de ausencia y vio que el arroyo había desaparecido, los árboles ya no estaban, los pájaros ya no cantaban, la calle estaba pavimentada, ya no había tanto silencio, había muchos edificios y la gente no era tan amigable. Se sintió muy triste y a la vez furioso porque había desaparecido lo más bello del lugar.

A Damián esto no le gustó, y decidió tratar de restaurar lo más hermoso de ese lugar, el Arroyo Flores.

Llamó a sus primos y amigos que antes vivían en ese pueblo y les contó lo que había pasado. Al enterarse, su gente decidió ayudarlo. En pocas horas ellos ya estaban reunidos con Damián. Él se sintió muy feliz por verlos nuevamente y acordaron idear un plan para que ese magnífico lugar recuperara su vida.

Pero de repente, vio en los habitantes actuales, actitudes muy dañinas para ese ambiente y por supuesto, para sus habitantes también. Entonces, comenzó por hablar con ellos para hacerlos reflexionar sobre sus actos y poder recuperar Arroyo Flores.

Así fue como los llevó a recorrer su lugar. Empezaron a caminar por un sendero y a lo lejos vieron fuego, observaron como muchos animales escapaban de allí corriendo, asustados y tristes. Después, notaron cómo todo estaba contaminado, había mucho humo, y casi no se podía respirar. Advirtieron cómo muchas aves escapaban de su hábitat volando, mientras que otras especies no podían hacerlo.

Todos, al ver esto, se sintieron muy mal.

Arroyo Flores ya no era el mismo lugar que solía ser. Damián tenía muchas ganas de llorar, pero se resistió, él tenía la esperanza de poder cambiar la situación junto a los nuevos pobladores.

Ya era de noche y el humo era insoportable, no se podía dormir, Damián no dejaba de toser.

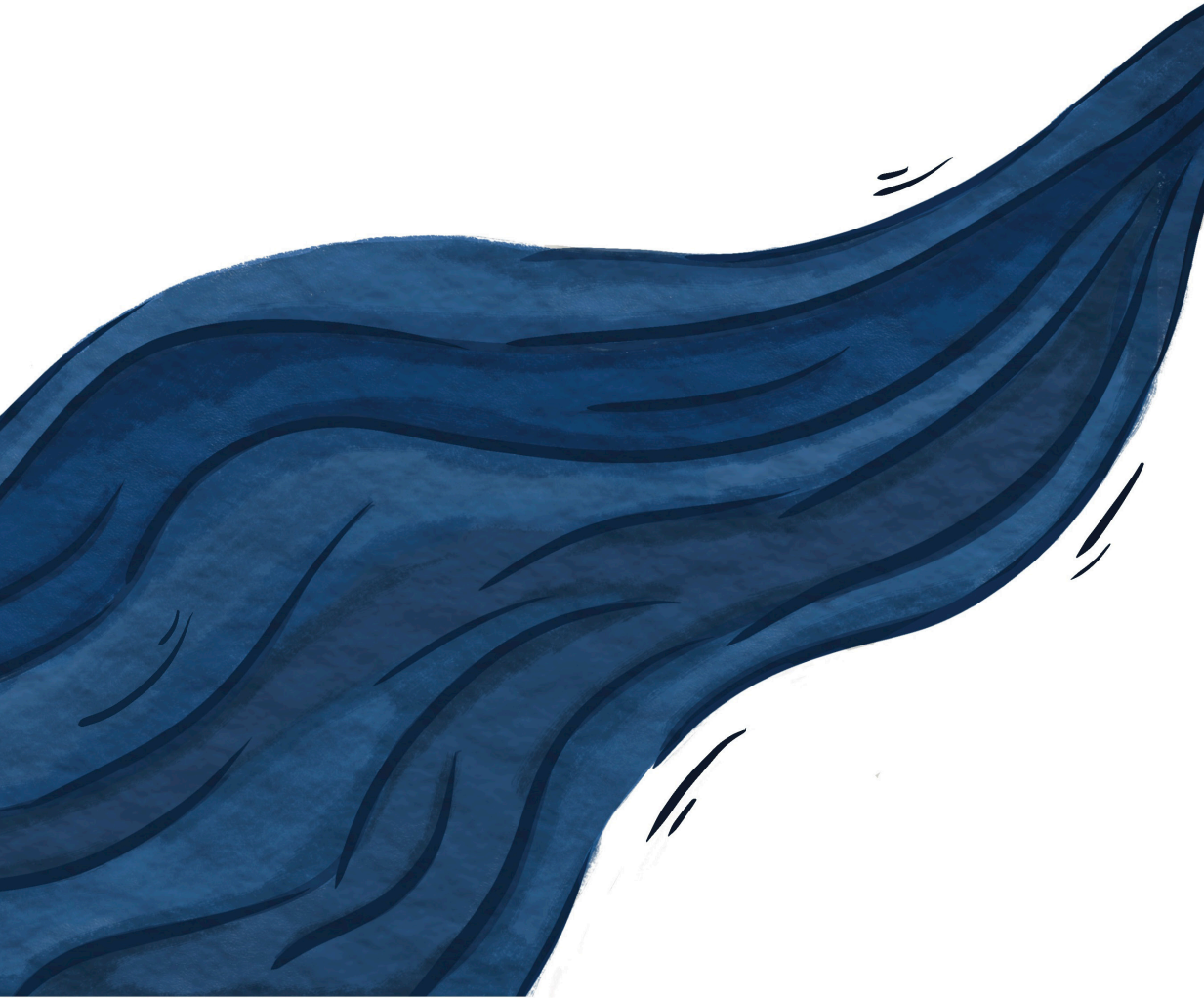
Durante los días siguientes, mientras el cuartel de bomberos hacía su labor, Damián, sus amigos y vecinos del lugar, colocaron contenedores de colores para reciclar los residuos que las personas desechaban, prepararon ladrillos ecológicos, compactaron papel y cartón, reciclaron latas y frascos y prepararon con ellos, hermosas y coloridas macetas que decorarían el camino hacia el arroyo y para iluminarlo de noche, colocaron botellas con luces.

Los niños rescataron y cuidaron animales que luego devolverían a su lugar y los habitantes más ancianos recolectaban y reproducían plantas autóctonas para reforestar Arroyo Flores una vez que los incendios se apagaran.

Después de varias semanas tratando de que el lugar volviera a ser un paraíso agradable, pasó un milagro: el humo había desaparecido, ya no había incendios, la lluvia bendijo el espacio. El arroyo estaba lleno de agua, los árboles comenzaron a volverse verdes. Damián, al ver esto, se puso muy feliz y decidió volver a vivir a su querido pueblo.

Finalmente, Arroyo Flores recuperó su hermosura, se pobló de nuevos y cuidadosos habitantes, y los colores y sonidos se disfrutaban mucho más.

Todos entendieron que cuidar el medio ambiente es enseñar a valorar la vida.



ATAQUE ALIENÍGENA

Eric Aguirre, Teo Aguirre y Joaquín Desana

Todo sucedió en el planeta Tierra. Allí vivían muchos chicos, entre ellos, Nahuel, un niño travieso.

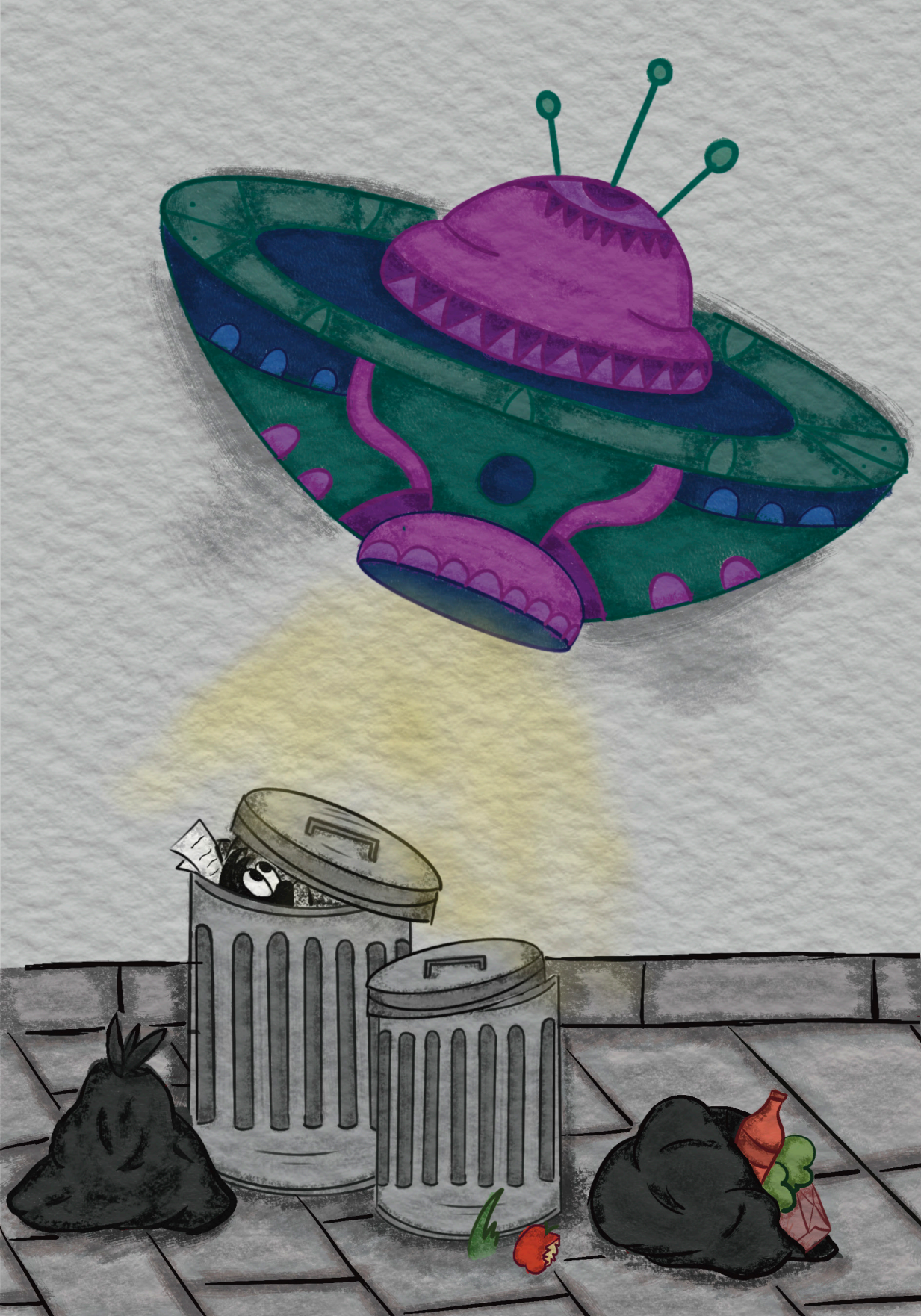
Una mañana se levantó para ir a la escuela y se dio cuenta de que sería un día maravilloso. El sol brillaba como nunca. Como era tan lindo día, tuvo la idea de invitar a sus dos amigos, Ricardo y Julián, para juntarse en la plaza, después de la escuela.

Se encontraron y fueron a comprar helado. Se sentaron a comerlo en el pasto, que era muy suave. Se sentía la brisa del atardecer. Cuando terminaron el helado, Nahuel sugirió ir a su casa a jugar a la Play. Además, les preguntó si querían quedarse a dormir. Ellos le respondieron que sí.

A la noche miraron una película de aliens, en medio de la película, Julián vio una luz verde en la ventana, se levantó de la cama y se dirigió a la cocina para contarles a los chicos lo que había visto. Allí se dio cuenta que Nahuel y Ricardo no estaban, los buscó por toda la casa. Cuando fue afuera, se llevó una sorpresa: había ovnis, que eran atraídos por la basura y destruían todo a su alrededor.

De repente, escuchó un grito desde la esquina de la casa de Nahuel. Julián se dirigió hasta la esquina, cuando llegó vio un OVNI que por error estaba abduciendo a Nahuel y Ricardo. Entonces, se le ocurrió la idea de esconderse en un tacho de basura para que lo abdujeran a él también y que lo llevarán a donde estaban los chicos.

Por la ventana del OVNI, que era como una nave, Julián pudo ver un planeta llamado Alienix. Todo era de color verde: las casas, escuelas, edificios, animales, ríos, océanos. Todo.



Cuando pisaron tierra, trasladaron a Nahuel y Ricardo hacia el demoledor de basura. Julián los siguió y pudo reunirse con ellos, que estaban muy asustados.

Por suerte, pudieron escapar y para que no los atrapen de nuevo, a Ricardo se le ocurrió disfrazarse de alien. Lo intentaron, pero los aliens se dieron cuenta que los disfraces le faltaban color y detalles. En ese momento, Nahuel gritó "¡Corran hacia la nave!" Y así, pudieron regresar a casa.

Al llegar a la Tierra, se dieron cuenta que todo era un caos por la destrucción de los aliens. Aterrizaron y directamente fueron a la base militar a pedir armamento y refuerzos.

Nombraron a Nahuel como capitán. Ricardo y Julián se quedaron en shock porque nunca hubieran imaginado que fuera capitán. Ya preparados, fueron hacia los aliens, donde comenzó la guerra. La guerra duró dos días, hasta que el líder de los aliens les dijo:

– Reciclen, reduzcan y reutilicen para que nos vayamos de este planeta.

El ataque cesó y los ciudadanos inmediatamente empezaron a reciclar. Todos se dieron cuenta de que la Tierra es un lugar hermoso y lindo que hay que cuidarlo.

SIN TÍTULO

Abril Liñán

Había una vez, en una de las extensas e inmensas islas del delta del Paraná, especialmente en la que se ubica frente a la localidad de Rosario, una linda gata montés llamada Kiara, muy cariñosa, amable, bondadosa; pero a la vez feroz si se trataba de cuidar a su hija, tiene treinta años y una pequeña cachorra de cuatro años llamada Leonor, la cual tenía unas raras manchitas en forma de corazón que le daban un toque especial y una dulce y tierna mirada, era la más bonita, inquieta y amistosa de toda la isla, jugaba con todos y cada uno de los animales sin diferenciar especie ni tamaño y le gusta mucho comer truchas.

Todos los días, Leonor salía a jugar a la orilla del río. Una tarde salió como de costumbre, pero esta vez se encontró con Niki, un carpincho color negro con patas blancas, teñidas en negro por el barro, "¡Pareces una cebra!" le dijo Leonor de forma graciosa, ambos rieron y se pusieron a charlar; desde ese momento se hicieron mejores amigos. Hasta que un día la familia de Niki se tuvo que ir de la isla a la que consideraban su hogar por la poca cantidad de peces a consecuencia de la bajante del río.

Desde el día que se fueron, Leonor lo extraña continuamente, siempre se iba a jugar sola al mismo lugar, para poder recordarlo. Corría en medio del bosque entre los árboles, se acostaba a descansar junto a las flores y atrapaba mosquitos; pasaron días y días sin ver a Niki; hasta que un día, Leonor quedó boquiabierta al ver que lo que había esperado por mucho, mucho tiempo se hacía realidad, Niki estaba parada frente a ella, toda su familia había vuelto. Juntos fueron corriendo a contarle la buena noticia a Kiara.

En una mañana, como otras de los largos y calurosos días de verano, Kiara salió temprano de su cueva para ir a cazar y llevarle comida a Leonor, Niki

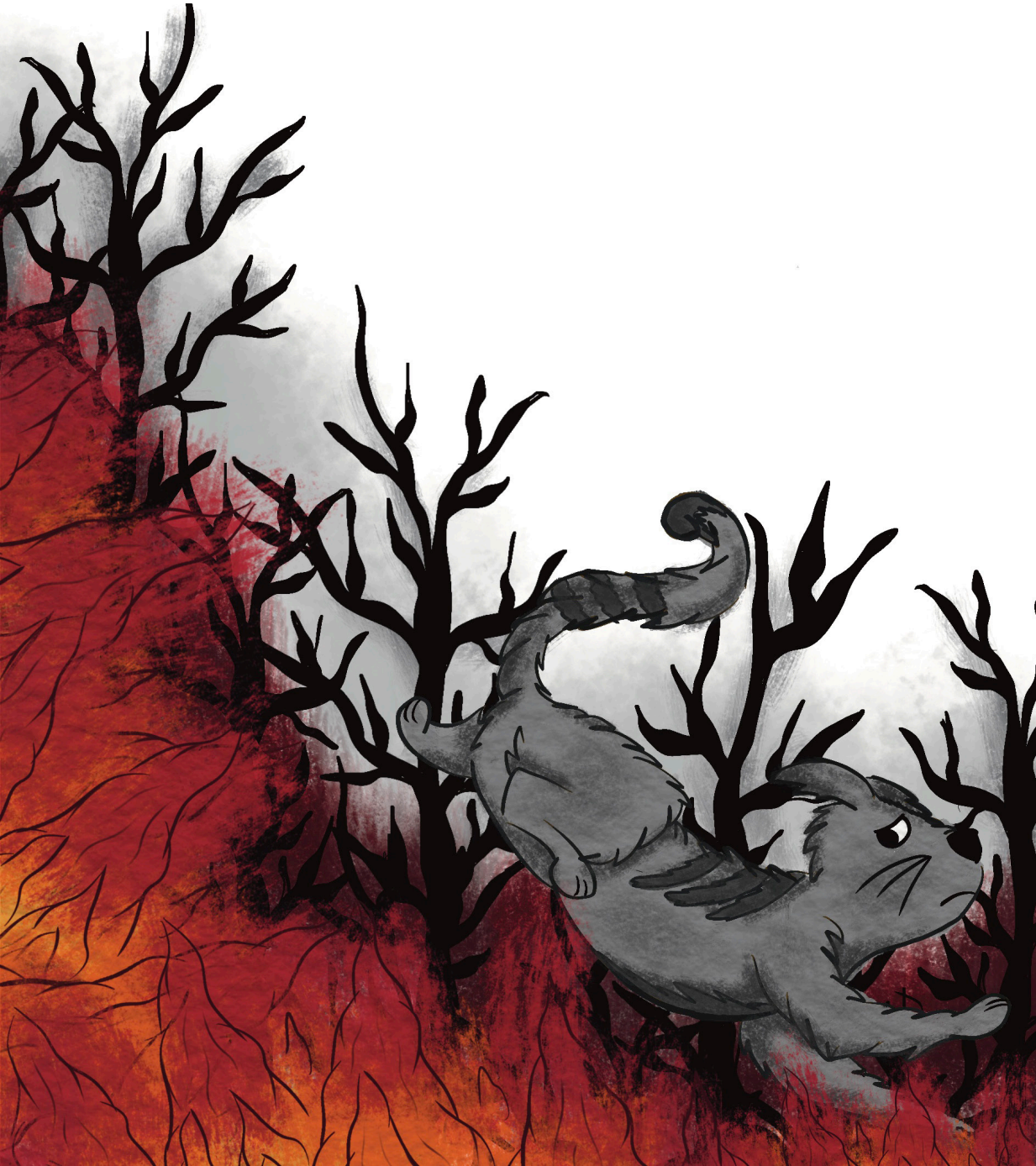
y toda su familia; mientras perseguía a su presa, sintió un olor muy fuerte y extraño que ella desconocía y vio una espesa nube de humo de color negro intenso. Era exageradamente tenebroso ver que se desparramaba rápidamente a lo largo del cielo contaminando todo el aire y dificultando la vista, empezó a toser y toser con frecuencia y a costarle respirar, quiso alejarse y huir para tratar de escapar de esa enorme nube que se iba haciendo cada vez más grande, pero por más que corría y corría, le parecía que no podría salir de ese lugar, se sentía perseguida por el humo que seguía avanzando y cubriendo la mayor parte de toda la isla.

A pesar del miedo, juntó todas sus fuerzas y tomó coraje para ir a buscar de dónde provenía ese olor tan horripilante y asfixiante. Después de unos pocos minutos recorriendo la isla, se sorprendió al encontrarse con una gran pared de fuego ardiente, pero más temor le dio el darse cuenta que eran dos los focos de incendios que llegaban a medir alrededor de 6 kilómetros de largo cada uno, sus inmensas llamas de un color rojo medio amarillento al elevarse formaban un color naranja radiante.

Era tanto el asombro de lo que estaba viendo que no podía entender lo que pasaba, estaba tan asustada que no lo podía creer, se iban derrumbando los árboles y los demás animales corrían para todos lados tratando de escapar y ponerse a salvo de las llamas. Se quedó pálida y se paralizó de miedo por un segundo, le daba mucho terror el fuego y más al pensar que podría llegar hasta la zona donde se encontraba su cueva y que le podría pasar algo malo a su hija, Leonor. La desesperación de no saber qué hacer la estaba enloqueciendo.

Entonces, Kiara trató de tranquilizarse y se tomó un momento para pensar en una solución, había que buscar la forma de poder contener el fuego, pero no sabía cómo, no se le ocurría nada que pudiera usar para que el fuego no se siga desparramando. Sin darse cuenta, quedó atrapada entre los árboles caídos, el calor era insoportable y sentía que se iba a desmayar; le pidió ayuda a un pájaro carpintero que, tras haberse quedado su casa en llamas, salió volando y vio a Kiara en problemas, fue en busca de ayuda para poder salvarla, voló y voló desesperado hasta que logró reunir muchos animales que se organizaron para poder trabajar en equipo: los carpinchos y las nutrias cortaban

en pequeños trozos los árboles caídos que alcanzaban a rescatar del incendio, mientras el pájaro carpintero ahuecaba el centro de esos troncos para poder usarlos como baldes, a pesar de la poca cantidad de agua del río Paraná pudieron, con el permiso de los peces, sacar un poco de agua del río a través de esos troncos para tratar de acabar con el incendio.



No todo salió como lo habían planeado, pues había muchos árboles quemados, el fuego se seguía extendiendo, muchos de los animales no pudieron escapar y quedaron atrapados por las llamas. Cuando creían que todo estaba perdido, un fuerte ruido les llamó la atención: eran los rescatistas que llega-ron con sus helicópteros y camiones para tratar de combatir el incendio.

Unos días después, todo el mundo se enteró de lo que habían hecho estos animales. Llegó hasta la televisión, la radio, internet y hasta las computado-ras maestras de los científicos, y llamaron a un grupo de expertos en compor-tamiento de los animales para trasladarlos y hacerles unas series de estudios para ver cómo se las ingeniaron para salvarse del fuego, ya que la mayoría de los animales comunes y corrientes hubieran huido para salvarse. Después de varios días, llegaron los resultados de los análisis y supieron lo que pasaba; ¡¡eran mega inteligentes!!

Los encerraron en jaulas para seguir estudiándolos, pero los animales querían escapar, querían volver con sus hijos que se encontraban en la isla. Después de mucho tiempo golpeando y rugiendo, lograron romper la jaula donde los tenían encerrados. Los especialistas les preguntaron por qué se querían ir si ahí se encontraban a salvo, y ellos les dijeron que querían volver con sus hijos que habían quedado solos, "Los traeremos si nos prometen que se van a quedar aquí", les dijo el hombre que cuidaba a los animales y ellos aceptaron enseguida. En la isla, los chicos se preguntaban dónde estaban sus familias, que se habían ido a cazar juntas y no volvieron, hasta que vinieron unos hombres con trajes blancos y máscaras de oxígeno que llegaron para llevarlos con su familia, en un principio se negaban, pero al final decidieron ir, porque no sabían si en la isla estarían a salvo. Para su sorpresa, pocas horas más tarde pudieron reunirse con sus familias.

CAMBIOS SORPRENDENTES

Alena Gouthier

Hola, mi nombre es Celeste. Quería contarles que ayer, 27 de diciembre, fue nuestro cumpleaños, y digo nuestro porque tengo un hermano mellizo llamado Xiao, con quien cumplimos 12 años.

Una tarde recordando viejas charlas, nos acordamos de lo que nos dijo nuestra madre. Ella nos contó que nuestros cuerpos van a hacer algunos cambios; yo seguro me haré señorita, algo que aún no sabemos lo que significa. Mamá insistía con que pronto nos daríamos cuenta.

Pasaron los días y una mañana al despertar, tenía mi ropa interior manchada de rojo, no sabía qué hacer, no entendía muy bien qué me pasaba y por eso decidí contarle a mi amiga por teléfono. Ella me comentó que le estaba sucediendo lo mismo, entonces decidimos contarles a nuestras madres.

En la tarde de ese mismo día, mamá me explicó que ya me había desarrollado, mi cuerpo comenzaba a cambiar, y es ahí donde me sentí tan emocionada pensando que sería el inicio de esta nueva etapa.

Cuando comenzó a caer la noche, empecé a sentirme diferente. Era la primera vez que tenía mucho dolor debajo del estómago, algo parecido a un cólico. Sin embargo, intenté cerrar los ojos para poder dormir.

Al día siguiente, desperté muy apresurada porque no me había sonado el despertador y estaba llegando tarde al colegio. Por suerte las puertas no estaban cerradas y la clase no había comenzado.

Al pasar las horas, sonó el timbre del recreo, tan esperado para salir a charlar y disfrutar con mis amigas. En ese mismo momento me di cuenta que te-

nía la falda manchada. Corrí al baño a cambiarme, pero mis compañeros ya me habían observado. Por dentro sentía mucha vergüenza al ver cómo parte de ellos se burlaban de mí.

Al rato, mi profesora entró al aula, y al observar la situación, pidió silencio absoluto. Comenzó a hablar y nos explicó que todos vamos a tener cambios en nuestros cuerpos, que son normales y propios de cada edad. Nadie debe burlarse del otro ni sentir vergüenza en esos momentos.

Con la charla, pude quedarme más tranquila y segura, al ver y saber que no era la única que estaba pasando por ese momento. Muchos de los varones que allí estaban, entre ellos mi hermano Xiao, ya habían comenzado a notar cambios en su tono de voz y, como grupo, llegamos a la conclusión de que lo importante en esos momentos, es acompañar al otro y aceptarse tal cual somos.

JOSEFINA Y LA BOLITA VERDE

Alma Purdie

En un pueblo muy pequeño y alejado de la ciudad, vivía una señorita de 11 años llamada Josefina, junto con su mamá llamada Silvia. Su casa esta ba ubicada en un bosquecito, donde sucedían cosas muy extrañas.

Josefina creció creyendo en los aliens y pensando que había vida extraterrestre, pero todos le decían que esas cosas no existían. Hasta que una tarde de verano, Jose, vio una luz súper fuerte que iluminaba hacia un lago. Inmediatamente dejó de jugar con su pelota y fue corriendo hacia ese lugar. Al llegar, vio sorprendida cómo una bolita verde cayó de una nave espacial.

La niña estaba un poco asustada y confundida, no sabía si soñaba o era real. Sin embargo tuvo coraje y se le ocurrió una gran idea. Fue corriendo hasta su casa, agarró una bolsita, volvió rápidamente al lago y guardó la bolita verde, que no dejaba de resplandecer sobre las rocas de la orilla del lago. Una vez que la pudo tomar, con su mano temblorosa quiso lanzarla hacia la nave de donde había caído, pero la misma desapareció como si fuera por arte de magia y ella se quedó con la bolita verde en sus manos.

Al rato, la bolita se empezó a mover por sí sola y se le resbaló, cayó al suelo, y comenzó a rodar a toda velocidad. Jose la persiguió, corriendo lo más rápido que pudo, porque no la quería perder de vista por nada del mundo. Por eso corrió y corrió sin parar, y cuando creyó que ya no la alcanzaría, la bolita verde chocó contra un enorme árbol.

Ella nunca había visto un árbol así, tanto le llamó la atención, hasta desconcentrarla y cuando miró hacia abajo para ver la bolita, se dio cuenta que ya no estaba. Josefina se asustó muchísimo, y en ese momento sintió que algo le

tocó la pierna. Temblando, observó para abajo y vio un marciano. Gritó tan fuerte, haciendo que éste se asustara y se escondiera detrás del árbol. Jose le habló con voz suave y le preguntó: "¿Cómo te llamas?" El marciano, ya más tranquilo, se deja ver y le responde con una vocecita aguda y rara: "Yo no tengo nombre." La niña emocionada le dice: "No tengas miedo, no te dejaré aquí solo." El marcianito se acercó a ella y pegó un salto a sus brazos.

Pasaban las horas, se hacía de noche y Jose debía volver a su casa. Quería tenerlo con ella, y necesitaba llevarlo escondido para que nadie lo viera. Por suerte el marciano era verde y pequeño, y pudo esconderlo entre dos hojas grandes que sacó de una planta.

Al llegar a su casa, entró despacito para que su mamá no la escuche, y así poder llevar al marcianito a su cuarto; pero la mamá la estaba esperando preocupada y le preguntó: "¿Dónde estabas, jovencita? ¿Por qué llegaste tan tarde? ¿Qué escondes debajo de esas hojas?" Jose le dice: "¡Perdón, mamá! Me atrasé porque me quedé en el bosque juntando honguitos." Su mamá le creyó, pero inmediatamente la mandó a ordenar su cuarto.

Josefina no veía la hora de contarle todo lo sucedido a su amiga Lara, entonces dejó al marcianito escondido en el placard y se apuró a ordenar todo para poder pedirle el celular a su mamá. Cuando terminó, bajó las escaleras corriendo y se lo pidió. Ella le preguntó: "¿Ya terminaste?" Jose le contestó que sí, que ya estaba todo acomodado.

Al conseguir el teléfono, la niña se encerró en su pieza y se comunicó con su amiga. En ese momento aprovechó para contarle que había encontrado un alien. Lara, muy sorprendida, le explicaba que era algo imposible, porque los aliens, para ella, no existían. Sin embargo, Josefina insistía diciéndole que lo tenía guardado en su ropero y decidió invitar a Lara a dormir a su casa para demostrarle lo que le decía.

Después de un rato, la mamá le pidió su celular y comenzó a sospechar que algo raro estaba pasando con su hija. La veía muy contenta y ansiosa porque Lara llegará rápido.

Cuando caía la tarde, tocaron la puerta de su hogar y Jose fue corriendo a

abrirla; por supuesto era su amiga. Mientras las mamás se saludaban, ellas aprovechaban para subir al cuarto. Lara no podía más de la curiosidad por ver al marcianito y cuando entraron, estaba todo iluminado con una luz verde resplandeciente. Ahí estaba la "bolita verde", brillando y haciendo un sonido muy extraño, dejando sorprendidas a las amigas.

Jose decidió encender la luz, y al instante, la bolita verde se transformó nuevamente en el marcianito. Lara no lo podía creer, sintiéndose emocionada, lo alzó en sus brazos y él se le acurrucó como un bebé.

Pasaron las horas, hasta que llegó el momento de la cena. Su mamá subió a llamarlas para comer y cuando entró al cuarto no podía creer lo que veía. Se refregaba sus ojos para comprobar que no estaba soñando, y con voz tem-blorosa les preguntó a las niñas: – ¿Qué es eso? ¿Es un alien? ¿De dónde lo sacaron? La mujer no paraba de hacerles preguntas y las niñas trataron de calmarla explicándole cómo había llegado ese marcianito.

Silvia, al escuchar la charla de las niñas, le dijo a Jose que debía devolverlo a su hábitat, sino él no iba a sobrevivir por mucho tiempo en un planeta desconocido, estando lejos de su familia. Las chicas, un poco tristes, entendieron lo que les dijo, y aunque estaban encariñadas con el marcianito, debían buscar la manera de que volviera a su planeta.

Justo en el momento en que pensaban cómo harían para que el extraterrestre pueda volver con sus familiares, vieron por la ventana de la habitación un rayo de luz que encandilaba toda la casa. Salieron corriendo las tres hacia afuera, para ver si se trataba del plato volador; del cual había caído la bolita verde, y sí, era exactamente el mismo. La familia marciana había vuelto en busca de esa criatura y la señal se la había dado él mismo al hacerse bolita e iluminando toda la habitación.

Con un poco de tristeza y una mezcla de emociones, colocaron al marcianito bajo el rayo de luz que salía del plato volador, y como por arte de magia, en un segundo, subió y se esfumó velozmente hacia el espacio; perdiendo su luz, como una estrella fugaz y quedando suspendida en el cielo como la estrella más brillante del universo.

Desde ese momento, cada noche, Jose y Lara antes de dormir, miran hacia el cielo y saben que en el brillo de aquella estrella vive un amigo especial que les hizo vivir la experiencia más espectacular de sus vidas.

NUESTRO TESORO MÁS VALIOSO

Emma Marconcini

Había una vez un pueblo muy feliz que habitaba a las orillas del Acuífero Guaraní. Era un lugar con mucha, mucha agua que brotaba en cantidades, con sabor muy dulce, transparente, que saciaba la sed del pueblo y de sus animales.

Un día de primavera, una bella joven llamada Lorea, caminaba tranquilamente buscando flores a orillas del acuífero e intentó cortar una muy rara que salía del agua, cuando tropezó y cayó. Pidió auxilio, pensando que moriría, pero nadie la escuchó.

De repente sintió una fuerte corriente de agua que la ayudaba y empujaba para que pudiera salir, no sabía qué era, pero pudo salvarse llegando a la orilla y vio una criatura con cuerpo de tigre de color azul, con cola de pez de color celeste y un cuerno dorado. Lorea se asustó mucho y salió corriendo hasta llegar al pueblo, donde no se lo contó a nadie porque pensó que no le iban a creer.

Al día siguiente fue de nuevo al lugar para ver si encontraba a la criatura que le había salvado la vida y poder agradecérselo. Estuvo varias horas mirando el agua, y nada, pero cuando se estaba por ir lo vio y le agradeció haberla salvado. Ñangarekohára era su nombre, que en guaraní significa guardián. Se presentó y le dio las flores que a ella tanto le gustaban. Lorea al principio sentía miedo por su apariencia. Tomó las flores y se alejó del lugar porque ya se estaba haciendo de noche. Llegó a su casa, las puso en agua y se fue a dormir.

Al otro día, cuando despertó en la mañana, notó que las flores habían cambiado de color, de blancas a azules brillantes. Lorea era una joven muy curiosa

y volvería al lugar donde la encontró. Allí a lo lejos vio a Ñangarekohára, este la observó y le dijo: – ¿qué haces aquí? Lorea le respondió que quería saber más de él y él aceptó contarle su historia. Le comentó que era el guardián del acuífero y que se encargaba de que los humanos no contaminen tirando basura ya que era una reserva de agua dulce, muy importante en el mundo y que muchas empresas querían aprovecharse del mismo para crear cosas in-necesarias como, por ejemplo, hacer coca cola.

Después que Ñangarekohára le contara eso, Lorea le propuso que hagan un pacto, el cual se tratara de que los dos protegieran y cuidaran el acuífero.

Una tarde cuando Lorea llegó al lugar, vio mucha basura y desechos que olían muy mal. Allí se acordó que en su pueblo iban a instalar una fábrica, por eso se detuvo a ver un rato y vio mucha gente construyéndola. En ese mismo instante decidió ignorarlos y seguir su camino hasta ir a donde siempre estaba Ñangarekohára, pero al llegar no lo vio y se preocupó mucho.

La joven buscó y buscó, pero no había rastros, hasta que de repente encontró una carta de su amigo que decía: "Hola, Lorea, me tuve que ir por un tiempo del acuífero porque si me quedaba allí me iban a descubrir y probablemente iban a intentar cazarme".

Pasó una semana y Ñangarekohára volvió con la idea de sacar la fábrica, haciendo que Lorea les explique la importancia y función del acuífero.

Ñangarekohára miraba de lejos a los trabajadores mientras que Lorea estaba en su pueblo ayudando a su madre con los deberes de la casa. Después de un rato salió camino al acuífero y empezó a recolectar muchas flores de colo-res amarillas, rojas, azules y rosas. Cuando llegó a destino se puso muy feliz porque encontró a su amigo en la orilla reposando. Ñangarekohára aprovechó para comentarle su plan y Lorea le dijo que sería casi imposible, ya que no faltaba mucho para que terminen de construir, aunque tomó coraje y aceptó el reto.

Después de un rato fue donde estaba el dueño. "Hola, señor. ¿Usted es el dueño de esta fábrica? Necesito contarle algo muy importante". El hombre la escuchó por varios minutos y sorprendido por su relato le prometió a la niña

que buscaría otro lugar para instalar su industria, donde no perjudicara a nadie.

Finalmente, la joven se lo agradeció mucho y corrió rápidamente a contarle lo logrado a su amigo. Ambos festejaron y se sintieron muy felices porque juntos pudieron cumplir su pacto: "DEFENDER AL ACUÍFERO".

UNA NIÑA QUE BUSCA SU CAMINO PARA SER FELIZ

Chiara Senestro

Me desperté con la luz del sol en una mañana muy fría. Mi mamá me había dejado la ropa preparada para ir a la escuela. Me cambié y bajé.

Como todos los días tenía lista la chocolatada para tomar algo calentito y así pasar el frío.

Pasamos a buscar a Celi, Jaz y Francis para ir a la escuela, y al llegar a destino mamá me dio un beso en la cabeza y me deseó buena suerte.

Así son todas mis mañanas, pero mis tardes son diferentes cada día...

Voy a un taller de literatura y de arte, inglés, natación, hockey, catequesis, piano, los sábados a los torneos de hockey que se realizan en distintos clubes y en ocasiones de local en el club provincial donde hago las prácticas. Los domingos voy con mi mamá a misa, ya que me estoy preparando para tomar mi primera comunión.

Mi actividad preferida es arte porque es donde más puedo expresarme y hacer volar mi imaginación.

En hockey me hice amiga de Isabela, que vive en Rosario, ella me contó que no puede ir a los partidos los sábados porque sus padres están separados y no la pueden llevar, eso me entristeció por ella y por mí, ya que no podemos compartir los partidos.

Algunos fines de semana nos vamos a Oliveros, donde mis amigas adoptivas tienen una casa, ahí nos encontramos para jugar y divertirnos con Sofía, Luisina, Uma y Valentín. Con dos de ellas, Sofía y Luisina, tenemos una banda llamada LAS SCL, donde Sofí toca la guitarra, yo el piano y Loli canta.

Mis actividades preferidas con mamá son hacer la tarea, cocinar y organizar días de spa (nos pintamos las uñas y el rostro, nos peinamos y nos hacemos masajes descontracturantes con cremas). Con papá jugamos al juego del gusanito Litte big shake, al ajedrez, Monopoly, ta–te–ti, me enseña matemáticas, miramos series y escuchamos canciones.

Aunque mi vida parezca feliz, yo no lo siento así, lo vivo distinto y eso me pone mal. Yo soy hija adoptiva y única, mi abuela y mi abuelo, de parte de mi mamá están la mayor parte de su tiempo en Carlos Paz; a mi mamá siempre le duele la cabeza; mi abuelo de parte de mi papá falleció, mi otra abuela se asustó cuando vino la pandemia, y ahora, que nos volvimos a juntar, ya perdimos nuestra relación familiar. Por su parte, mi papá trabaja mucho, sale de casa a las 04:00 a.m. y vuelve a las 02: 45p.m. Yo amo mi familia, pero desearía que esté más unida.

Luego de pensar mi historia quise seguir adelante. A pesar de todas las cosas que hacía, tenía un hueco en mi interior y no sabía cómo rellenarlo.

Después de unos años le conté esto a mi familia, pero antes pensé que yo era adoptada y capaz eso es lo que me molesta, aunque no lo sintiera así; por momentos me cuestionaba quién era YO.

Sentía en mí, un enorme vacío, tanto que, por él, se colaba el frío. Allí nacían monstruos, estaba muy asustada y tenía una sensación de vértigo inaguantable. Traté de calmarme y reflexionar un poco, me acordé de mis amigos/as que conocí en el jardín. Pensar en ellos me hizo bien, también en mis vacaciones, y en tantas cosas lindas logrando que mi vacío sea cada vez más chico. Aunque ese hueco nunca se cerró, se hizo más pequeño, lo acepto, y trato de buscar lo mejor de mí para estar bien con los demás, y que cada día sea mágico para encontrar ese hermoso camino llamado felicidad; junto a mis padres quienes siempre me acompañaron y mimaron tanto.

LAS AVENTURAS DE LAS ARDILLAS

Octavio Barboza, Bianca Caisias y Bárbara Coria

Había una vez cinco ardillas a orillas de una cuneta de un pueblito ubicado al sur de santa fe. Sus nombres eran Pedro, Yohana, Ana, Santiago y Yesica. Ellos son viajantes, les encanta recorrer todas las partes del mundo, pero claro, lugares que tengan mucho olor a rico, como el aroma del agua estancada.

Un día, mientras buscaban nueces, sintieron un viento fuerte. Ese viento hizo rodar a más de una ardillita, debían buscar un reparo urgente. Así, encontraron un ombú, se escondieron detrás de él, pero Pedro se tropezó con una piedra y cayó a un río al pie del árbol. El agua lo arrastraba tanto que se perdió de vista. De pronto, vieron que se encontraba en peligro, entonces gritaron fuerte pero tan fuerte que las otras ardillas, Yesica y Ana, se voltearon para ver qué había sucedido. Comenzó el rescate: "Salvar a Pedro". Por suerte encontraron rápidamente una cuerda y la lanzaron al agua; Pedro, muy asustado, tomó coraje y se sujetó. Después de mucho esfuerzo logró salir victorioso.

Pedro, sin muchas palabras y con los gestos casi nulos, agradeció a las ardillitas amigas que salvaron su vida, entonces abrazó a todas las ardillas y desde ese momento entendió que lo más importante no era si se ahogaba, sino si había alguien que lo salve.

Al día siguiente, las ardillas no podían abrir sus ojos del brillo que había por el hermoso y gran sol que iluminaba la faz de la tierra. Aun así, salieron en busca de más nueces, pero a los pocos metros, en una zanja al lado de la ruta, se encontraron con una oveja sola y triste. Las ardillitas no podían seguir de

largo sin ofrecer su ayuda. Menos Pedro, que hasta el día anterior estuvo a poco de morir. Le preguntaron por qué lloraba y ella les respondió que se había perdido y que extrañaba mucho a sus padres, temía no volver a verlos más.

Ante esta situación las ardillas le dijeron que tenga calma y que todo se iba a solucionar. Ellas mismas, con sus ojos chiquitos, entendieron que la ovejta necesitaba ayuda y es así que emprendieron la búsqueda. Comenzaron a ca-minar largas horas, cruzaron montañas, árboles y el bosque entero. Mucho tiempo de cansancio y de angustia.

De pronto, Santiago, que tenía unos binoculares, vio de lejos a dos ovejas muy angustiadas, cuando hace ese comentario, a la ovejita se le dibujó una sonrisa en la cara y alzó la mirada y se dio cuenta que eran los padres, no en-traba tanta alegría en su lana. Llena de felicidad corrió a abrazarlos y entendió que lo más valioso era su familia y la amistad que nació con las ardilltas. El encuentro fue muy lindo, las ovejas padres agradecieron por el cuidado a su hijita y como obsequio le dieron muchas nueces de agradecimiento.

Ellas siguieron su rumbo hasta que llegó la noche, pero antes hicieron una fogata y dialogaron de lo importante que son los amigos y entendieron que cada animal del planeta necesita del otro para continuar su camino. Así, se fueron a dormir diciendo: “misión cumplida”.

EL LIBRO SIN TÍTULO

Kiara María Gagliardini

Entró a la biblioteca apurada, solo tenía dos días para terminar el ensayo que su profesor de literatura le había encargado. En su mente repetía las consignas que borrosamente recordaba: debía escoger un libro poco conocido y resumir de qué trataba. Su instinto fue pensar que cuánto más escondido, menos conocido sería el libro. Entonces se dirigió a la última estantería de la inmensa sala llena de libros y encontró uno que por fuera no decía nada. No halló el título, ni el autor de aquel ejemplar. Pero pensó que sería perfecto para cumplir con la consigna de su trabajo; ¿quién conocería un libro que no tenía título?

Llegó a su departamento y comenzó a leer aquel escrito anónimo, distraída y sin prestar mucha atención. No tuvo en cuenta que sin saber su nombre no podría buscar en Google un resumen y simplemente copiarlo para agilizar el ensayo. Así que sin otra opción, se sumergió en el mundo de la literatura. Luego de leer varias páginas y ya un poco cansada, encontró una que le resultó extraña, no sabemos si lo usó como excusa o si realmente se había asustado, pero decidió dejar el libro por hoy e ir a descansar luego de un día largo de lectura.

Una luz blanca interrumpió su sueño. Encandilada por aquel resplandor, se levantó y caminó dirigiéndose a su cocina, pero cuando pudo ver con claridad se percató de que aquel lugar donde se hallaba no era su departamento. Desconcertada comenzó a deambular esperando encontrar alguna respuesta a esta extraña situación. Lo único que sus ojos veían eran paredes blancas, estaba atrapada en una especie de pasillo sin fin. Entró en desesperación, se sentía asfixiada, no podía respirar. Comenzó a correr torpemente, ya que el miedo que recorría su cuerpo no le permitía coordinar sus pasos. Cuando ya

no pudo más, se detuvo, sus latidos iban muy acelerados, intentó mantener la calma. Apenas su respiración volvía a la normalidad, notó que a unos metros donde estaba se divisaba una puerta. Al llegar allí, el paso que tal vez la sacaría de ese infierno, parecía estar dibujado, sin embargo, intentó abrirla y sorprendentemente lo logró. Dejó ver un jardín, pero que al igual que aquella puerta, estaba dibujado y no tenía ninguno de esos colores que se nos vienen a la mente cuando pensamos en la naturaleza.

Siguió explorando, ya que otra cosa no podía hacer, y se encontró con diferentes objetos: una fuente, un cuadro y un pozo de agua, que le hacían recordar al libro que estuvo leyendo durante horas antes de irse a dormir. Por eso, lo primero que se le vino a la mente es que aún estaba durmiendo y todo esto era un sueño. Para comprobarlo decidió usar ese truco que veía en las películas y se pellizcó el brazo, pero lo único que obtuvo fue dolor. Divagó en su mente un tiempo, porque no podía entender qué hacía allí dentro. ¿Cómo alguien puede quedar atrapado dentro de un libro? Se preguntó en voz alta.

– Me he preguntado lo mismo durante años y no encuentro respuesta – Le respondió una voz que parecía venir desde el pozo de agua. Horrorizada, se acercó lentamente para ver si tan solo se trataba de su imaginación o si realmente alguien estaba allí.

– ¿Quién eres? ¿Quién anda allí? – preguntó, sin esperar respuesta, pensando que se estaba volviendo loca.

– Otro lector que cometió el mismo error de leer un libro que no tiene título, y quedó atrapado dentro de él. Me llamo Erik, ¿y tú? – respondió la voz dentro del pozo.

– Ada – respondió sin comprender del todo lo que ocurría. – ¿Qué hacemos acá? Me quiero ir, tengo miedo ¿Cómo salimos?

– Si lo supiera no estaría acá ¿No crees? – le dijo sarcásticamente.

– Tienes razón, todavía trato de entender todo lo que está pasando – le preguntó.

– A mí también me costó adaptarme, pero después de tanto tiempo aquí creo

que ya me acostumbre. ¿Quieres ayudarme a salir de aquí dentro? Así buscamos la forma de al fin librarnos de este libro – le pidió el sujeto.

– Está bien, aquí hay una soga, la arrojaré y esperemos alcance hasta donde tú estás – desató la soja que estaba atada al pozo y la lanzó, deseando poder liberar a aquel extraño que la ayudaría a escapar.

Afortunadamente pudo liberarlo, y mientras se conocían el uno al otro, comenzaron a pensar cómo salir de allí. Pero cada idea que a ella se le ocurría, él ya la había intentado y no había funcionado. Después de un interminable rato ideando juntos cómo huir y sin obtener ningún éxito, estaban a punto de darse por vencidos. Pero Ada se paró y comenzó a caminar en dirección al pasillo por donde llegó allí.

– ¿Dónde vas? – preguntó siguiéndola desconcertado.

– Tal vez, podemos salir de esta anomalía por el mismo lugar por donde entramos. Cuándo aparecí en este libro, solo vi paredes blancas, pero de un momento a otro, como por arte de magia, apareció la puerta que me trajo a este jardín. Si caminamos de manera inversa, a lo mejor, encontraremos otra que nos lleve de nuevo a la realidad – le explicó sin detenerse.

– Es razonable, pero deberíamos correr, porque este pasillo es casi infinito – concordó con la joven.

Ambos comenzaron a correr lo más rápido que sus piernas les permitían, pero pronto se cansaron y tuvieron que frenar. Como un Déjà vu, al levantar la vista percibieron a lo lejos una puerta idéntica a la que llevaba al jardín, pero dentro suyo deseaban que esta vez los transportara a sus vidas nuevamente. Sin tener que decirse nada, ambos se dirigieron hacia ella y la abrieron juntos sin saber que les esperaba.

Nuevamente una luz blanca encandilaba su vista, pero esta vez no era el portal a ningún libro, sino el guardia de la biblioteca intentando despertarla.

LA HAZAÑA DE LOS DESAFORTUNADOS

Giuliano Morán

En un campo desolado, al lado de un pueblito llamado Zavalla jugaban Valentín, un niño alto, rubio y pícaro, e Isaias, un nene morocho, mandinga pero muy buena persona. Aprovechando unos días libres que la escuela les había propinado se habían ido a pelotear un rato. El campo era hermoso, un pasto amarillento que hacía el típico ruido de pastito quebrándose. Había algunos árboles verdosos que hacían una buena sombra, pasaban algunos animales como ovejas, vacas y caballos. Pero nada se comparaba con la mejor joya de todas: dos arcos de fútbol perfectamente alineados.

Pelotazos iban y venían, no parecía una pelota que intentaba entrar a un arco, parecía una bala viajando a años luz que intentaba penetrar en el cuerpo de un gigante de hierro. Agilidad le sobraba a Isaias, que estaba tapando pelotazos a diestra y siniestra. Valentín abusaba de su altura, era imposible meterle un gol, pero Isaias, en un acto reflejo, tiró el esférico para arriba, iba girando, y con una precisión demoníaca, le dio un zapatazo. La Pelota iba dando giros angustiantes para cualquier arquero, fue tanto el efecto que se terminó clavando al ángulo del palo izquierdo.

No se sabía si estaba más asombrado Valentín (que es una bolsa de nervios) o Isaias, que ni él sabía cómo hizo un tiro tan bueno.

– Me rompiste el arco, Isa. – dijo Valentín entre risas.

– Si, no me la atajabas ni en cien años. – Respondió Isaías seguido de una carcajada.

Hubo un pequeño silencio para respirar, y los treinta y siete grados de temperatura no ayudaban mucho. Finalmente Isaias se dignó a romper ese silencio.

– ¿Vamos a un río que queda acá nomás? – Dijo.

– ¡Más vale! – Respondió bien seguro Valentín.

Empezaron a caminar con la poca cordura que les quedaba mientras iban charlando sobre equipos del fútbol argentino. El camino parecía no terminar más, se tuvieron que sacar los zapatos porque tenían todos los pies apretados. Cuando la charla más interesante estaba no pudieron percatarse cuanto faltaba para llegar a ese río. No fue más que cuestión de saber dónde estaban parados para saber que lo tenían enfrente. Pero el río no era más que un baural con vidrios, botellas, bolsas plástica, pilas, linternas que no funcionaban, latas, elástico e infinidad de objetos que impedían refrescarse en ese río, solo que había otro detalle, no era un río, era un arroyo chico.

La caminata había sido totalmente en vano, lamentablemente, pero las ganas de refrescarse y hundir cabeza en un lugar de puro placer eran mucho más fuertes que la cordura de cualquier ser humano promedio, y para es-tos dos sonsos, no sería la excepción. Afortunadamente, Isa propuso ir a un riachuelo que, a decir verdad, no quedaba muy cerca, pero seguro valdría la pena ya que él aseguraba que el lugar venía recargado de peces, por lo que podrían comer algún que otro desafortunado pececillo que pasara por ahí.

Emprendieron por segunda vez una caminata, estaban seguros que esta era la vencida, nada ni nadie les arruinaría el deseo de vaguear en un jacuzzi natural. Mientras más caminaban más se daban cuenta de que la probabilidad de que el riachuelo estuviera bañado en mugre era muy alta debido a toda la basura que se iban encontrando por el camino. Mientras otras personas se hubieran rendido, ellos seguían con la mente en alto, la cabeza bien arriba, pero no por mucho tiempo, ya que el sol encandiló a cada una de esas pobres almas en pena que habían encarnado en el cuerpo de dos desafortunados niños.

Los chicos llegaron al lugar bastante desanimados, ya que no había ni agua ni peces, solo esqueletos.

– ¡Qué porquería! –dijo Isaías exhausto.

– Caminamos tanto y en vano.– Respondió Valentín con el ceño fruncido.

– Todo por culpa de esta mugre.

– Si, olvídate. Si tan solo hubiera alguna forma para reducir la basura.

Esta oración hizo pensar bastante a un Isaías sin esperanzas.

– ¡Claro! Valen, podríamos limpiar todo este lugar con ayuda de Francisco y Bautista.

– No es mala idea, pero... ¿cómo?

– Valen, me lo esperé de todos menos de vos. ¿Cómo que "¿Cómo?"?, no es obvio? Traemos un par de palas, algunas bolsas grandes y empezamos a juntar todo, no solo de acá, podría ser de todo el pueblo.

La esperanza les había vuelto sin dudas al cuerpo. Volvieron al pueblo cruzando la ruta, campo, vacas, ovejas y un millón de cosas más. Hubo algo que les llamó bastante la atención durante todo el camino: la mugre. Todo tipo de asquerosidades y residuos que incluso los chicos tiraban pero no se daban cuenta que estaba mal.

Fueron a la casa de los dos chicos, que, con mucho gusto, aceptarían unírseles a esta hazaña.

–Dejame saber si entendí –dijo Bauti– ¿ustedes quieren que limpiemos todo el pueblo, juntemos basura de campos, ríos y otras cosas?

– Sí –respondieron tímidamente los chicos.

– ¡Pero por supuesto!

El "equipo" estaba listo para empezar la aventura, agarraron palitas, rastrillos y algunas bolsas. Empezaron limpiando alguna que otra calle que se destacaba por su mugre, pero afortunadamente, el pueblo en general no estaba muy sucio... o por lo menos las calles de por fuera de esta distopía. El centro

era el mayor temor de un ser humano, todo lleno de niños de cinco a siete años que tiraban los papeles de caramelo en el suelo. Lamentablemente el trabajo no era fácil para 4 chicos de trece años sumamente vagos, necesitarían ayuda, pero ¿de quién? No hay ni una persona que se les quiera unir a esta hazaña, ya que es sumamente ardua y tardía. Siguieron un poco limpiando por algunas zonas, hasta que al mayor vago y procrastinador del grupo (Bauti) se le ocurrió una idea estupenda:

–Deberíamos ir a la plaza, ahí hay un montón de gente, y si nos ven limpian-do, quizás les den ganas de imitarnos.– A los chicos les fascinó la idea.

Dejaron esas calles sucias y se fueron para la plaza. El lugar estaba tan lleno que apenas se distinguían los unos a los otros, pero con las pocas ganas que les quedaba empezaron a juntar mugre, papelitos, bolsas y todas esas cosas.

Estaban a la mitad del trabajo cuando un niño de unos cinco años aproximadamente le preguntó a Valen: "¿Por qué están haciendo eso?" a lo que él respondió: Porque... es que si no limpias los papeles o las cosas que tiras al suelo... podrías morir. El niño salió gritando y diciendo palabras tipo "¡voy a morir!" mientras juntaba papeles.

- ¿Fui muy lejos? –preguntó Valentín.

- No creo, mirá, otros nenes lo están imitando.– dijo Fran.

Los chicos se sintieron aliviados y decidieron tomarse un descanso y dejar la plaza para otro día.

Tres días pasaron y cada vez los chicos iban sabiendo más cosas, Fran averiguó que la basura hacía mal al medio ambiente, Valen descubrió que tirar basura a los ríos hacía que estos sean inseguros y no aptos para tomar, y Bauti e Isa... realmente nada, se la pasaron hablando sobre cosas que la verdad no importaban. Valen y Fran querían irse a otro nivel, hacer un discurso en el turno tarde de la escuela para concientizar un poco a la gente sobre sus actos y de cómo le harían mal a la naturaleza. Los dos niños estaban motivados, y decidieron contarles el plan a los otros dos desentendidos.

Afortunadamente Bauti e Isa aceptaron ir a ese discurso. Empezaron a idear

cómo podría ser el discurso. Empezaron a ensayar y a exagerar temas para que realmente lo hagan. Los que dirían el discurso serían Bautista e Isaias, ya que Valentín y Francisco tenían vergüenza.

Nuestro amigo de confianza, Isaias, fue a la escuela para convencer a la directora de que los dejara hacer el discurso.

–Directora –dijo Isaias– con Bautista, Francisco y Valentín, queremos dar un discurso sobre como cuidar nuestro hermoso, aguado pero seco a la vez,

con mucha biodiversidad, cantidad impensable de recursos que lamentable-mente desaprovechamos, mundo.

_¿Y a qué se debe esa petición, Isaias? –respondió la directora Becky, de manera intimidante.

–Debido a que el otro día, como nuestro pasatiempo favorito que es, leímos que arrojar basura al suelo esta mal, aparte de que el otro día, con Valentín quisimos ir a refrescarnos a un río, y había mucha basura, y de ahí surgió nuestra maravillosa idea de angelitos, o sea lo que somos.

El instinto chamuyero de Isaías logró convencer a la maestra para que les permitiera concientizar a la gente, bah, mejor dicho, a los niños. Todo estaba preparado para que en tres días sorprendieran a media escuela.

Mientras los días transcurrían seguían limpiando, y para sorpresa, más gente se sumaba. Gente con trajes fosforescentes con líneas que brillaban en la oscuridad limpiaban alguna que otra zona.

El gran día llegó, el día de la exposición. Cada chico se arregló lo más que pudo, no querían que los tomen por locos por su vestimenta, se piensan que uno no leyó "El principito" "Había hecho entonces una gran demostración de su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le había creído a causa de su vestimenta". Llegaron a la escuela a las dos de la tarde, empezaron por el salón de primerito, diciendo este gran discurso: "Si realmente aman a sus padres, madres, primos, abuelos, tíos y mascotas, deberían hacernos caso. Lo que están haciendo no deberían hacerlo, le hace mal a todo el mundo, gente como ustedes gastan aire que otra gente podría ocupar haciendo cosas más productivas que las que hacen ustedes, por eso, no tiren basura a ningún lado si no quieren morir, ya que si lo hacen, contaminarían el aire y morirían." Gran discurso la verdad. Realmente solo dijeron eso en primer grado, ya que, para ser sinceros, esos nenes son bastante tercos y hay que hablarles en un idioma que ellos mismo entiendan. Después en segundo grado y tercero ya dieron un discurso un poco mejor estructurado, digno de unos chicos de 13 años.

Una vez dada la charla procedieron a irse, esperando el más mínimo resulta-

do en la mente de los niños.

Salieron por el portón alto y negro de la escuela y se dirigirían para limpiar un poquito más en la plaza. Grande fue su sorpresa al ver a media cuadra limpiando. Los muchachos saltaban de alegría, vociferando alguna que otra palabrilla por inercia. Se quedaron tan contentos y satisfechos que decidieron tomarse un merecido descanso.

Siete días pasaron y cada vez eran más notorios los cambios en el pueblo, por fortuna, el discurso no fue en vano, ya que también se podían observar niños muy chiquitos limpiando y juntando papelitos. Pero faltaba algo, no solo limpiar el pueblo, también las afueras del mismo. En eso no habría mu-cha gente que se sumaría, ya que nadie iba a las afueras, por lo que con la poca cordura que les quedaba al grupito, decidieron irse a juntar basura por el riachuelo.

La caminata no era corta, por lo que se prepararon mentalmente. Tenían botellas de agua en la mochila por las dudas. Emprendieron el viaje. No llevaban ni la mitad del camino cuando vieron a gente con los mismos trajes naranjas con bolsas de nylon, ¡estaban juntando basura! Los chicos se pusieron contentos, pero también estaban ofuscados, ¡tanta caminata para nada! Lo bueno es que afortunadamente el viaje de vuelta no se les hizo para nada largo, por lo que pudieron llegar sanos y salvos. Bautista les dijo a los chicos que tenía que irse a dormir, estaba muy cansado. Esas palabras convencieron a los demás para tomarse un largo descanso.

Gracias a un río sucio, cuatro chicos lograron concientizar a todo un pueblo repleto de mugre y lograr convertirlo en un sitio de pura armonía, sin lugares sucios, incluso las afueras del pueblo quedaron limpias por esta gran hazaña, todos aportaron su granito de arena para lograr convertir sueños en realidades. Tal vez no todos tuvieron las ganas de ponerse una escoba y una pala en mano, pero gracias a la voluntad, el entusiasmo y responsabilidad lo lograron, y eso fue loable.

Otro pueblo pudo simplemente ignorar el problema y hacer el típico “si no lo veo no existe” pero por amor al mismo todos se dieron la tarea de volverlo un lugar mejor sin importar lo tedioso que fuera. Podríamos tomar el mis-

mo ejemplo y hacer lo mismo en nuestra localidad, no solo nos ayudaremos a nosotros mismos, sino que también ayudaremos a nuestro querido planeta, por eso no arrojen basura a campos, canales de agua o a otro lado que no sea donde corresponde, de esta manera contribuimos a que el futuro de nuestro planeta sea un poco mejor.

JUAN CARLOS, EL PUERCO

Lautaro Biliato

Juan Carlos, un cerdito muy feliz, vivía con sus padres. Era muy educado y respetado entre los puercos.

Al crecer, se empezó a dar cuenta que aquel lugar era un matadero en el cual desaparecían muchos cerdos.

Justo antes de estar a nada de pasar al otro mundo por culpa de Paco, el dueño del matadero, hizo un salto de fe, rodó por el suelo y escapó hacia la ciudad desesperado por un lugar seguro.

Una señora con problemas mentales, lo miró pensando que era su perrito Manuel, quien había fallecido en el mismo lugar, y se lo llevó.

Juan Carlos permaneció en la casa de la mujer durante cuatro días hasta la fecha del vuelo a Egipto. Ella lo durmió y lo metió en una jaula.

Volaron por varios días. El cerdito estaba muy asustado. Apenas lo sacaron de la jaula, escapó a un pueblo vecino, donde todos celebraron su llegada porque en Egipto los cerdos son adorados.

Allí bebió, comió y durmió. Cuando despertó, estaban a punto de sacrificarlo. Pues lo que él no sabía, era que luego de adorar a un cerdo, se lo sacrificaba.

En el momento que iba a ser tirado al fuego, tumbó un balde de agua apagando las llamas y huyó como pudo de las personas.

Se refugió en una granja humilde en la que encontró a tres cerdos que tam-

bién habían escapado del ritual, robó agua de las vacas y partió sin rumbo, llegando al aeropuerto.

Intentó subir a un avión pero los policías de aquel lugar no lo permitieron. Fue allí donde observó cómo un hombre decía "vendo fuegos artificiales, vendo fuegos artificiales" y al ver pasar al cerdo más inteligente (Pig Newton) se le ocurrió una idea. Le preguntó: "oye, ¿tienes cinta?"– Newton le contestó "sí, ¿para qué la quieres?" Juan Carlos sonrió y se la robó.

Luego de aquella hazaña agarró dos fuegos artificiales del puesto del señor y con la cinta se los pegó. Al encenderlos, estallaron y salió volando hacia el avión que estaba a punto de despegar. Un niño asombrado se preguntó "¿es un pájaro, un ave o Superman?". ¡Era Juan Carlos! Quien se acomodó feliz porque logró escapar. La gente sorprendida, no podía creer lo que veía, ¿un puerco escuchando música? Él no se imaginaba que ese viaje era hacia China.

Al arribar a Pekín, un chino le dijo –"chin–chu–lin"... agarró un cuchillo y quiso acuchillarlo. El cerdito le respondió con un "wiii–wiii" escapando una vez más hasta llegar a un barrio chino.

Asustado, vio una cabeza de cerdo por el piso y salió corriendo nuevamente chocándose a Pablo, un porcino como él, sobreviviente de ese barrio.

Juntos idearon un plan para escapar del lugar. Se disfrazarían de personas. Pusieron el plan en marcha, Pablo se disfrazó de verdulero y Juan Carlos de empresario.

Iban caminando cuando escucharon a un señor decir ¡hay un cerdo empresario! Ambos, atemorizados, corrieron hacia unas luces que se veían a la distancia, llegando a un campo o por lo menos era lo que habían visto desde lejos, porque en realidad era una granja gigante la cual tenía decenas de puercos. El dueño los recibió amablemente y allí se quedaron a salvo por siempre.

LA TORMENTA

Gino Pieretto

En un tiempo muy lejano vivían en una vieja aldea de un desconocido pueblo unos jóvenes llamados José, Pablo y Marcos. Estos salieron a cazar corderos, pescados para la cena de la noche y así prender una fogata. José era un hombre medio extraño, a veces su comportamiento no era el mejor, se dejaba llevar por los pensamientos y malas actitudes, movilizado por la tentación.

Luego de que todos durmieran, José se fue de la casa para robar oro, joyas y todo lo de valor que pudiera tomar de la casa más rica que existía. Pero uno de los guardias se dio cuenta de que alguien había entrado a robar, y como si fuera poco, José tenía el rostro descubierto, el guardia lo reconoció y lo siguió sin que se dé cuenta. El guardia pisó un vidrio roto, por lo que José se dio cuenta que lo habían descubierto, así que salió corriendo hacia su casa, entró silenciosamente sin que Pablo y Marcos escuchasen. Al otro día, se levantaron, desayunaron y cada uno salió hacer sus cosas. El guardia, enojado, salió en busca de José para arrestarlo y encerrarlo en el calabozo de la aldea, pero José decidió marcharse para no ser esclavizado.

El guardia gritó "–Ábrame la puerta, José" pero ninguno le hizo caso, sino que se quedaron callados. Marcos le preguntó a José antes de marcharse qué fue lo que hizo, pero él no respondió. El guardia cansado de esperar se fue, los jóvenes se enojaron mucho con él, José le confesó que había entrado a robar en la casa más rica que existía, ellos le dijeron a José que lo perdonaba pero que no se repitiera de nuevo.

Volvieron a ir a cazar al bosque, pero esta vez se encontraron un buey muy grande, ya tendrían comida para muchos días. Marcos fue al río para pescar muchos peces, Pablo desplantó las zanahorias y papas para hacer un rico caldo, estaban preparando una fiesta ya que Pablo cumplía 28 años. Invitaron a

amigos y familiares para festejar su cumpleaños. Pablo se había enamorado de una chica joven llamada Claudia y por supuesto también la invitó a su fiesta. Ella dijo que sí, que estaba encantada de ir. El día de su cumpleaños Pablo le pidió que sea su novia, Claudia aceptó. Pasaron seis meses y Pablo le pidió matrimonio. Ella aceptó y ambos decidieron partir hacia otro pueblo en busca de un futuro mejor.

Ellos dejaron atrás a sus amigos y partieron a Zuco, un pueblo lejano donde podrían encontrar buenos trabajos. Al llegar al pueblo el Rey los recibió con un banquete para darles la bienvenida. Con el correr de los días, Pablo y Claudia lograron acomodarse en una casa, por suerte pudieron hacerse de amigos quienes los llevaron a conocer el pueblo. Pablo encontró trabajo de pastor, y Claudia cocinaba para el Rey.

Así se fueron acomodando en el nuevo pueblo. Con el pasar del tiempo Claudia se convirtió en mamá, y nació Martino, estaban todos muy felices.

Años después del nacimiento del niño, sucedió algo catastrófico, se había nublado toda la tierra, mucha gente no le dio importancia. Martino dijo que era una tormenta muy grande pero la gente no le creyó al niño, minutos después se largó a llover muy fuerte. Martino y sus padres se refugiaron en el palacio, había gente muy preocupada por sus hijos y familias. Muchas personas se refugiaron en cuevas de las montañas y las cerraron con madera y brea, en cambio otras personas se fueron a refugiar en el sótano del palacio, cosa que no era mala idea ya que éste era muy alto y resistente. Las calles se empezaron a inundar, los ríos subían y subían cada vez más, causando inundaciones muy grandes y feroces.

El Rey ordenó a los guardias del palacio cerrar todas las puertas y ventanas en las que pudiera entrar el agua. Mucha gente trajo comida para sobrevivir, también trajo agua y animales para que sobreviviesen. El Rey se preocupó mucho por la aldea, y les pidió a los dioses de la aldea que lo ayuden a salvarse a él y a todas las personas, pero esos dioses en los que tanto creía, no lo ayudaron en nada. La tormenta no cesaba, volaban techos, animales, puestos de negocios, apenas se podía ver la profundidad del agua donde se veía la aldea destrozada. La tormenta duró varios días, las personas pedían con mucha esperanza que esto acabara pronto.

Esta noticia se hacía eco en otros pueblos, y llegó a oídos de José y Marcos, (ambos se encontraban en pueblos distintos) se despidieron de sus familias para llevar a cabo esta misión, ellos junto a otras personas armaron canoas de madera para poder llegar al pueblo Zuco y ayudar a toda esa gente... y así fue, marcharon primero a pie hasta que en un momento tuvieron que tomar la canoa para llegar hasta allí acompañados de muchos hombres, cargaron en sus canoas abrigos, alimentos para poder pasar ese trágico momento.

Cuando estaban viajando las olas se hacían cada vez más grandes, temían que alguna canoa se diera vuelta y perdiera a sus ocupantes, estaban asustados, pero decidieron continuar. Mientras tanto la tormenta en el pueblo Zuco parecía ir cesando. Las personas ya se empezaban a ponerse nerviosas por la situación, habían perdido casi todas sus pertenencias, casas, trabajos etc. El agua aún no bajaba.

En el trayecto hacia Zuco las canoas que acompañaban a José y a Marcos se cruzan con gente que también se dirigían a Zuco, pero estos no tenían intención de ayudar, sino todo lo contrario, querían apropiarse de lo poco que quedaba en pie en ese pueblo desesperado. Tuvieron que derrumbar las canoas de esos bandidos para que no pudieran apoderarse del pobre pueblo que estaba prácticamente en ruina.

Lograron seguir su camino aun con miedo, pero convencidos que podrían salvar a toda esa gente que necesitaba ayuda de manera urgente. Las horas pasaban y la espera de ayuda se hacía cada vez más larga. Las personas empezaban a discutir entre ellas en el palacio, se escuchaban gritos, llantos, des-

esperación, la situación era insostenible, ni siquiera querían escuchar al Rey.

Pablo, Claudia y su hijo se hicieron cargo de la situación más allá que sabían que todo estaba fuera de control, con mucha paciencia hablaban con las personas, que esto ya iría a terminar, que seguramente alguien llegaría para ayudarlos, que no todo estaba perdido... Así fue, lograron calmar a todos. Allí también se encontraban varios sacerdotes que decidieron ayudar a Pablo y a Claudia para lograr la calma de todos y por suerte pudieron lograrlo, no sabían cuánto duraría la tranquilidad y cuando terminaría todo para bien o para mal.

José y Marcos con su gente a cuesta iban acercándose Zuco, pero no encontraban donde se ubicaba el palacio. Otro problema se les presentaba... No había ningún indicio de donde estaría el gran palacio. ¿Qué hacemos? dijo José. Marcos pensaba, pero no se le ocurría nada.

Alguien de repente dice: "Yo puedo ayudar, soy un adivinador, los puedo ayudar...si siguen mis consejos llegaremos al palacio más rápido." Las personas lo miraban con mucha desconfianza, debían tomar una decisión lo antes posible, no había tiempo que perder. José y Marcos deciden hacer caso a este viejo y gran adivinador más allá de las dudas. El adivinador sacó de su abrigo unas piedras de formas extrañas y de colores brillosos. Él les consultó a ellas donde se encontraba el gran palacio. Las piedras se fueron moviendo en forma de reloj hasta formar una flecha que los llevaría justo arriba del palacio y cuando esta desaparezca significaba que ya estarían allí. Con el paso de las canoas de golpe la flecha desaparece, ya se encontraban arriba del palacio, cansados, angustiados y sin saber qué encontrarían lo habían logrado. Ahora sí, el gran viejo adivinador se convertiría más adelante en un gran servidor de la gente.

Pero ahora había otro gran problema: ¿cómo harían para evacuar toda el agua que se encontraba encima del palacio? Otro contratiempo se les presentaba y la desesperación crecía cada vez más y más. Anteriormente los había salvado el gran adivinador, pero y ¿ahora?

De la nada se escucha una voz que dice..."yo sé cómo hacerlo", un constructor de palacio junto a su hermano podría llevar a cabo semejante tarea, sus

nombres eran Víctor y Pepe, los dos le explican a José y a Marcos lo que debían hacer para que el agua baje sin inundar otro pueblo.

La idea consistía en poder llegar atrás del palacio donde allí se encontraba una compuerta, solamente había que abrirla con mucha fuerza y el agua iría drenando por varios pueblos sin dañar a nadie. Así iban pasando las canoas golpeando con fierros la gran puerta. Tuvieron que armarse de paciencia porque la puerta era muy robusta pero luego de muchos intentos lograron abrirla. Otro día más había pasado pero esta vez había resultado muy rendidor. Estaban felices de haberlo logrado, solo faltaba saber cómo se encontraban el resto de las personas.

La tormenta ya se había ido del pueblo Zuco, el agua hora tras hora iba bajando. Esta tormenta e inundación había dejado en ruinas al pueblo. Pero lo importante era volver a empezar y con la menor cantidad de heridos posibles. Poco a poco las personas iban saliendo del gran palacio y de las cuevas de las montañas, habían podido sobrevivir a tan grande tormenta.

¡Todos estaban emocionados porque estaban vivos!

Y otra situación feliz había sucedido... José, Marcos, Pablo y Claudia se habían vuelto a encontrar, pero esta vez prometieron no separarse nunca más.

LA ANTÁRTIDA DECRECE,

EL OCÉANO CRECE Y LA TIERRA DESAPARECE

Lucía Giménez

Llegaba septiembre y los glaciares de la Antártida comenzaban a derretirse... ¿el verano estaba más cerca o se debía a otro fenómeno?

Matías, un joven estudioso, inteligente, responsable y amigable, vivía junto a su familia en una zona cercana a las costas de Río Grande, provincia de Tierra del Fuego.

Día tras día el invierno desaparecía, dando lugar a la bellísima primavera. Lo más extraño para Matías y su familia eran las altas temperaturas, presentían que algo malo iba a suceder en su amado lugar.

La Antártida, por el gran calentamiento global, comenzaba a elevar sus temperaturas y los glaciares no sobrevivían a este fenómeno, comenzando lentamente a derretirse. Luego de un tiempo, llegado el caluroso verano, las costas comenzaron a achicarse, el caudal del mar crecía sin cesar. Matías y su familia contemplaban con angustia lo que estaba sucediendo, los glaciares eran más pequeños y el caudal del mar aumentaba día a día. ¿Pronto los taparía el mar?, se preguntaba Matías constantemente, él no quería marcharse de su pueblo natal y abandonar todo, quería vivir siempre allí, ese era su sueño más preciado.

Llegó marzo, y comenzaron las clases, el calor no cesaba y el otoño se aproximaba. ¡Las islas del sur fueron tapadas por el agua!, era el tema del que todos hablaban. Las playas no existían, habían desaparecido, lo que preocupaba día a día a la población, que comenzaron a huir hacia el interior del país para no ser tapados, tragados por el mar... dejando atrás toda su vida.

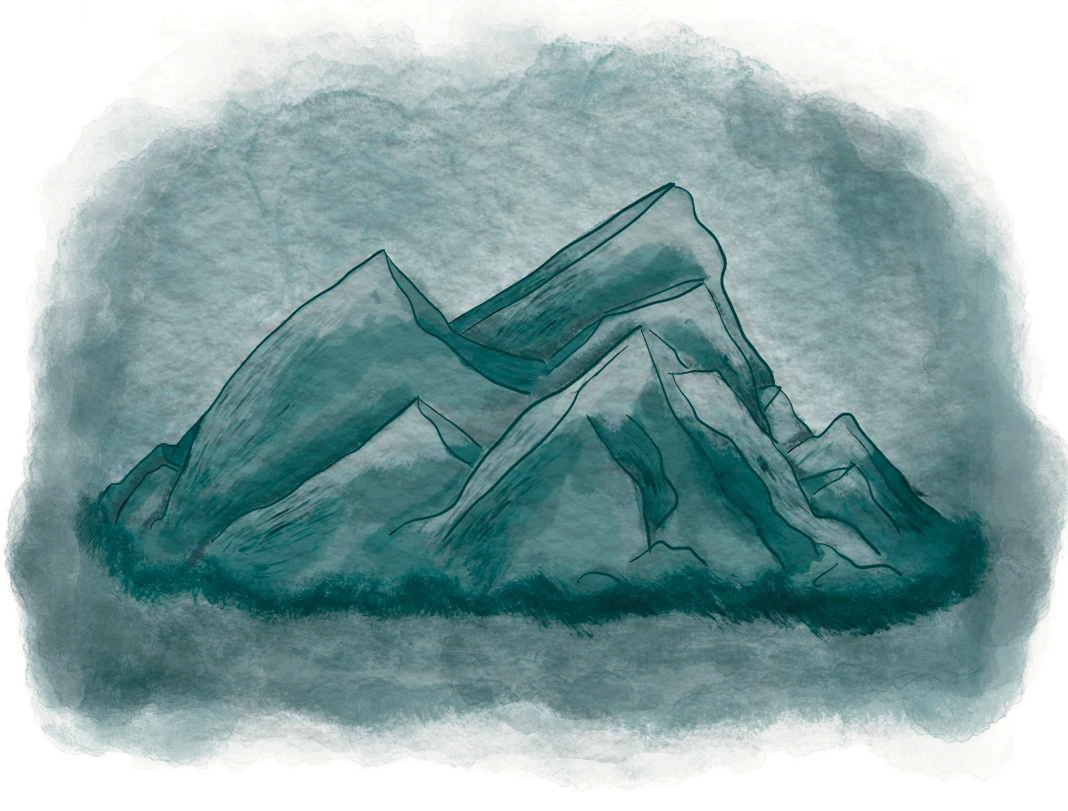
Pero, ¿a quién culpar por estas desgracias? A la humanidad, que contamina

cada día al planeta, nuestro hogar.

La familia de Matías, al escuchar sobre la futura desaparición de la provincia, comenzó a buscar un lugar donde ir; tenían parientes en Chaco, aunque no tenían los recursos para un viaje tan largo. Decidieron ir hacia Santa Cruz, con la esperanza de que este fenómeno se detenga y puedan regresar a su amado hogar.

Tiempo después, Matías se sentía triste, abatido, extrañaba mucho su lugar, las noticias no eran alentadoras, ya había comenzado a inundarse gran parte de la provincia. Para estar más seguros volvieron a mudarse, y llegaron a la ciudad de Bariloche.

Al cabo de un año, Matías y su familia habían formado una nueva vida en esta ciudad, pero siempre con la nostalgia por su pueblo y la angustia y preo-



cupación por lo que estaba pasando en las provincias del sur... estaban desapareciendo bajo el agua.

Matías finalizó sus estudios secundarios y continuó estudiando Ingeniería Ambiental, buscando una solución a la contaminación para reducir el agujero de ozono y así el calentamiento global.

Trabajó duro por muchos años y logró cambios impresionantes en el ambiente, solo que no soportaba la idea de no volver a su ciudad natal. Formó grupo con otros ingenieros en robótica y juntos crearon una máquina del tiempo, que les permitió volver hasta antes de su nacimiento y solucionar los problemas ambientales con sus conocimientos modernos. Diez años después logró volver al presente donde vivió en su amado pueblo junto a la familia que formó y a sus padres, cumpliendo su principal sueño...vivir en su pueblo por siempre feliz.

RENÉ SALVA EL MEDIO AMBIENTE

Morena Reyes

Voy a contar la historia de una rana llamada René, que pudo salvar el medio ambiente.

René vivía en un hermoso lago, le gustaba nadar allí de un lado al otro investigando y descubriendo todo lo que estaba a su alrededor. Le gustaba mucho ver desde su lago el amanecer, ver como el sol asomaba poco a poco hasta brillar y brillar cada vez más, escuchar el canto de los pájaros que se posaban en la rama del verde árbol, ver las flores que lucían sus hermosos colores, y saludar a todos los animalitos que pasaban por ahí.

René era la rana más feliz del mundo, y así fue creciendo, poco a poco aprendió a saltar.

Un día fue a visitar a su amiga la tortuga que vivía al otro lado del lago. Y entonces se sorprendió al ver que el cielo estaba tapado por una gran nube gris, y también vio que en ese lugar había muchas cosas tiradas y se preguntaba qué harían esas cosas ahí desmejorando el paisaje.

Su amiga le contó que antes no era así, se vivía y respiraba mucho mejor, pero desde que esa fábrica se había instalado en las cercanías ya nada fue igual. Muchos de los animales que vivían allí decidieron irse a otro lugar donde se pudiera respirar y se pudiera vivir sin tantas cosas tiradas, ni humo gris que cubriera el cielo. Todo era muy triste.

Entonces René pensó y pensó en cómo ayudar a su amiga la tortuga, y fue que tuvo una idea; saltó y saltó tan alto como pudo y vio a la fábrica que echaba grandes bocanadas de un espeso humo gris. La mejor idea que se le ocurrió fue armar un escuadrón de todos los animales que quisieran ayudar para que

juntaran todos los desperdicios. Así lo hicieron, y una mañana llevaron todo hasta la puerta de la fábrica. Eran tantas cosas que se formó una montaña tan enorme que tapó toda la fábrica. Los animales dejaron una nota donde decía que tenemos que aprender a respetarnos unos a otros, vivir sin lastimar y sin dañar el planeta, que entre todos podremos lograrlo.

Cuando el dueño vio la montaña y leyó la nota sintió mucha vergüenza y decidió reciclar y trabajar con lo que ya tenía sin dañar el medio ambiente.

LA MALDICIÓN DEL COFRE

Clara Properzi

Era una mañana en la escuela, como cualquier otra. La luz del sol ondulaba dentro del aula llenándola de luz y calidez, lo que hacía que Martina se adormeciera. La clase de Historia de la señorita Carla no ayudaba tampoco a mantenerla atenta. Hasta que el director tocó la puerta y anunció que vendría un chico de intercambio. Se llamaba Manuel, venía de España y vivía con Martín un compañero de esta clase, la profesora le dio la bienvenida y le indicó que se sentara con Martina. Ella era una niña introvertida, poco sociable, a quien le costaba hacer amigos, es más: no tenía ninguno. A Manuel, por el contrario, le gustaba relacionarse y crear amistades en cada lugar al que iba. Desde ese día, Manuel tomó como un desafío ser su amigo e intentaba conversar y compartir momentos incluyéndola en los juegos de los recreos. Sus compañeros comenzaron tímidamente a relacionarse con ella.

Un viernes por la tarde le llegó un mensaje a Martina de Manuel, este decía que iba a ir a una excursión con unos amigos y que ella estaba invitada. Ella dudó un poco en ir ya que sus padres eran estrictos y no la dejaban salir sin un mayor. Pero Manuel con tantos argumentos de diversión la convenció y la ayudó a escapar. Al rato, él estaba en la ventana de su cuarto. Cuidadosamente y sin hacer ruido, ella salió y se fueron al encuentro con sus compañeros.

Martín, Juan y Simón ya estaban en el "bosque sin fin", así era llamado por la gente del pueblo. Cuando llegaron Manuel y Martina, los tres se enojaron, porque ella no estaba invitada.

Este desprecio hizo que ella se sintiera mal. ¡Con lo que le costaba relacionarse! Su cara se puso roja y sus ojos retenían las lágrimas.

Manuel se adelantó y les dijo:

–No quiero pelear, así que si no puede Martina ir con nosotros, tampoco iré yo.

Los tres chicos se miraron y sin hablar siguieron su rumbo dejándolos atrás. Manuel y Martina se quedaron mirando el camino hasta que los perdieron de vista. Manuel se quedó pensando qué crueles eran estos chicos, cuando se empezaron a escuchar gritos de auxilio. Ellos se alarmaron y empezaron a correr. Se encontraron con que eran los chicos que estaban atrapados en un pozo enorme. Estaban atemorizados, lloraban y gritaban que los sacaran de allí.

Por suerte Martina era una chica precavida e inteligente ya que a todos lados llevaba una mochila con objetos útiles, de esos que sirven para una aventura y entre estos se encontraba una larga soga. Ella pensó que atándola a una rama sobresaliente de un árbol los chicos podían escalar y aparecer en la superficie. Así fue como lograron salir y muy agradecidos les pidieron disculpas por haberlos tratado de esa forma. La pregunta fue:

– ¿Qué pasó? ¿Cómo llegaron allí? A lo que respondieron que habían tropezado con algo duro, por lo que cayeron golpeándose muy fuerte. Todo muy extraño porque ese bulto apareció de la nada igual que el pozo.

El rectángulo del cielo entre las puntas de los árboles se había tornado oscuro y la linterna de Martina apenas alumbraba la búsqueda del objeto que se interpuso en la caminata. Los cinco buscaron hasta encontrar lo que era una especie de cofre color marrón, de forma antigua como los de los piratas, muy pesado. Todos morían de la curiosidad y lo abrieron sin pensar en las consecuencias. Dentro había muchas piedras exóticas y bajo estas se encontraba una hoja antigua en la que decía: “El que haya encontrado este cofre tendrá que devolverlo a la casa ubicada al final del pueblo, o de lo contrario convivirán el resto de su vida con una maldición: “LA MALDICIÓN DEL COFRE”.

El grupo de amigos sabía a qué casa se refería era llamada “la casa de la anciana sin rostro” Los jóvenes asustados, pensaron y llegaron a la conclusión de que había que ser valientes y seguir las indicaciones, llevando el cofre para

devolverlo al día siguiente.

Así fue como estuvieron unidos caminando a esa casa con el cofre en una carretilla. La maleza tapaba la entrada, las ventanas y la escalera que llevaba a la puerta principal. Temerosos y dudosos se acercaron a la puerta y antes de poder tocar esta se abrió unos centímetros dejando ver la mano de una anciana, la que preguntó con una voz ronca y agitada - ¿Qué quieren?

A lo que Manuel, tembloroso, contestó: –Tenemos el cofre que le pertenece.

–Hicieron bien. Ahora deben dejarlo e irse por donde vinieron. Quedaron liberados de la maldición porque se unieron y cumplieron con regresar el cofre a donde pertenece.

Los chicos se fueron por el mismo camino por donde llegaron, antes de dar la vuelta a la esquina, escucharon un aullido. Los cinco giraron y horrorizados observaron que la casa y el cofre habían desaparecido.

UN LUGAR MÁGICO

Lucía Mezzabotta

Un miércoles 12 de enero, con temperaturas más altas de lo normal, Sara, una niña de 7 años, de largas trenzas rubias y enormes ojos azules, fue a visitar a sus abuelos que vivían en una pequeña isla. El lugar era un paraíso, allí podías encontrar árboles de todo tipo: palmeras, robles, cactus. El agua era turquesa y tan transparente que los peces se veían a simple vista. La casa la construyeron ellos mismos, estaba hecha de madera, con paredes pintadas de naranja y el techo rojo. Un estrecho sendero conducía a un gran bosque que lo habitaban conejos, ciervos, ardillas, mariposas de todos los colores, mariquitas y caracoles. El fresco aroma de las flores y la hierba húmeda ha-cían de este lugar un sitio maravilloso. Allí Sara leía, jugaba con los animales y hacía picnics con sus abuelos. Ella sentía que ese lugar era mágico, ahí el tiempo parecía no transcurrir.

El sol brillaba más que nunca, por lo que decidió meterse al agua. Los ancianos la vigilaban desde la orilla mientras Sara se divertía nadando y jugando. Ya era hora de la merienda pero la abuela se dio cuenta de que no tenía nada para comer, entonces, fue a la ciudad a comprar algo. Dejó al abuelo a cargo de la niña y cruzó el río en un bote. Al rato, Sara se había aburrido del agua y decidió ir a su lugar preferido: el bosque. El anciano se quedó dormido pero la niña no lo despertó porque lo notaba cansado. La joven se divertía junto a los animales mientras una feroz tormenta se aproximaba, pero ella no se daba cuenta ya que los árboles eran tan grandes que cubrían el cielo. La abuela, que ya estaba llegando a la isla, se desesperó al ver que el abuelo estaba dormido y la nena no estaba allí. La anciana gritó y gritó hasta que el anciano se despertó. Cuando ya estaban en la isla, empezaron a buscarla y llamarla, pero justo en ese momento un enorme rayo cayó en el bosque.

Todo quedó en silencio, pero algo terrible había sucedido: un enorme incendio había comenzado en el corazón del bosque.

Las llamas empezaban a encenderse y crecer alrededor de Sara y los animales. La niña miró de un lado a otro para ver si había alguna salida pero el fuego crecía tan rápido que en un abrir y cerrar de ojos todo se tiñó de rojo. Escuchó el llanto de un animal que provenía de unos arbustos, se metió en él y rescató a un pobre conejo indefenso, era un conejito bebé. Todos los demás animales la seguían pensando que sabía por dónde escapar, pero Sara estaba más asustada que ellos. La pequeña pensó en trepar algunos árboles, pero por el humo no veía muy bien y cada vez más robles y palmeras se caían. Sara gritaba lo más fuerte posible y los animales hacían toda clase de sonidos, pero nadie los escuchaba. Como no podían respirar, trataron de llegar a una cascada que estaba cerca pero el bosque era tan grande que no sabían qué camino tomar, estaban perdidos. Había cuatro senderos, eligieron uno al azar para ver si ese era el correcto, pero solo daban vueltas en círculos. Intentaron con los demás pero siempre les pasaba lo mismo.

Con el fuego cada vez más cerca, la desesperación se fue apoderando de ellos. De repente vieron que algo brillante volaba sobre sus cabezas. ¡Eran luciérnagas! Ellas los guiaron hasta la cascada donde aprovecharon a refrescarse y respirar correctamente. Allí se encontraban tranquilos y a salvo, pero con el pasar de las horas, el fuego llegó a ellos y tuvieron que huir.

Mientras tanto, los abuelos siguieron con la búsqueda con la ayuda de policías, bomberos, habitantes de la isla y helicópteros sobrevolando el bosque. La situación era desesperante, el fuego cubría todo y espesas nubes de humo impedían ver qué ocurría realmente. No podían demorarse demasiado, ya que una niña pequeña no podría sobrevivir tanto tiempo en esas condiciones.

Sara y los animales caminaron hasta un momento en el que no podían seguir. Se acostaron en el pasto y quedaron dormidos en un profundo sueño. En el sueño de la niña, el bosque había desaparecido, sólo quedaban las cenizas. Su lugar mágico ya no existía. Tantos recuerdos, tantas canciones, tantos juegos, habían desaparecido para siempre. La tristeza la invadió y las lágrimas caían por sus mejillas.

Un momento después, algo rozó su rostro y la despertó. Apareció una pequeña hada que se paró en la palma de la mano de la joven y con una dulce voz le dijo que tenga esperanza porque los milagros pueden ocurrir. El misterioso ser desapareció y en ese instante una brisa fresca sopló y el fuego poco a poco comenzó a extinguirse. Sara y sus amigos no salían de su asombro. Minutos después, todo comenzó a renacer. Las flores y los árboles volvieron a tener color y el bosque ya no parecía arrasado.

A lo lejos, se escuchaban voces que los llamaban. Con las pocas fuerzas que les quedaban, se pusieron de pie y comenzaron a caminar hacia allá. ¡Qué gran sorpresa los esperaba! Tantas personas atemorizadas por lo que les pudiera haber ocurrido, y allí estaban Sara y los animalitos, sanos y salvos. El reencuentro con los abuelos fue emocionante, lágrimas, risas y abrazos que parecían interminables.

¿Quién pensaría que solo una tormenta causaría ese gran problema? ¿Acaso la naturaleza quiso castigar a los hombres por su comportamiento?

Aún después de varios años, Sara no comprende si aquel encuentro fue real sucedió en sus sueños, pero al mirar a su alrededor, sabe que la fe y la esperanza nunca se deben perder.

Todos los veranos, al regresar a la casita de paredes naranjas y techo rojo, recuerda ese suceso, pero no con tristeza, sino como un momento en el que descubrió su fuerza interior que le permitió salvar ese lugar mágico, en el que vivió las mejores aventuras de su infancia.

VIAJE INOLVIDABLE A VENECIA

Ludmila Urrutia

Elías, Micaela y Sara eran amigos de toda la vida, una vez terminada la secundaria siguieron compartiendo muchos momentos, incluso viajes de aventura, visitaron el sur, el norte, fueron por todos los puntos de Argentina, hasta que decidieron recorrer más allá de nuestro país.

Una mañana, Elías, el más arriesgado, las llamó para contarles que quería viajar a Italia, por supuesto con ellas, ya que tenía pensado un viaje de diversión y con ilusiones de conocer bellos lugares que tiene la tierra tana.

Micaela y Sara, felices, pero con un poquito de miedo, decidieron acompañar a Elías. Programaron el viaje, juntaron el dinero y en el mes de febrero, invierno en aquel país, partieron para realizar el anhelado viaje.

Recorrieron varias ciudades turísticas hasta que llegaron a Venecia, lugar soñado por sus calles rodeadas de agua.

Después de unas horas de recorrer la ciudad, quisieron subirse al vaporetto para tener la experiencia de pasar por sus aguas arriba de esa embarcación, nunca se imaginaban lo que iba a suceder...

Eran las 19 hs cuando lo tomaron, les llamó la atención que no había nadie con ellos, el capitán insistió en que no era buena hora para hacer el paseo, pero ellos no le dieron importancia y lo hicieron igual.

Los agarró la noche, ya no era tan agradable el paseo, empezaron a sentir ruidos debajo del lago, con mucho miedo miraron hacia abajo pero no vieron nada extraño porque el lago es muy oscuro, así que siguieron recorriendo. Un rato antes de terminar el paseo, volvieron a sentir que se movió el barco, mi-

raron hacia abajo y esta vez sí vieron algo, era una especie de animal grande, muy aterrador, un monstruo.

Con mucho miedo ayudaron al capitán del vaporetto a girar la embarcación y salir lo más rápido posible del lugar, pero el monstruo sacudió muy fuerte y casi tira a Sara al agua, pero Elías la agarró de la mano y logró sostenerla. Pronto habían llegado a lugar seguro, fue allí donde el capitán les contó que estaba al tanto de este fenómeno, pero no lo puede contar, por eso es que no le gusta viajar de noche, él piensa que no es malo, porque nunca hizo nada, pero igual tiene mucho miedo siempre. Hay una leyenda sobre el monstruo de la laguna pero como nadie cree prefiere dejarlo así, dicen que es un enamorado que salvó a su prometida de ahogarse en la laguna, pero él no logró salir...

Los tres amigos decidieron no contar nada y continuar recorriendo Italia, pero lejos de Venecia.

Este viaje fue una experiencia distinta y ayudó a que Elías, luego de haber socorrido a Sara, se diera cuenta que estaba muy enamorado de ella y fue en su regreso que se lo contó y ella le confesó que sentía lo mismo.

De ahí en adelante, los viajes los hicieron solo Sara y Elías. Micaela volvió a su país, decidida a terminar sus estudios y por fin cumplir su sueño de ser guía turística.

CON OJOS DE GATA

Ana Clara Bassi

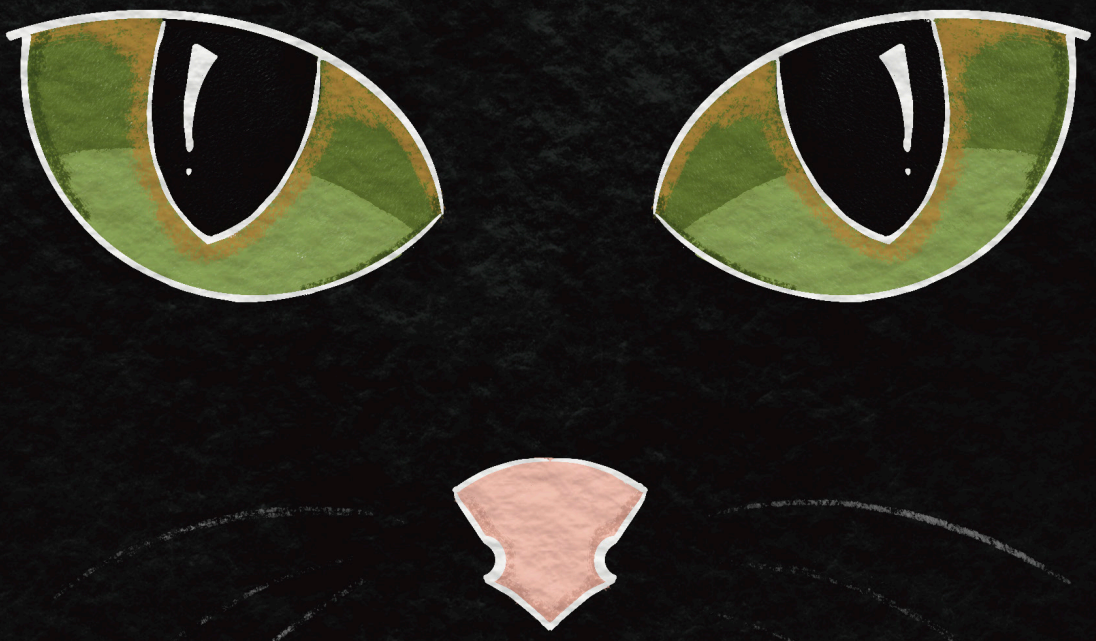
Esta es la historia de María, una niña feliz y con muchas energías. Ella tenía una gata llamada Luna. La gata llegó a su vida en un momento muy especial, en esos momentos donde todo parece no tener salida. La conexión entre ellas fue inmediata, se reconocieron, se miraron, se sintieron identificadas.

Desde la llegada de Luna a la casa ambas sabían que debían cuidarse, Luna tenía que aceptar que el calorcito de su mamá ya no estaba y María debía aceptar la partida de su papá. Fueron pasando las horas, los días y los meses y con ellos también se fueron algunos miedos, inseguridades y tristezas.

Mientras Luna crecía, María podía observar muchas similitudes entre ambas; María afirmaba que tenía el mismo color de ojos que su gata, grandes, negros, serenos e intensos a la vez. Pasaban muchas horas juntas mirándose al espejo, inventando canciones y aprendiendo a cuidarse.

Después de compartir diez años juntas llegó el momento de despedirse, Luna estaba enferma y se la notaba con pocas ganas de vivir, pero María ya no era la misma niña de antes, aceptó la partida de Luna y agradeció todos los momentos compartidos.

La primera noche que María durmió sin Luna en los pies de la cama no le trajo muy buenos recuerdos entonces decidió encender una vela en honor a su gata y fue allí que la magia sucedió. Con la vela encendida y mirándose al espejo pudo ver los inmensos ojos de Luna en el reflejo de su habitación, su primera reacción fue de susto y miedo y de un soplido apagó la vela. Cuando abrió los ojos ya no estaba en su habitación. Todo se veía muy luminoso y de fondo se escuchaba la canción que siempre le cantaba a Luna, miró para todos lados un poco desorientada y confundida comenzó a caminar hasta que



se dio cuenta que se encontraba en el patio de esa casona vieja dónde vivía Luna en sus primeros días de vida. Siguió caminando y vio una gata muy parecida a Luna que estaba a punto de parir, en ese momento se dio cuenta que estaba en el pasado. Al escuchar los maullidos de desesperación se acercó y ayudó al animal a parir.

Cuando nació la primogénita se impresionó porque ésta estaba cubierta en una especie de bolsa transparente y de ahí se asomaban unas pequeñísimas uñitas que rompieron la delgada tela hacia la vida. Inmediatamente María comprendió que estaba en un mundo paralelo y así, cada vez que tenía ganas de revivir momentos con Luna, encendía una vela.

LA LECCIÓN DEL PERRO

Federico Granucci

Siempre se lo veía en alguna calle de aquel pequeño barrio. Un vagabundo, flaco, de pelo marrón y algo ennegrecido por la mugre. Eran más las veces que pasaba hambre que las que encontraba algo para comer. Solía buscar comida entre las bolsas que dejaban los vecinos fuera de su casa, pero cuando el hambre era grande esperaba con mucha paciencia que alguna rata se pusiera a su vista. Y ¡ZAC! Se la comía... No tenía nombre, ni dueño, como todo perro de la calle. Los vecinos no querían que se les acercara, por su mal olor y por temor que los mordiera ya que se lo veía enojado y porque corría a los niños del barrio que les arrojaban piedras y otros objetos gritándole cosas feas.

Un día, a la hora de la siesta, mientras daba una de sus vueltas por una cuadra desalojada vio a unos metros a un niño sentado en la puerta de su casa muy entretenido jugando con un celular.

Era el momento de desquitarse de los tantos cascotazos que recibía e insultos con una mordida ese niño sentiría un poquito del dolor que le causaban... Pero ese pensamiento duró poco. Sin explicarse por qué al ver lo que estaba ocurriendo su corazón comenzó a latir muy fuerte, y sintió que solo él podía ayudar.

Entonces tomó carrera y allí salió.

Un joven en una moto le arrebató el celular a ese nene de ocho años que de repente vio que sus manos estaban vacías.

Él corrió velozmente a la par de la moto e intentaba tomarla del pantalón al ladrón. El niño gritaba y su madre salió de la casa y lo abrazó , quedando paralizada .

El perro esquivando patadas logró que el ladrón caiga de la moto y permanezca en el suelo, porque el animal allí estaba mostrándole sus dientes filosos, evitando que se ponga de pie.

En ese preciso momento los vecinos salieron a la calle y se abalanzaron hacia el lugar de la caída.

El perro pensó que como siempre sería maltratado y por eso salió tan ligero, tan ciegamente que chocó contra un patrullero que se acercaba a toda velocidad.

El perro solo sintió el ruido de los frenos y un fuerte dolor en sus piernas traseras.

Los policías detuvieron al ladrón, el niño recuperó el celular gracias al perro que se iba arrastrando intentando salir de esa situación y aullando de dolor.

El niño corrió hasta el perro, lloró y le pidió perdón. El perro temblaba de miedo al verlo, pero a diferencia de otras veces, sintió que le hablaba con ca-riño.

– Vas a estar bien ¡te lo prometo! Fui muy malo con vos y vos me defendiste.

– dijo el niño

– Lo llevaremos a un veterinario – agregó la mamá.

Desde entonces dejó de ser un perro de la calle, tuvo nombre y dueño, lo llamaban Malevo.

Se lo puede ver jugando con su pequeño dueño lamiéndole la mano y rodea-do de otros niños del barrio que también aprendieron la lección.

EL JUEGO DE LA BRÚJULA

Angelina Isabella Patiño

Era un día normal de otoño en la escuela San Sarmiento de Bigand. Tara, junto a sus amigos Martina, Paulo, Ian y Adam todos los días se juntaban en la plaza del pueblo para ir juntos hacia la escuela. Se conocían hace muchos años y además, eran compañeros de clase.

Como era jueves la primera clase era de matemáticas, duró una hora hasta que sonó el timbre dando anuncio al recreo.

Todos juntos se dirigieron a merendar en el patio principal, el salón estaba lleno de alumnos hablando y compartiendo su merienda.

Martina pensó que era buena idea invitar a sus amigos a su casa luego del colegio y lo hizo. De inmediato, todos respondieron que sí y terminaron de comer su merienda.

Se hicieron las 18:00 y cada uno se fue a su casa, el tiempo pasó rápido y Tara fue la primera en llegar a la casa de su mejor amiga.

Martina le mostró los dibujos en los que hace tiempo estaba trabajando y le prometió a su amiga que algún día iba a dibujarla.

No tardaron mucho en llegar los demás y todos saludaron a Zeus, el perro de Martina.

Tara estaba con su celular y vio un nuevo juego de terror llamado el “Juego de la Brújula” que se trataba de un círculo de tinta negra y tres velas en cada esquina, a Paulo le llamó la atención y dijo que era una buena idea.

Debían jugarlo a la noche así que esperaron a las nueve. Cuando llegó el momento se tomaron de las manos y empezaron a decir “brújula indica a dónde

están los demonios".

El primer intento falló y por fin el segundo funcionó. Fue Tara quien sintió que alguien le tocó el hombro, se asustó demasiado pero como le intrigaban estos juegos decidió seguir jugando. Los demás no le creyeron hasta que se rompió el vidrio de la brújula y sintieron que sus cuerpos flotaban en el aire.

No podían gritar porque desde afuera no los escuchaban, solo podían oírse

sus voces.

Todos estaban demasiado aterrados, pero una figura en el centro del cuarto los aterró aún más. La figura era de un mago vestido de blanco. Por sorpresa este les dijo que se tranquilizaran y que habían abierto el portal a un pueblo fantasma.

Les explicó que la solución para salir del juego era encontrar el diamante dorado que pertenecía a un brujo del pueblo.

Fue Tara quien le dijo que lo único que querían hacer era salir de esta fantasía. El brujo les explicó que primero debían encontrar el mapa que los guiaría al santuario en donde se encontraba el diamante dorado.

Los chicos, resignados se miraron entre ellos y murmuraron: "Si esta es la única solución, debemos encontrarlo".

El mago desapareció pero aún se podía escuchar su voz diciendo: "Voy a estar junto a ustedes en todo el trayecto pero solo podrán escuchar mi voz, no me tengan miedo, estoy aquí para ayudarlos".

Ian fue el primero en sentir que ya estaba en el pueblo, lo primero que vio fue un cartel que decía "Pueblo de Nebraska", el paisaje era aterrador, única-mente se podía ver niebla y pájaros escondidos en los árboles. Las casas eran antiguas y sólo se podía ver una luz tenue dentro de ellas.

Pasaron unos minutos y llegaron los demás, todos estaban sorprendidos por lo que veían.

Como era imposible caminar en el medio del bosque sin luz, esperaron hasta el otro día para comenzar con su búsqueda. Durmieron en una casa del árbol que se encontraba en la esquina de una amplia calle, no tenían nada para comer pero todos decidieron tomarlo con calma.

Al día siguiente, el sol salió, y por fin pudieron empezar a buscar pistas que los llevaran al mapa. Martina vio una flecha que se encontraba en la puerta de una casa, en ella decía la palabra "izquierda", decidió acercarse y notó que la flecha daba a un tronco que tenía una llave atada al árbol, pero estaba a una altura que ninguno alcanzaba. Todos se reunieron alrededor del árbol y

pensaron en cómo llegar hasta ella, hasta que a Paulo se le ocurrió juntar objetos que sirvieran de escalera, le dijo a sus amigos que debían buscar piedras grandes.

En ese momento, notaron como todas las piedras que fueron encontrando se tornaban de color amarillo brillante.

Adam no podía creer cómo una piedra podía cambiar de color y por sorpresa en ese momento se escuchó la voz del mago:

–Hola chicos, ¿han encontrado alguna pista?

Ian le señaló la llave que estaba en el árbol y el mago respondió que habían sido muy inteligentes. Esa llave les permitiría entrar a un portal que los llevaría más cerca del santuario secreto.

De inmediato, los chicos apilaron las piedras una arriba de la otra y con ayuda de los demás, Tara pudo tomar la llave.

El paso siguiente era encontrar la entrada al portal, pero recibieron una pequeña ayuda de una paloma blanca que se posó sobre el hombro de Adam.

El mago le dijo que tomara el papel que tenía la paloma en su cuello, Adam asintió y leyó que decía "flores rojas deberán de encontrar".

Eso los confundió aún más, y sólo pensaron en buscar el jardín de alguna casa. Comenzaron a caminar y no veían tales rosas, hasta que llegaron al final de una cuadra muy extensa, y se toparon con una mansión que en su patio delantero tenía muchas flores de diferentes colores, pero las que captaron su atención fueron las de color rojo.

Se acercaron hasta la casa y notaron que la puerta de la casa tenía una cerradura de color dorada, al igual que la llave que encontraron.

Ian intentó abrir la puerta pero no pudo, luego de dos intentos lo logró y pudieron ver el interior de la mansión abandonada. Solo se oía el eco de sus voces, que fue interrumpido por la voz del mago que los felicitó por lograr encontrar el portal.

–Están en el último paso, el mapa está en la habitación que se encuentra en

el segundo piso, deben buscarlo.

Subieron hasta el segundo piso y la puerta de la habitación estaba abierta, entraron y vieron que sobre una mesa se hallaba un mapa demasiado complicado de entender. Martina lo tomó e intentó entenderlo hasta que notó que la casa en la que estaban se encontraba muy cerca del santuario.

Les explicó que debían llegar a él por medio de un bosque. Cuando llegaron hasta allí vieron cómo aparecían pequeños animales extraños, que eran de colores brillantes y cuerpos deformes. Tara, la más miedosa del grupo comenzó a gritar pero por sorpresa los animales hablaban y uno de ellos comenzó a callarla y a decirle que no temiera. Siguieron caminando durante una hora, se encontraban cansados pero los motivaba el hecho de encontrar el diamante.

La voz del mago de nuevo se escuchó:

–Niños, están muy cerca del santuario, sigan su intuición.

Fue Adam quien trató de volver a encontrar flores rojas y decidió separarse un poco del grupo, los demás, concentrados en seguir caminando no notaron que él se había ido.

Caminó hasta una cascada llena de piedras luminosas y agua de color cristalina. Pero lo que le sorprendió aún más fue una puerta que se encontraba al costado de ella.

Chicos, creo que encontré una pista– gritó

Los demás lo escucharon y corrieron hasta el lugar pensando que le había sucedido algo. Pero Adam se encontraba con una sonrisa gigante:

–Encontré una puerta– dijo

Quizás con la llave que usamos podamos abrirla, intentemos– respondió Paulo.

Ian introdujo la llave en la cerradura y de repente todos fueron succionados al interior de una especie de cueva.

– ¡Este es el santuario! – exclamó Martina muy feliz. Luego de unos segun-

dos apareció el mago y les dijo:

– Felicidades, están a punto de completar el juego. Solo deben decir 5 palabras que les permitan abrir este cofre.

– ¿Cuáles son las palabras?– preguntó Adam.

– Son sus nombres– respondió el mago. Todos se miraron.

– Estaba esperando este momento para decirles que este juego se trata de ustedes y de cómo supieron llegar hasta el final todos unidos y ayudándose los unos a los otros. Deseo que siempre sean buenos amigos. Pero ahora deben decir las 5 palabras.

Todos asintieron y comenzaron a decir todos juntos sus nombres. Una luz blanca reflejó el cofre, y por fin se abrió, dejando ver a un poderoso diamante dorado.

Los chicos quedaron muy sorprendidos pero aún más felices por haberlo logrado.

– Fueron muy inteligentes, es hora de volver a casa, dijo el Mago.

Los chicos se miraron los unos a los otros y volvieron a sentir que flotaban en el aire. Pero ahora se encontraban en el cuarto de Martina de nuevo.

Cuando sintieron que volvieron a la realidad, se miraron los unos a los otros y comenzaron a reír.

– Este juego realmente fue muy impresionante, dijo Tara.

AMOR DE VERANO

Julia Sanca

Tomados de la mano con la promesa de volverse a ver, se despidieron los enamorados.

Ellos eran Julia y Pablo. Julia era muy inteligente, aplicada, buena compañera, responsable y le gustaba mucho bailar. No le gustaba llegar tarde a los ensayos y mucho menos faltar.

Pablo, en cambio, era un poco vago, impuntual y olvidadizo. Le gustaba jugar a la pelota y así como Julia era un buen compañero.

Era el último día de clases, un día soleado, los chicos de sexto grado decidieron reunirse para festejar. Julia como siempre no quería ir porque se iba a perder la clase de baile. Sus amigas le insistieron tanto y no le quedó otra que aceptar.

Al llegar al club, Tomás, un compañero de la escuela, le presenta a Julia y a sus amigas a Pablo, su primo, que había llegado de Buenos Aires, para pasar las vacaciones de verano.

Pablo al ver a Julia sintió amor a primera vista, en cambio Julia seguía pensando en el ensayo perdido.

Durante esa tarde jugaron a la escondida, a la popa, a las cartas, escucharon música y bailaron. Pablo intentaba llamar la atención de Julia haciendo de todo para conquistarla, pero ella no lo notaba.

El día era perfecto hasta que se desató una tormenta inesperada. Comenzó a llover, caían piedras, volaban partes de los árboles y también cosas extrañas nunca vistas del cielo. Los chicos desesperados empezaron a correr buscando refugio. Julia corría y lloraba por lo que no vio una piedra, se tropezó y cayó, su cabeza golpeó muy fuerte contra el piso y se desmayó, mientras se encon-

traba desmayada, vivió unos de los momentos más importantes de su vida, que fue encontrarse con su abuelo que hacía años que se encontraba en el cielo, en ese momento tuvieron una larga y hermosa charla, en donde él le contó lo orgulloso que estaba de lo bien que bailaba y de lo buena persona que era.

Después de unas horas Julia se despierta en el hospital. Pablo estaba a su lado y le cuenta lo que había sucedido. Al tropezar con la piedra, Julia se había esguinzado un tobillo y por un tiempo no iba a poder bailar. Ella se angustió terriblemente, pero él no pensó dejarla sola.

Durante todas las tardes, Pablo la visitaba con unas ricas facturas, Julia disfrutaba mucho de su compañía.

Jugaban en la computadora, él le contaba chistes, le hacía bromas y trataba de distraerla para que no recordara lo que lamentablemente pasó en su pie.

Así pasaron los días. Los chicos cada vez se sentían más cercanos. Sus charlas eran largas y profundas. Y sin darse cuenta, el amor nació entre ellos.

Julia volvió a bailar y le dedicó una hermosa danza.

El verano había llegado a su fin.

En la estación de colectivo Pablo le robó un beso a Julia y el resto ya lo conocen.

Soy Julia Sanca, la escritora y protagonista de esta gran historia de amor.

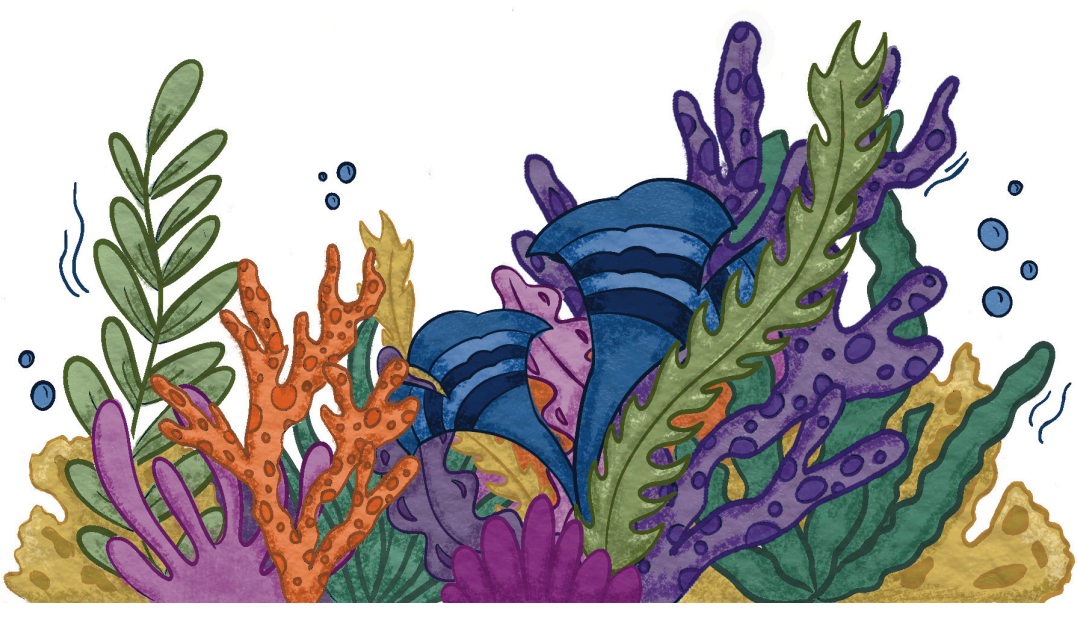
AVENTURA DEBAJO DEL AGUA

Augusto Riffel

Se dice que un día, un crucero estaba navegando tranquilamente por el océano Pacífico cuando de pronto el capitán se percata de algo extraño en el horizonte.

El mar parecía cortado como si se fuera a acabar. El capitán pensó que su vista le estaba jugando una mala pasada entonces se sacó los lentes, se restregó los ojos y volvió a mirar.

A medida que el crucero se iba acercando el capitán se preocupaba cada vez más. No era su vista definitivamente el mar se acababa.



Trató de maniobrar el crucero, pero no pudo. De repente el crucero entró en una especie de cascada y comenzó a caer. Era como un precipicio. Todos los pasajeros empezaron a gritar, incluido el capitán. Caían a alta velocidad y nadie podía ver nada desde las ventanillas, hasta que de repente, el crucero comenzó a caer más lento.

Entonces todos comenzaron a observar el mundo marino que los rodeaba. Había varios tipos de animales acuáticos y uno de ellos era un dragón que disparaba de la boca burbujas tornasoladas.

El dragón era verde fluo, bien llamativo. Sus garras eran de color azul fluo y sus cuernos eran de distintos colores: uno amarillo y el otro violeta. También había cangrejos gigantes y súper brillantes y muchos peces con alas parecidas a las de las mariposas. Impactados por estas criaturas maravillosas ni el capitán ni los pasajeros se percataron que habían tomado un nuevo rumbo, tan tranquilo como al principio del viaje pero hacia el fondo del mar.

Viajaron varias horas, siempre mirando por las ventanillas hasta que de pronto se detiene el crucero y todos le preguntaban al capitán por qué paraban y el capitán les dijo: – ¡Miren! ¡Hemos llegado a la ciudad perdida de Atlantis!

Con mucha sorpresa navegaron por la ciudad contemplando las maravillas de ese lugar fantástico, y nadie sabía cómo regresarían al puerto de donde habían salido, ni cuándo lo harían, pero eso no importaba porque este viaje se había convertido en algo extraordinario. Lo que sí sabían, era que todos volverían a casa con un cuento maravilloso para contar.

PIRATAS

Genaro Serpille Gualtieri

Había una vez un pirata que se llamaba Pepito. Era el año 1226, en esa época eran famosos los piratas.

El padre de Pepito, que hacía poco tiempo había cumplido 86 años, tenía un barco. Pepito había reclutado a muchas personas para navegar por un mar lleno de misterios.

Antes de partir, Pepito entró en la habitación de su papá y en un armario encontró un mapa, enseguida le fue a preguntar qué era eso y el papá le respondió que era un mapa que ocultaba un importante tesoro, pero que él nunca lo había encontrado.

Pepito y las personas que lo acompañaban, salieron a navegar con el barco de su papá en busca del tesoro perdido, guiándose con el mapa y una brújula. En el viaje, pararon en una playa para juntar provisiones, almorzar y descansar.

Al día siguiente siguieron el viaje y unas horas después se encontraron con el barco de un pirata enemigo que se había enterado del mapa que tenía Pepito y se lo quería robar. Los enemigos comenzaron a atacar el barco de Pepito, pero él y su tripulación respondieron el ataque. Armados con espadas, pisto-las y cañones lucharon durante horas hasta que Pepito pudo matar al capitán enemigo cortándole la cabeza. Al ver esto, el resto de la tripulación enemiga escapó en sus botes.

Pepito también quedó herido pero igual continuó su viaje.

Después de recorrer varios días un océano inmenso, llegó a la isla solitaria que marcaba el mapa. Descendieron y comenzaron a caminar buscando las señales del tesoro.

De repente, el capitán no podía creer lo que estaba viendo. El susto lo paralizó. Delante de él apareció un pulpo gigante al que los marinos llamaban Kraken. Tenía ocho enormes tentáculos, ojos enormes, la piel con escamas y lanzaba unos gritos que aturdían. No había otro camino que eliminarlo para continuar con la búsqueda del tesoro. Entonces sus ayudantes fueron a buscar los explosivos que les quedaban y armaron una trampa para matarlo. Algunos engañaron a Kraken para que los siga y cuando estaba en el lugar correcto hicieron explotar todo, matando a la bestia.

Siguieron el camino del mapa hasta llegar a una cueva entre la espesa vegetación de la isla. Entraron y encontraron un cofre lleno de monedas de oro, joyas y reliquias.

Pepito y su tripulación cargaron todo en el barco y comenzaron el regreso a su pueblo. Al llegar, el padre de Pepito y los demás familiares los esperaban en el muelle del puerto.

Pepito repartió el tesoro entre todos los habitantes del su pueblo ya que le había prometido a su papá que si lo encontraba iba a hacer felices a todos, y en agradecimiento le hicieron una estatua en el centro de la plaza.

Todos vivieron contentos y para no olvidar lo que hizo Pepito, fueron trasladando esta historia de padres a hijos hasta nuestros días.

LA RAZÓN DE ESTAR CONTIGO

Samira Agata Salomón

Bretel y su familia estaban por mudarse. Debido a esto, tuvieron que empacar sus pertenencias. Ella ordenó todos sus juguetes, su uniforme para escuela, su ropa, sus muñecos y por último, su objeto más preciado, un hermoso arcoíris de porcelana fría, de tonalidades suaves, nubes suaves y delicadas. Bretel guardaba muy bien ese objeto ya que era algo muy importante para ella. Ese había sido el último regalo que su mamá le regaló antes de morir, antes que ese problema del corazón la dejara sin latidos.

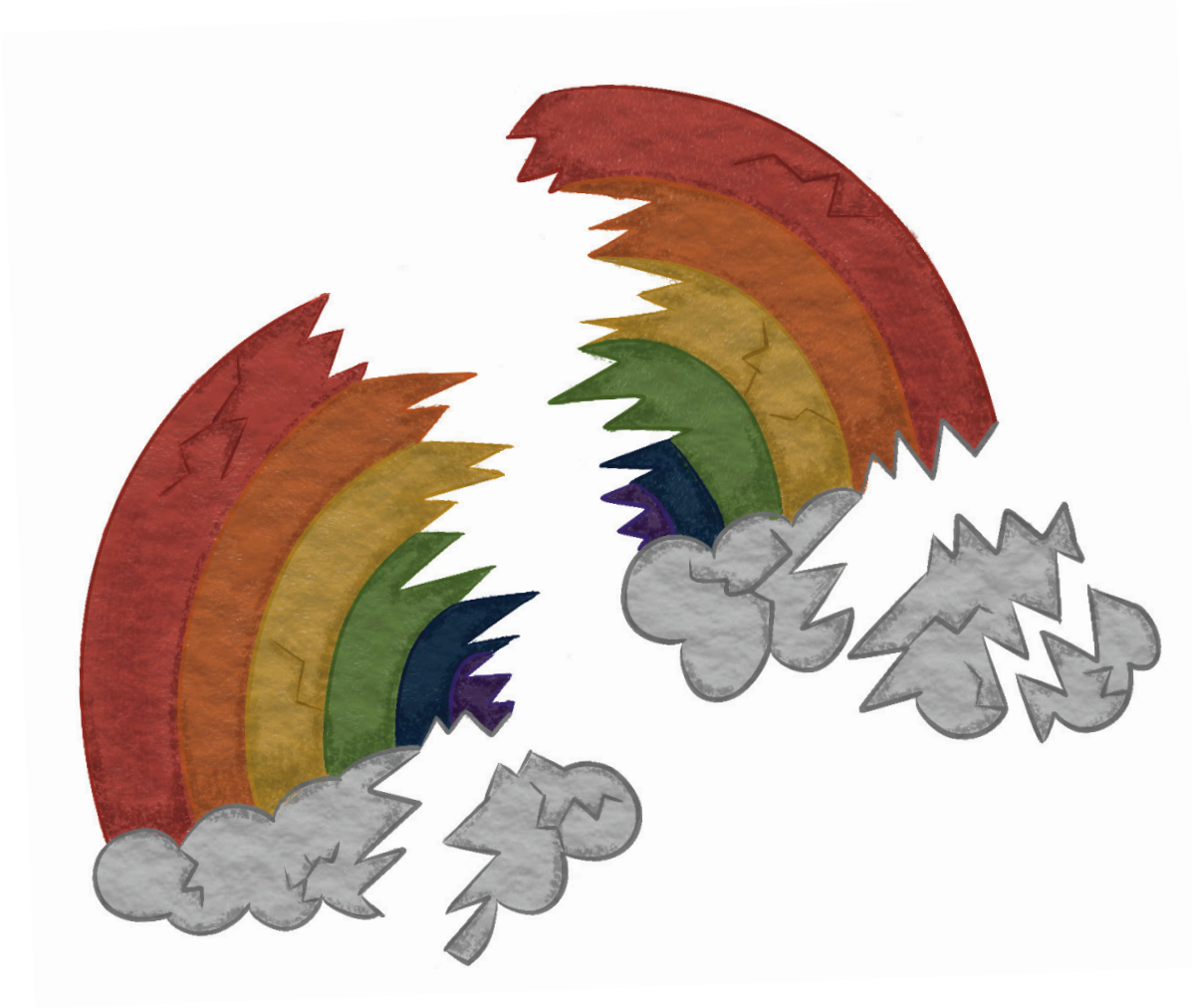
Cuando terminaron de empacar subieron al auto y emprendieron viaje. Después de un largo tiempo de espera por el terrible tránsito, al fin llegaron a la casa. La casa no era muy grande, pero tenía un gran patio. Había tres habitaciones, una para su padre y madrastra, otra para sus hermanos y la última para ella. Pensaban que no había nada más...eso pensaban, hasta que descubrieron un sótano mientras bajaban las cajas del camión de mudanzas. Bretel se fue corriendo al sótano a ver qué encontraba pero en ese mismo instante llegó su madrastra y le dijo:

—Bretel. cariño, ¿podrías llevar tus cosas a tu habitación?

Ella tuvo que hacer caso ya que sino su padre la castigaría. Mientras ella bajaba sus pertenencias, por otra parte, sus hermanos no dejaban de correr y correr por el pasillo. Desgraciadamente cuando Bretel pasaba, también lo hicieron sus hermanos y la hicieron tropezar sin querer. Pero lo que ellos no sabían era que en esa caja estaba su arcoíris de porcelana. Cuando cayó la chica no lo podía creer... su más preciado objeto se rompió en frente de sus narices, la niña estalló del enojo, empujó a sus hermanos y se llevó las cosas

para su nueva habitación. Cuando entró, cerró la puerta y llorando con mucha tristeza, se puso a armar su arcoíris

Luego de un rato de haber terminado de armarlo, se quedó dormida del cansancio que le dio el viaje, del enojo y de la tristeza. Como en la madrugada le dio algo de sed, fue directo a la cocina a buscar un vaso de agua, antes de volver a su dormitorio quiso cerrar un cajón que estaba entreabierto pero allí vio una llave no muy gruesa pero tampoco muy fina, tenía en la punta un botón negro, entonces ella pensó que podría ser la llave del sótano, fue así que se puso un poncho, unas botas y unos guantes para el frío y decidió ir. Abrió lentamente la puerta para entrar a su patio e ir al sótano.



Cuando llegó a la puerta del sótano la abrió lentamente y la sorprendió no solo una exquisita fragancia de rosas sino también unos rayitos de sol cálidos, entonces decidió entrar. Cuando entró era un mundo realmente perfecto. Esa pradera hermosa con flores nunca vistas y con un color asombroso la llenaron de alegría, tan así que rodó entre las flores y saltó por todos lados...Pero algo le llamó la atención, había una réplica exacta de su arcoíris de porcelana, con los mismos colores y las mismas nubes suaves. No lo podía creer y en ese mismo instante fue corriendo a buscarlo. Todo eso que la había maravillado quedó atrás, la felicidad que sentía por haber encontrado ese objeto lo superó todo. Entonces agarró su arcoíris, buscó la salida pero cuando quiso salir la puerta estaba cerrada, no la podía abrir. Intentó una y otra vez sin conseguir nada entonces se empezó a asustar ya que no podía salir. Buscó desesperadamente otra salida pero la suerte no estaba a su favor.

El tiempo pasaba, y sus fuerzas se rendían y cuando se sentó, se quedó dormida.

Después de unas horas que la niña dormía sintió unos toques en la cara, sus mejillas le irritaban tanto que se despertó de golpe, cuando miró a su alrededor se encontró con sus dos hermanos y su padre. Los hermanos se disculparon con su hermana por haberla hecho enojar, por haber roto su arcoíris y además se lo entregaron armado. Después de ese momento ella quedó confundida. Ella pensó que había armado su arcoíris, pero en realidad se había quedado dormida entonces sus hermanos quisieron ayudarla y le armaron su escultura. Al entender, que todo lo que pensó haber vivido aquella noche fue parte de un sueño, les aceptó las disculpas y fue ahí, en ese instante de unión entre hermanos que sintió un susurro, una voz muy familiar, la voz de su madre que le decía lo mucho que la amaba y la niña llorando abrazó a sus hermanos.

Todo lo que pasó la llevó a pensar que era hora de dejarlo todo atrás y empezar un camino nuevo, entonces la chica le agradeció a sus hermanos, les pidió perdón y la respuesta de sus hermanos fue: “Nosotros siempre te perdonaremos porque tú eres nuestra razón para estar en donde estamos y poder superarlo todo”.

EL MEJOR DE MUCHOS TIEMPOS

Giuliano Benigno

Es hora de dormir, Sebastián.

–¡¡¡Pero papi!!! No tengo sueño, no quiero dormir.

–Sebastián, ya es hora que descanses, mañana debes levantarte temprano para ir a la escuela...

– Pero, ¿me contás un cuento, pá? ¡Por favor!

– Bueno Seba, pero luego a dormir.

– Sí, sí papá.

– Bueno Seba voy a contarte una historia muy especial...

Cuando yo era chiquito, me gustaba mucho el automovilismo, siempre jugaba con los autitos que me regalaba el abuelo...Juan Manuel Fangio era mi piloto favorito. Soñaba con conocerlo y poder manejar sus Mercedes, pero las entradas eran inaccesibles para mí.

Por eso decidí ayudar en el negocio de reparación y venta de autos del abuelo para así poder recaudar dinero para las entradas de la gran carrera que era en Mar Del Plata, en la provincia de Buenos Aires.

Las ventas del negocio fueron buenas, y gracias a eso tardé exactamente un mes y siete días en juntar el dinero para comprar las entradas.

Solo quería estar ahí, en el acontecimiento más importante del país. Y no se trataba de una carrera de un día cualquiera o de un circuito local, lo importante es que iba a estar él, mi piloto favorito.

Llegó el día, desde lejos se escuchaban los motores de esos autos que tanto

me gustaban y el lugar estaba repleto de gente. El podio era bastante grande, se sentía el olor a la nafta de los autos, ese día lo recuerdo bien, el sol era fantástico.

La largada era en minutos nomás, ¡y yo no lo podía creer! ¡¡¡Tanta emoción!!! Aunque lejos estaba, veía su casco marrón oscuro. ¡¡Impresionante la carrera!! Unos 300K/H manejó. Ese día Fangio tuvo una extraordinaria victoria, hijo. Su talento se dejó ver durante la carrera. Único en la historia del automovilismo por eso creo que hasta hoy, me sigue gustando tanto.

Hijo, me gustaría que cuando crezcas, puedas cumplir todos tus sueños. Nunca dejes de luchar por eso que te apasione.

Que descanses corazón, papá te quiere mucho.

– ¡Hasta mañana pá y gracias por contarme esa historia tan linda!

10

EL MUÑECO DE NIEVE

Augusto Osorio Granucci

Era nochebuena, y los niños que siempre acompañaban al muñeco de nieve, estaban en sus casas. El muñeco de nieve se sentía solo y estaba triste.

De repente, se acercó a una casa a mirar por la ventana y vio el calor del hogar, en una mesa llena de comida y un lugar donde no hacía frío porque no caía la nieve.

Quiso entrar, pero no pudo, hasta que una escarcha del cielo lo miró y le dijo que le pidiera un deseo, pidió entrar a esa casa y pasar la navidad con esa familia. Pero si haces esto – le advirtió la escarcha – te convertirías en agua. Solicitó entonces que la familia saliera, pero la escarcha le explicó que se morirían de frío.

Lo que necesitas es otro muñeco de nieve para compartir la navidad. Y así fue como la escarcha creó otro muñeco y pronto los habitantes de la casa lo descubrieron.

Uno de los niños salió y le puso la bufanda de su madre al muñeco de nieve recién creado. Y así fue como el muñeco de nieve jamás volvió a estar solo.

LA ADOLESCENCIA DE CAMPANITA

Luisina González Kuz

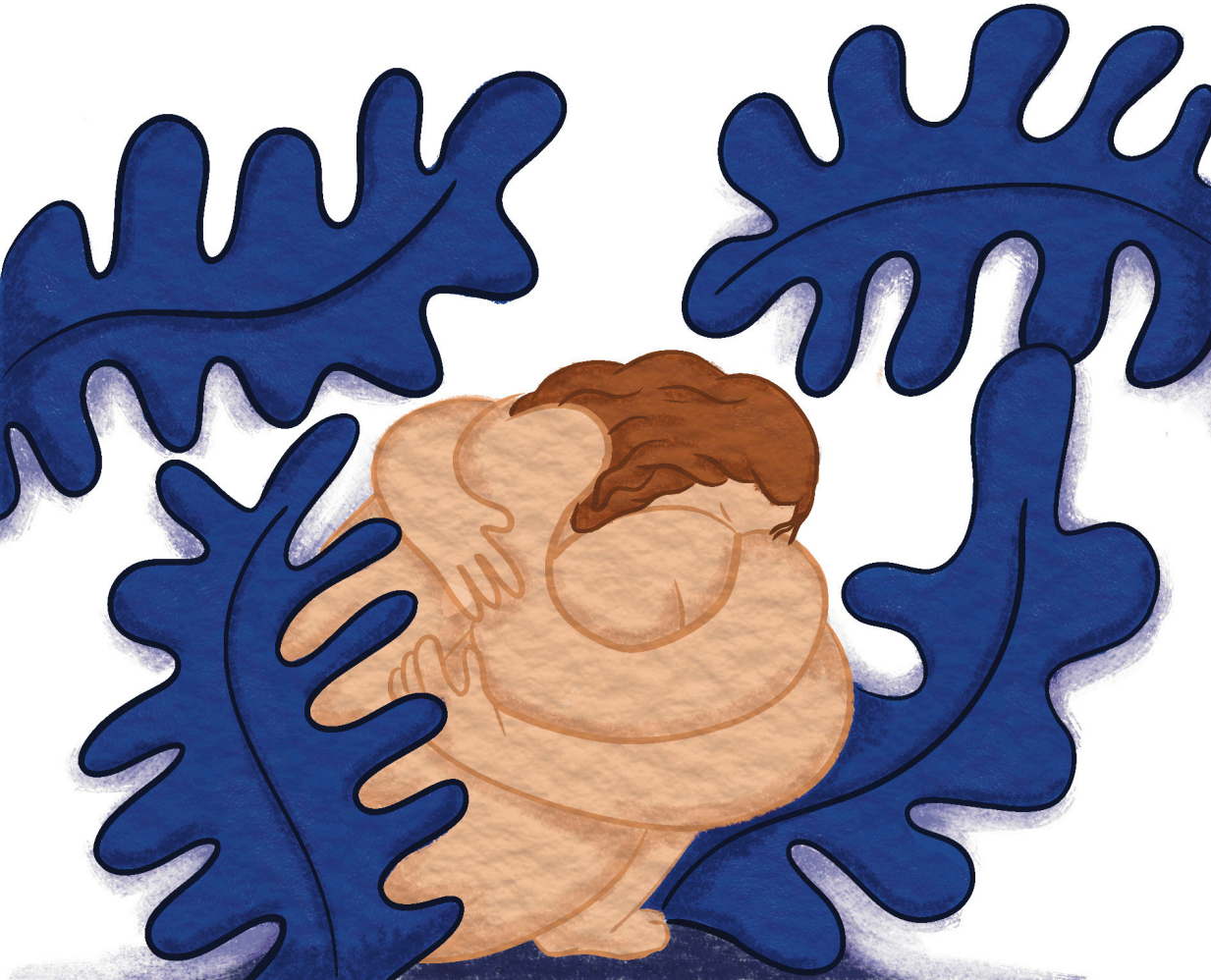
Había una vez un hada llamada Campanita. Ella tenía un pelo castaño oscuro, sus ojos eran de un color hermoso verde manzana y su estatura era normal. Siempre fue muy buena, dulce y agradable, pero, sobre todo, tenía un corazón inmenso. El hadita iba a una escuela de magia donde le enseñaban a hacer hechizos, volar y otras cosas. Ella, al igual que todos sus compañeros, estaba muy emocionados, ya que se acercaba el verano.

El hadita ya iba a cumplir sus 12 años, estaba por entrar a su adolescencia. Cuando fue a comprar su bikini para el verano no se sentía del todo conforme con su cuerpo como solía hacerlo. Campanita no entendía lo que estaba sucediendo, ella y su cuerpo estaban cambiando. La pobre hadita pensaba cosas como si había comido mucho, qué había hecho mal, si estaba gordita, y otras cosas muy feas que su cabecita le hacía imaginar. Lo peor, es que a veces nuestro cerebro puede ser nuestro peor enemigo y nos puede hacer ver muchas cosas que no son, y este era el caso de ella. De lo que Campanita se sentía insegura, y mal consigo misma, era de su peso y abdomen, esto hizo que ella perdiera el apetito, se restringiera de comidas que le parecían prohibidas y malas, no quería comer y se alimentaba muy poco.

Al hacer todo esto tuvo el llamado de atención de sus padres como familia, esto hizo que ellos se preocuparan bastante. A ella siempre le gustó mucho la naturaleza, así que iba allí cuando se sentía triste o desanimada. Se trepaba a lo más alto de la copa de un árbol, y miraba con ojos de asombro el cielo, ad-mirando las nubes y sus distintas formas, los pájaros que hacían música con su bello canto, para ella eso era paz, alivio, eso era sentirse bien.

Cuando intentó bajar del árbol hizo un mal movimiento, tropezó y perdió el equilibrio, trató de volar, pero para su desgracia y mala suerte, se le atascó un ala, así que por más que se esforzó no pudo volar, su ala se quebró. Se pudo liberar, pero el hadita cayó muy fuertemente al suelo. Cuando encontraron a Campanita ella estaba inconsciente. Rápidamente la llevaron a un hospital llamado Sanatorio Magia. Los médicos no podían saber qué le ocurría, hasta que una doctora especialista cuyo nombre era Merry, le realizó estudios más profundos, le diagnosticó que tuvo un golpe cerebral muy severo.

Pasaron días, semanas, meses sin que reaccionara. Pero ocurrió algo muy extraño, algo muy sorprendente, Campanita despertó como nueva, sin ninguna dificultad podía caminar, hablar, y lo mejor y más raro, era que se acordaba de todo, como si nunca algo hubiera pasado. Los médicos dijeron que era un milagro.



En poco tiempo ella volvió a su vida normal, pero para la pobre hadita ya había pasado todo el verano. Lo peor era que permanecía con su inseguridad. Pero un buen día se llenó de valor y le contó todo lo que le estaba pasando a su familia, ya que Campanita se daba cuenta que sus seres queridos se preocupaban mucho por ella.

Preocupados por la situación, sus padres la llevaron a varios tratamientos para recuperarse poco a poco. Después de largos años, más allá de su larga recuperación Campanita, tuvo muchas recaídas y altibajos, ella pudo mejorarse y dejar atrás todas sus inseguridades.

Pero hubo algo que le dejó una gran marca de su accidente, que la ayudó a darse cuenta de lo importante que es la salud, que debía ser agradecida, debía valorar la vida, aprovecharla, y mucho más cuidarla. También esa experiencia le ayudó a agradecer cada día de vida que el mundo le regalaba, vivirlo al máximo sin pensar tanto, porque ella pensaba que el pasado era eso, pasado y el futuro había que vivirlo como un regalo sin preocuparse por el mañana porque la vida es muy corta y merece ser vivida en toda su plenitud.

EL DINOSAURIO SPID Y EL NIÑO CRASH EN LA BÚSQUEDA DEL TESORO

Valentina Castaño

En una tarde como cualquier otra, en el lugar donde viven los dinosaurios vivía Spid, el dinosaurio Tirrex. Él era muy bueno, no como todos los otros Tirrex que cazaban a los otros dinosaurios. Spid solo comía víboras.

Un día llegó hasta él un niño llamado Crash para proponerle al Tirrex una búsqueda del tesoro en la isla del misterio. Spid dijo: –Allí es donde ya fueron muchos dinosaurios, nadie sabe por qué nunca volvieron. Crash dijo que no iba a pasar nada porque él tenía el mapa con el que se veían todos los peligros que tiene la isla. Entonces Spid aceptó ir.

A la mañana siguiente caminaron muchísimo para llegar a la isla, finalmente llegaron y los dos tuvieron mucho miedo, ya que había muchos huesos de dinosaurios muertos. Ellos siguieron avanzando, tuvieron que pasar por un lago lleno de cocodrilos. Cruzaron por un puente que se balanceaba, si pasaban podían caer al agua porque Spid era demasiado grande, así que decidieron rodearlo. Les tomó mucho tiempo hacerlo pero valió la pena.

En un momento Crash se dio cuenta de que los estaban siguiendo y le avisó a Spid, ambos salieron corriendo. Para hacer más rápido, Spid llevó a Crash en su espalda. Llegaron a una cueva que estaba muy oscura, y de repente con todo el ruido que hicieron empezaron a salir murciélagos. Crash gritaba muy aterrado. Después de atravesar y salir de la cueva subieron a una montaña donde estaba enterrado el tesoro. Antes de desenterrarlo, Crash se fijó si la persona que los estaba siguiendo estaba por algún lado, pero no lo veía.

Mientras ellos los desenterraron, la persona que los perseguía se acercaba cada vez más y más sin que Crash y Spid se dieran cuenta. Al instante Crash se dio vuelta y vio a la persona que los seguía. Al mirar vieron que la persona no era una persona, en realidad tenía cuerpo de hombre y cabeza de cerdo. Crash y Spid se dieron cuenta de que se estaba acercando y salieron a correr, el hombre cabeza de cerdo los corrió y los corrió, cuando Spid y el niño Crash llegaron a un barquito se dieron prisa. Salieron tipo flash antes de que el hombre cabeza de cerdo los alcanzara.

Llegaron a sus tierras, abrieron el tesoro y se encontraron con muchas joyas. Spid y Crash repartieron todo. Cuando terminaron apareció nuevamente el hombre cabeza de cerdo con una navaja y apuñaló a un dinosaurio que estaba por allí. El dinosaurio cayó desmayado, los otros dinosaurios lo corrieron para atrapar a cabeza de cerdo y lo enviaron de nuevo a su isla. Poco después el dinosaurio se fue recuperando. Spid vivió su vida con sus amigos y Crash regresó con su familia. Ellos se veían de vez en cuando y así terminó su aventura.

LUIS

Ámbar Jara

Mi nombre es Luis, mi mamá me puso ese nombre porque así se llamaba mi abuelo.

Vivo a orillas del Río Paraná frente a una ciudad muy ruidosa que de noche tiene muchas luces que no me dejan dormir. De chico mi mamá me enseñó a buscar pasto tiernito, semillas, frutas y mi flor favorita que es el diente de león. Me gusta mucho porque es dulce y crujiente.

Mi mamá era una experta haciendo huecos en el barro para que podamos dormir fresquitos y soportar el calor.

Un día mi mamá fue a ver qué pasaba con la luz roja y con humo que se veía y nunca más volvió.

Con mis hermanos la extrañamos mucho por un tiempo, ahora yo vivo solo porque mi hermano José trató de cruzar del otro lado de la isla por un puente muy ruidoso y peligroso, pero no sé si logró cruzar.

Después mi hermana Juana también cruzó. Me dijo mi amigo Carlos, el tero, que la vio viviendo del otro lado de la isla.

Yo no sé si cruzar del otro lado a vivir con mi hermana o quedarme a esperar que los bichos grandes que vuelan y hacen mucho ruido apaguen la luz roja que larga humo y que cada vez se acerca más a mi casa.

Voy a extrañar mucho mi casa, pero ya lo decidí, voy a cruzar.

Anoche vino mi hermano José a buscarme, me llamaba, cuando de pronto me desperté agitado y ya no había nadie ahí, solo el humo que me ahogaba y el calor que me quemaba.

LA VERDAD DETRÁS DE LA PUERTA

Josefina Tion

Era un día como cualquier otro en el orfanato de San José. Sentado en el piso, mirando cómo juegan los demás chicos, esperando a que alguien me elija para ser parte de su familia. Esto es lo que estoy deseando hace tres años desde lo que pasó, pero ese no es el punto.

Por un momento, estaba mirando cómo un chico se cayó al piso por empujar a otro. De pronto, veo que se acerca Ali, la dueña del orfanato, una de las personas más buena y dulce que conocí, a decirme que vino una señora a buscar-me.

En ese instante, mi ánimo cambió completamente, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Me levanté rapidísimo del piso, tomé mis cosas y fui hacia la puerta. No había nadie.

Ali me llamó para que vaya a su oficina. Al llegar, me dijo que espere, pues la señora había ido al baño. Entusiasmado, esperé. No me molestó, ya que estaba acostumbrado.

Vino Ali y me dijo que la señora estaba afuera, me paré y fuí al encuentro. Apenas vi su rostro me paralicé, quedé totalmente congelado, sentí una sensación que nunca en mi vida me había pasado, era rarísimo.

En ese momento, Ali me dijo que ya era hora de irme. También me comentó que la señora se llamaba Clementina, es un nombre medio raro, lo sé. Además tenía un pelo muy oscuro, enrulado y su piel era muy blanca. Muy parecida a mi mamá. Por un momento pensé que era ella con unos años más. Y un escalofrío pasó por mi cuerpo.

Sinceramente dudé en irme con Clementina. Pero supongo que era mejor salir del orfanato. Entonces acepté y salí por fin de ese lugar, donde siempre fueron muy gentiles conmigo. Pero en verdad yo quería tener mi propia familia, en donde me den amor, contención y no sea uno más.

Clementina me dijo que subiera al auto y esas fueron sus únicas palabras hasta llegar a la casa. Todo era raro, quizás anticuado para mi gusto, no lo sé.

Ella era una señora de pocas palabras, ya que no me habló de nada, solo dio indicaciones de la casa. Ni más ni menos.

Me llevó a mi habitación, en el segundo piso. Al entrar la observé, no había nada fuera de lugar, sólo una puerta mediana en un rincón del cuarto que, según Clementina no llevaba hacia ningún lugar, la cual no debería abrir. La verdad, no sabía si creerle porque era una mujer sospechosa. Entonces me pregunté para qué estaba la puerta, en ese momento no lo entendía. Me mataba la duda y no me podía aguantar más.

Fueron pasando los días, las semanas. En ese tiempo, descubrí que Clementina, todos los viernes por la tarde salía a hacer las compras. Tardaba unas dos horas. Tenía todo ese tiempo para dedicarme a investigar qué sería esa misteriosa puerta. Me quedé a esperar entonces que llegara ese bendito día.

Llegó el viernes y Clementina fue a hacer las compras, dudaba mucho en abrirla. No sabía si hacerlo o no pero me ganó la intriga, tenía un presentimiento de que algo me estaba esperando, y ese era el momento. De lo contrario debería esperar una semana más y no estaba preparado para tanta espera.

Me levanté de la cama, hice tres pasos y estaba frente a la puerta, estiré mi brazo, y lentamente fui bajando el picaporte. La abrí y no había una pared blanca, era todo oscuro, no se podía ver nada en absoluto.

Decidí entrar a ver qué sucedía. Hice un paso y me dí cuenta que se podía pasar, avancé otro paso, y así varias veces. Llegó un punto en que ya no veía mi habitación. Por la desesperación comencé a correr hacia no sé dónde, has-ta que me caí en un agujero. Me sentí como volar y un viento frío corría por mi cuerpo. Reboté sobre algo esponjoso, como una nube, y sí, era una nube. Miré a mi alrededor y vi un campo violeta, el cielo amarillo y no había nadie.

Estaba solo con mi alma. De pronto, se acerca corriendo una mujer de unos treinta años y me dijo: –¡Llegaste!– Muy contenta y feliz como si ya me conociera de antes. De muchos años antes.

Por segunda vez, sentí esa sensación rara, porque la mujer era muy parecida a Clementina. Me resultaba demasiado familiar, demasiado. Estaba muy confundido como para hacer mil preguntas a la vez. Antes de empezar el cuestionario la mujer me dijo si me podía contar lo que estaba sucediendo, y preferí escucharla porque ya estaba muy abrumado con la situación. Era como haber caído en un paraíso, donde todo era paz y me sentía rodeado y contenido de amor como nunca antes.

Me explicó que la persona que me adoptó es mi abuela, pero que ni siquiera Clementina lo sabía. Y que ella se llamaba Valentina y es mi tía. Estaba muy sorprendido para preguntar, entonces seguí escuchando. Me dijo que mis padres todavía me seguían buscando, que tenían las esperanzas de encontrarme. Y que me había perdido de ellos pasando una puerta mágica. De la misma manera que la había encontrado.

Ahí me di cuenta que había nacido con algo especial, que no era igual que el resto de las personas, que podía pasar de un lugar a otro en un instante. Pero no estaba tan bueno esto. Yo quería tener una vida normal como el resto de las personas. Volver con mis padres, de los cuales ya me acordaba poco y hacer las cosas que hacen el resto de los niños.

Valentina, mi tía, era mi último eslabón, ella me ayudaría a sacarme este mal. Y vivir como cualquier mortal en este mundo. No quería más puertas misteriosas y deberíamos hacer algo juntos para que eso ocurriera.

Todo era muy raro, me parecía haber vivido muchas vidas, haber pasado por muchos abandonos, ir y venir de un lado a otro. Pero mi cabeza era un torbellino que no paraba y no podía concentrarme en pensar lo que estaba viviendo.

Ahí me puse extremadamente feliz, por el hecho de que mis papás están vivos y que Ali me había mentido. Me animé a preguntar si tenía la posibilidad de estar con ellos, respondió que sí y me indicó cómo hacerlo.

Las indicaciones fueron muy precisas, debía esperar que Clementina no esté e ir a su habitación y encontrar una puerta idéntica a la de mi cuarto. Debía entrar a esa puerta que me transportaría a la ciudad donde ellos viven y ahí me encontraría con ellos. Pero me aclaró que esta sería mi última puerta. Que no debía fallar en el intento. Y que de esta manera todo volvería a ser como antes. Abracé a mi tía, le agradecí por todo. Me dijo que haga rápido que no podía desperdiciar un minuto más.

Me subí a la nube, ella me llevó hacia el cuarto oscuro, y llegué a mi pieza. Recordé las indicaciones e hice todo al pie de la letra.

Finalmente crucé la puerta, después de un largo recorrido oscuro, llegué a un lugar montañoso, con una impresionante vista y desde ahí arriba comencé a caminar. Me crucé con un señor que hablaba pausado y bajito, muy barbudo pero muy gentil. Me indicó el camino a seguir. Luego de tres horas de caminar por la montaña, comencé a ver un pueblo. El que me era muy familiar y conocido. Al llegar recordé que ahí había nacido, y mis padres me estaban esperando.

Llegó el día tan esperado, por fin tuve una familia, la mía. Ya no tenía que ser adoptado por nadie. A pesar de que mi tía me había dicho que esta era mi última salida, juré no volver a abrir ninguna misteriosa puerta de por vida.

UNA VIDA EN EL CAMPO

Ezequiel Cipriani

Solía pensar que los días en el campo eran todos iguales. Las mañanas eran silenciosas, nada más se escuchaba el canto de los pájaros como una suave melodía que alegraba su despertar. El vigoroso canto del gallo le indicaba el comienzo de un nuevo día. Apenas salía de la cama se disponía a iniciar con sus labores, por supuesto, luego de tomarse unos mates bien amargos mirando el horizonte.

Luego, preparaba la montura y subía a su caballo. Procuraba que el animal estuviese bien despierto y lo suficientemente hidratado antes de partir rumbo al campo de Don Juárez, su patrón.

Cabalgaba los kilómetros que separaban su rancho de la estancia donde, desde hacía más de diez años trabajaba.

El Señor Juárez o Don Juárez como él lo llamaba ya era un hombre mayor, poco sociable y muy callado, pero de buen corazón.

Se sentía a gusto trabajando a su lado y escuchando sus viejas anécdotas.

Apenas llegaba al campo, ataba su caballo al palenque y comenzaba la jornada laboral. Las tareas eran muy variadas. A él le gustaba trabajar la tierra. Sembraba toda clase de frutas y hortalizas, desde tomates, berenjenas y calabazas, papas y camotes, hasta lechuga y acelga. Las plantaciones de frutas requerían cuidados especiales. Naranjos, manzanos y limoneros daban sombra y frescura.

Las tareas de fumigación y control de plagas llevaban muchas horas, pero las realizaba con paciencia y dedicación. Lo que menos le gustaba era el trabajo con los animales, ya que era intenso y aburrido.

Una noche, al terminar su jornada laboral, se dirigió a la casa de su abuela,

una mujer anciana que vivía al otro lado de un arroyo.

La casa de su abuela se veía oscura, aunque la luz que se veía por la ventana del comedor y el humo que salía por la chimenea, mezclado con el olor a puchero y pan recién horneado, la hacían cálida y acogedora.

Golpeó la puerta con firmeza, pronunciando el nombre de su tata para que no se asustara. Sin embargo, nadie contestó. Entró usando la llave que siempre llevaba colgando de su cuello.

La casa de techos altos y pisos de ladrillo estaba iluminaba tan solo por velas. Caminó unos pasos hacia la habitación y allí la encontró adormecida en el piso. Confundido por la extraña situación, se acercó a ella temiendo lo peor, pero la anciana seguía respirando. Intentó reanimarla, pero la mujer no despertaba. Entonces, salió corriendo, montó a su caballo rumbo a la casa de Don Hilario que conocía de medicinas y técnicas de reanimación.

Al llegar al rancho, golpeó tan fuerte las manos que les quedaron enrojecidas. El hombre, desconfiado, gritó desde el otro lado de la puerta.

¿Quién está ahí?

Soy el nieto de Doña Casimira.

Al oír el nombre de su vieja amiga, abrió la puerta y se dispuso a brindarle ayuda con sus pócimas y hierbas curativas. Subió a su caballo y cabalgó detrás del nieto.

Al ingresar a la casa, encontraron a la abuela tal como la había dejado: en su cama boca arriba y tapada con una frazada.

Enseguida, Don Hilario abrió su maletín y sacó un libro de recetas para preparar el jarabe que sacaría a su vieja amiga del extraño sueño. Le dio unas gotas de ese brebaje y la anciana recobró la conciencia y abrió sus grandes ojos verdes.

Pasadas unas horas Doña Casimira ya repuesta, relató lo sucedido. Llevaba más de tres noches repitiendo el mismo sueño: su nieto junto a su difunto esposo y una llave de hierro que usaba como amuleto. La llave existía en verdad, y el joven la tenía siempre en su bolsillo, sin saber para que se usaba.

Doña Casimira la vio y sus ojos se llenaron de ilusión. Esa llave era un objeto muy preciado por su esposo y abría un gran cofre de madera donde atesoraba recuerdos familiares y muchas historias heroicas. El joven escuchaba por primera vez hablar de su abuelo Aquiles y no pudo evitar emocionarse.

Toda la noche y la mañana siguiente, el joven estuvo pendiente de los mil relatos de su abuela y los tantos objetos que mostraba, tanto que no fue a trabajar, ocasionando la preocupación de Don Juárez quien al mediodía lo sorprendió en la casa de Doña Casimira.

El hombre, asustado por la inesperada ausencia de su empleado se alegró de encontrarlo a salvo y por primera vez en tantos años se abrazaron tímidamente mostrando el cariño y el respeto con el que siempre han trabajado codo a codo.

MISTERIO

Lucía Erica Bechelli

Unos hermanos llamados Martina y Nicolás se mudaron a una nueva casa con sus padres. Martina tenía 19 años, era morena, de ojos marrones, pelo color castaño oscuro, llevaba una remera corta blanca y unos jeans color negro, su collar preferido, una colita alta y su riñonera; Nicolás tenía 10 años, moreno de ojos verdes, pelo negro, llevaba una remera negra con unos pantalones azules, gorra blanca y roja. Ambos se sentían felices y tristes a la vez, porque por un lado se habían alejado de sus amigos, pero por otro estaban felices por tener una casa nueva.

Un día acomodando sus cosas en sus cuartos, Martina le dice a Nicolás:

– Nico, estoy aburrida, ¿vamos a jugar algo?

– Bueno Martu, juguemos a las escondidas, así conocemos más la casa.

Nicolás empezó a contar hasta cincuenta, mientras le daba tiempo a Martina para esconderse.

Martina subió al segundo piso, fue hasta el tercer cuarto que estaba totalmente vacío y en un momento miró la pared y vio una puerta que estaba pintada con el mismo color que la pared, ella se acercó y dijo: –¿esto es una puerta? Y salió corriendo hasta donde estaba Nicolás.

–¡Nico!

– ¿Qué Martu?

– No sabés, ¡encontré una puerta secreta!

– ¿A dónde?

Martina lo agarró de la mano y lo llevó hasta el cuarto.

– Ves, una puerta.

– Wow... tenemos que abrirla.

Martina intentó abrirla, pero no pudo porque estaba cerrada con llave y no la tenía.

– Seguro no hay nada ahí –dijo Nicolás, y se fue.

A la noche, cuando toda la familia estaba cenando, Martina dijo:

– Ma, hoy encontré una puerta secreta arriba, la que está en el tercer cuarto. La mamá la miró confundida y le dijo:

– No hay ninguna puerta ahí Martu. En ese lugar estaba el cuarto de tu abuela.

– Mami... ¿esta casa era de la abuela?

– Sí hija.

– Ah... pero sí hay una puerta.

A la noche cuando todos se fueron a dormir, Martina fue hacia la puerta secreta e intentó abrirla, que, para su asombro, se abrió. Pensó:

–¿Qué? ... ¡Si tenía llave la puerta!

Cuando la abrió sintió un escalofrío por atrás de su espalda y cuando se dio vuelta vio una chica parada con los ojos blancos. Entonces se despertó desesperada.

–Menos mal que fue solo un sueño...

A la tarde del día siguiente Nicolás y sus padres se fueron a hacer compras y Martina quedó sola.

Martina fue hacia la puerta y la abrió apenas, de repente sintió el mismo escalofrío y del miedo cerró la puerta rápidamente. Luego escuchó un ruido extraño y se asomó por la ventana, entonces vio una persona vestida toda de blanco con una máscara y una piedra en la mano.

Sonó su teléfono. Ella contestó y se escuchó un susurro: – ¿Por qué abriste la puerta?

Martina gritó del susto. Su familia justo bajaba del auto y la escuchó. Nicolás salió corriendo con el papá y la mamá. Cuando entraron al cuarto vieron que estaba el teléfono de la joven en el piso, pero ella no estaba.

Nunca se supo más de ella.

LAS AVENTURAS DE JERÓNIMO

Luna Micaela Escudero

Hace muchos años, en Madrid, España, vivía Jerónimo, un niño de quince años, pelo negro con rulos, alto, flaquito y muy bonito. El niño tenía ascendencia boliviana, había sido dado en adopción a los 3 años.

Ese día era su cumpleaños número quince y sus padres adoptivos le regalaron quinientos euros. Jerónimo pensó que con ese dinero más otro que tenía ahorrado podría comprarse un boleto para ir a su ciudad natal, Bolivia, y empezar la búsqueda de sus padres biológicos.

El joven fue a pedirles permiso a sus padres adoptivos, ellos le dijeron que no y Jerónimo enfadado se fue corriendo a su habitación, cerró la puerta y entre lágrimas y sin cenar se fue a dormir.

Al día siguiente se despertó, pensó un rato y decidió escaparse, esa misma noche empacó sus cosas, agarró el dinero y alrededor de las 10 pm, huyó.

Luego de un largo recorrido a pie llegó al aeropuerto y compró un boleto. Le dijeron que su vuelo salía a las 8 am, tenía que esperar unas de seis horas las cuales aprovechó para dormir.

Mientras Jerónimo dormía, soñó con ver a sus verdaderos padres, soñó con abrazarlos y saludarlos.

Se despertó viendo que quedaban poco más de 30 minutos así que se alistó y fue a subirse al avión. Cuando se subió al avión se dio cuenta que había perdido un colgante que su madre adoptiva le había dado, era un collar verde azulado hermoso. Jero le dijo a la azafata si podía esperar un poco más de tiempo que había dejado su colgante en las sillas mientras dormía, la azafata

le dijo que sí, pero que no se demorara mucho. Jerónimo por más que buscó, no encontró por ninguna parte su preciado colgante. Cuando estaba volviendo al avión vio su colgante tirado en el piso, lo recogió y se subió.

El vuelo iba excelente, tenía muchas ganas de ver a sus padres biológicos. Lo único que tenía de ellos era una foto vieja que le dieron de cuando él nació.

Cuando llegó a Bolivia, nada era como pensaba, los animales hablaban y se comportaban como humanos, había animales que Jerónimo pensaba que no existían, como los unicornios o uno que era mitad lobo mitad zorro. Como podían hablar el idioma de él, le dijo a un mono si podía ayudarlo a buscar a sus padres biológicos, el mono le dijo que sí, pero le pidió algo a cambio, quería una familia, entonces le dijo que si encontraba a sus padres biológicos él lo tendría que adoptar y Jerónimo aceptó.

Entonces empezaron la búsqueda de los padres. El padre tenía pelo rubio y con rulitos, alto, flaco y lindito y la mamá era blanquita, alta con pelo largo lacio y muy hermosa. Después de muchos recorridos y un viaje largo, llegó la noche, Jerónimo tenía que buscar un hotel para dormir, pero no tenía mucha plata, le quedaban cien euros no más. Encontraron un hotel barato y lindo, que cobraba diez euros.

Durmieron con el mono y a la mañana siguiente cuando se despertaron siguieron la búsqueda y no encontraron nada. Al tercer día encontraron una pista de los padres, los habían visto en la tele dando noticias. Jerónimo se puso muy contento.

Al día siguiente, fueron a las noticias a ver si sabían algo de sus padres y les dijeron que sí, pero que ya habían renunciado a su trabajo en las noticias, pero que siempre iban a la plaza de las 3 hasta las 4 pm. Entonces al otro día, Jerónimo y el mono fueron a buscar a los padres en la plaza y los encontraron. Cuando Jerónimo se acercó a hablarle les dijo:

–Hola, señores, perdón por interrumpirlos, pero necesito decirles algo, yo me llamo Jerónimo, tengo 15 años y vine a Bolivia por una razón, buscar a mis padres. Yo no sé el nombre de mis padres, pero tengo una foto y estoy 100 por ciento seguro que son ustedes.

Jerónimo le mostró la foto a los señores y los señores le dijeron:

–Jerónimo, hijo, sos vos, te buscamos mucho tiempo, te extrañamos tanto.

Los 3 se abrazaron. Jerónimo ya feliz de conocer a sus padres, llamó a sus padres adoptivos y les dijo que estaba bien y que pronto iría a casa al día siguiente.

El joven compró un boleto para ir a su casa y uno más para el mono, al cual le puso de nombre Joaquín, él estaba muy feliz con su nombre y más con que iba a tener una familia.

Cuando llegó a su casa la mamá adoptiva lloró y lo abrazó muy fuerte y le preguntó:

– ¿Quién es él y qué hace aquí?

– Él es mi amigo y se va a quedar a vivir con nosotros.

Después de muchos días extrañando a sus padres biológicos, Jerónimo decidió llamarlos. Los padres le dijeron que podía ir cuando quiera, pero claramente sus padres adoptivos no lo iban a dejar. Así que se puso muy triste, ya no jugaba con Joaquín, ya no comía, no hacía las cosas de la escuela y como sus padres adoptivos no lo querían ver así, decidieron mudarse a Bolivia y empezar una nueva vida allí. Entonces Jerónimo llamó a sus padres biológicos, los cuales se llamaban Tomás y Ámbar, y les dio la noticia de que se iban a vivir a Bolivia. Los padres se pusieron felices y tristes al mismo tiempo porque los padres ya no tenían un trabajo y no iban a poder darle nada a su hijo.

Cuando llegaron a Bolivia, Jerónimo abrazó muy fuerte a sus verdaderos padres y les dijo que los amaba mucho y sus padres respondieron “Nosotros te amamos más, hijito.”

Después de un tiempo Tomas y Ámbar consiguieron trabajo y Jerónimo se puso muy feliz y decidió ir corriendo a contárselo a Joaquín. Joaquín estaba tirado en la cama muy mal, él de inmediato lo llevó a un veterinario y ellos le dijeron que no se podía hacer nada. El muchacho se puso muy triste porque Joaquín era su mejor amigo después de todo. Entonces volvieron a casa y Jerónimo se puso a jugar mucho con Joaquín porque sabía que ya no iba a poder

hacer más eso.

Pasaron los días y Joaquín falleció, Jerónimo se puso muy mal y su mamá adoptiva le dijo no estés mal, Joaquín no va a querer que estés mal, él te quiere ver bien donde quiera que esté, pensá que él estaba sufriendo y ahora está en un lugar seguro. Jerónimo escuchó las palabras de su madre y dejó de llorar, pero sentía como que algo le faltaba.

Y así pasó el tiempo, a Jerónimo le dolió cada vez menos la muerte de Joaquín y pudo volver a ser feliz con sus cuatro padres.

ROBO AL BANCO

Juan Cruz Vilches

Un 22 de noviembre de 2022 en la ciudad de Rosario, a la tarde, cuatro amigos se juntaron a charlar. José, un constructor. Manuel, un loco por las artes marciales, Hugo, trabajador en una empresa de autos y Raúl, un ex policía. Ellos estaban hablando tranquilos y relajados, pero José estaba raro y no hablaba casi nada. Le preguntaron qué le pasaba y dijo que quería robar el dinero del banco central por su mala economía. Todos se quedaron sorprendidos y no querían hacer eso, pero José los convenció. A la semana siguiente se juntaron para empezar a planear el robo. Iban a entrar con mucho armamento y disfrazados de policías, cada uno tenía que hacer un trabajo. Raúl se tomaría el trabajo de cuidar y retener a los rehenes, mientras que Manuel tomaría el dinero. José trabajó en el banco, por lo tanto, conocía cada salida. Iban a salir por un túnel de desagüe que daba a la calle y Hugo los esperaría con el auto de su empresa para escapar.

Después de un año de planificación y trabajo, todo estaba listo. Un 5 de diciembre de 2023 llegaron al banco tal como lo planearon. Entraron tranquilos, pero de un momento a otro sacaron sus armas y empezaron a amenazar a la gente. Las personas que pasaban cerca del banco empezaron a llamar a la policía. Manuel fue directo a la caja fuerte para robar el dinero. José empezaba a hacer el hueco al túnel para escapar. Afuera del banco estaba lleno de policías y francotiradores, Raúl iba liberando rehenes poco a poco. Mientras tanto José había terminado el hueco, pero Manuel no había terminado de llenar las bolsas de dinero. Raúl seguía liberando rehenes sin decir nada. Los policías en un momento entraron al banco, pero no había nada ni nadie. Habían escapado por el túnel mientras que Hugo los esperaba con el auto, escaparon con mucha facilidad y en silencio.

A la siguiente semana se juntaron a festejar y dividir el dinero, habían gana-do 16 millones de dólares y cada uno se llevaba 4 millones. Pero después de un mes, la policía fue a la casa de cada uno, menos a la de Raúl porque era un ex policía que todavía seguía en contacto con la policía. Raúl había sido un traidor todo el tiempo.

UN CASO INESPERADO

Thiago Lara

Era un tranquilo día de agosto, lluvioso y frío. Alberto se encontraba en su casa, desayunando un café caliente y unas tostadas con queso mientras veía la televisión. Las noticias mostraban una realidad violenta, como de costumbre. En ese momento, su teléfono recibió una llamada inesperada.

Hola, ¿quién habla? – preguntó.

Soy el oficial Darío Mancada. Ha ocurrido una muerte en el ascensor del edificio "Las Parejas" de la localidad de Oich. Lo necesitamos para investigar el caso – le comunicó el jefe de policía de la Región VI.

¿Cuándo sucedió el asesinato? – volvió a preguntar.

Fue la noche de ayer, a las 21 horas. Recibimos la llamada de una mujer que descubrió el cadáver.

¿Cómo se llama la víctima? – dijo con curiosidad.

Solo sabemos su nombre, Ignacio, y vivía en el edificio.

Alberto apagó la tele, se vistió y salió.

Al llegar a la escena del crimen, la policía y los médicos forenses ya estaban allí. Aparentemente se trataba de un suicidio ya que el cuerpo sostenía en su mano derecha un frasco con muchas pastillas. Pero para nuestro hombre, era un asesinato. Le parecía raro que se quitara la vida en el ascensor donde no hay agua para tomarlas.

Comenzó la investigación con los inquilinos de las habitaciones del piso donde encontraron el cadáver. El primer sospechoso fue Marcos. Dijo que conocía a Ignacio y eran buenos amigos. En el momento del crimen, terminaba de bañarse para ir a la cama, ya había cenado.

Siguió indagando a Helena, del quinto B. No conocía a la víctima y al escuchar el grito de Elvira, quien denunció el crimen, estaba cenando con sus hijos, mientras cambiaba el pañal del más pequeño.

La última en ser interrogarda fue Elvira, precisamente. Dijo que tampoco conocía a la víctima y se encontró con el cuerpo al regresar del gimnasio.

Alberto continuó su trabajo buscando alguna pista en el interior de los departamentos. En lo de Marcos, encontró un vaso con agua, una caja de pastillas, una carta y una fotografía sobre la mesa del comedor.

La carta decía:

"Mi gran amigo, Marcos. No veo la hora de volver a verte. Te dejo esta foto para que no me olvides."

La foto dejaba ver a los amigos en una fiesta de cumpleaños.

En el departamento de Helena todavía estaba servida la mesa con cuatro cubiertos y en uno de los vasos había restos de pastillas.

Se sorprendió al entrar en lo de Elvira. Allí encontró en un jarrón un enorme ramo de rosas con una tarjeta que decía: "Perdoname, Elvira. Ya nos volveremos a ver". Un vaso de agua turbia y una caja vacía de medicamentos en el cesto cerraban la escena.

El informe de los forenses demostraba que había huellas dactilares en la ropa de Ignacio. Y habían encontrado un boleto de avión a España para viajar esa misma noche.

Los análisis demostraron que la causa de muerte fue veneno.

Alberto pasó largas horas analizando las pistas y pruebas encontradas y por fin llegó a una conclusión.

Llamó a la policía y entraron por la fuerza al departamento de Elvira.

– Oficiales, arrestenla por haber asesinado a su amante.

¿Cómo sabe que es ella? – preguntó el jefe.

5B

Elvira tenía una relación amorosa con Ignacio. Esa misma noche él fue a despedirse, quería romper con ella y viajar a España, por eso la tarjeta en las flores. La mujer le dio de tomar del vaso con veneno y luego llamó a la policía para no levantar sospechas. Arrastró el cuerpo al ascensor y colocó el frasco de pastillas para que creyeran que se trataba de un suicidio.

La mujer no se resistió y se declaró culpable. El caso estaba resuelto.

UN DÍA DE PLAYA

Isabella Ojeda y Agostina Luján

Como todos los veranos, disfrutábamos las vacaciones en Mar del Tuyú. Mis abuelos tenían un departamento en ese hermoso lugar junto a la playa, así que era nuestra cita obligada.

En el auto de papá, cargamos las valijas, las reposeras de siempre, la infaltable heladera, libros y revistas, algo de comida y emprendimos nuestro viaje. El paisaje al principio era tranquilo, mucho campo y algunas vacas por ahí. Después, comenzaron a aparecer casas grandiosas y más tarde departamentos y complejos de cabañas. Mi hermanita Tamara no dejaba de hacer ruidos extraños con la boca. Mamá la retaba continuamente, pero seguía con sus so-nidos insoportables. Yo escuchaba música con mis auriculares. Era mi forma de alejarme de todos y viajar sin que nadie me moleste.

Cerca del mediodía ya teníamos hambre. Pero papá insistió en que no comeríamos hasta llegar.

Cuando por fin llegamos, guardamos nuestras cosas en la habitación de arriba. Sin perder tiempo, nos pusimos protector solar, hacía mucho calor y el sol estaba bravo. Caminamos hasta la playa que quedaba a una cuadra de donde parábamos.

Papá empezó a armar la carpa para que el viento no nos vuele todo. El año anterior a una señora se le había volado la sombrilla y casi le pega a mi her-mana en la cabeza.

Ya sentados en nuestras reposeras, el desfile de vendedores ambulantes nos ensordecía:

¡Panchos, calentitos los panchos!

¡Al choclo, choclito, rico y sabrosito!

¡Helados, al palito bombón heladooo!

¡Ensalada de frutas frescas!

¡Churros, rellenos con dulce el churrooo!

Era nuestra oportunidad. Y enseguida mamá nos compró unos panchos con mostaza y mayonesa.

Tamara empezó a hacer su castillo de arena. Pero un perro que pasaba por donde estábamos se lo derrumbó. ¡Cómo lloraba!

Para calmarla la invité al agua. Papá y mamá también vendrían. Hicimos una mini carrera y obviamente yo llegué primero. Empezamos a tirarnos agua y sin darnos cuenta ya estábamos todos empapados. Seguía la guerra de agua. Tamara mojaba por delante a mamá y yo por detrás. Nos divertíamos mucho.

Saltábamos las olas heladas y gritábamos como locas.

Papá nos dijo de ir a lo hondo. Le dio la mano a mi hermanita, pero yo iba sola atrás de ellos. Mamá salió del agua para tomar sol.

En eso, sentí un pinchazo en el pie y pensé que era un cangrejo, pero no. Me senté en el agua y solo veía sangre. Empecé a gritar.

Papá regresó con Tamara, me cargó en brazos y me llevó hasta lo de mamá. Entonces le dijo:

Es un anzuelo.

Yo gritaba y lloraba más fuerte al escuchar eso. Tenía un anzuelo clavado en el pie.

Mamá cargó todo en el auto y nos fuimos a una clínica. Nos atendieron rápido y me llevaron a una habitación. Una enfermera me desinfectó la herida. Me ardía terriblemente.

Llegó el doctor y yo temblaba, no dejaba de llorar. Examinó mi pie, me hizo unas preguntas y dijo amablemente que todo iba a estar bien.

Y después de eso no recuerdo nada más. Cuando desperté tenía vendado el pie y ya no me dolía nada.

Volvimos al departamento. Mañana sería otro día, seguramente menos complicado que el de hoy pero siempre muy divertido.

UN DÍA DIFERENTE

Benjamín Capiglioni y Felipe dos Santos López

Sonaba el despertador, pero Nacho se despertaba, como todos los días, con la voz de su mamá:

¡Arriba hijo! Se te hace tarde.

Pero Nacho daba vueltas en su cama, sin poder abrir los ojos. Un ratito más – murmuró.

Su madre tenía una buena estrategia para que se levantara rápido, le hacía cosquillas en los pies, y sí que daba buen resultado. En solo minutos estaba sentado en la cocina desayunando tostadas con manteca y miel.

Hacía mucho frío y no era un buen día para ir a la escuela. Para Nacho no había buenos días para estudiar. De todas formas, subió a su bicicleta y par-tió. Recordó que seguramente el tren estaría cortando el paso a nivel como casi todas las mañanas y aminoró su marcha.

Llegó al colegio, y cuando vio a su maestra de matemática se acordó de la evaluación que iba a tomarle a todo el curso.

Un fuerte dolor de estómago le recordó que no había estudiado nada y de fracciones no tenía idea.

¿Te sentís bien, Nacho? – preguntó la seño. Estás muy pálido. Pero él no respondió. No le salían las palabras.

Sentados cada uno en su banco, la maestra repartió las copias. Cuando le acababa de entregar la hoja a Nacho, la seño de Educación Física abrío con fuerza la puerta del aula.

Disculpe, seño. Vengo a retirar a los varones para el torneo intercolegial de Metegol. Hoy competimos contra la Escuela del Parque.

¿Estaba soñando? ¿O era la suerte que acompañaba a nuestro amigo?

Están haciendo una prueba – respondió enojada la maestra. Pero si no queda otra... queda suspendida hasta mañana.

El corazón de Nacho latía fuerte. No sabía si eran nervios o ansiedad. Lo cierto era que debían competir contra los mejores, los que los tenían de hijos en todos los enfrentamientos.

Comenzaron a jugar. La pelota maciza iba de un lugar a otro impulsada por los jugadores de metal. Golpe va, golpe viene...

Necesitamos a tres niños que colaboren para preparar el almuerzo – dijo la asistente del comedor escolar. Con las visitas no hacemos tiempo solas.

Nacho no pegaba una, y decidido gritó:

Yo, profe. Me encanta cocinar.

Le permitieron salir y fue contento hacia el comedor.

Tenía que pelar un cajón de papas. ¿Quién lo había mandado? No había tomado una buena decisión.

Para la tercera papá ya se había cortado el dedo. Sus amigos desinfectaron la herida y vendaron su mano. En pocos minutos comenzó a sentir alivio y tranquilidad.

Así fue como Nacho pensó: ¡qué día diferente el de hoy!

VACACIONES EN EL PARAÍSO

Ambar Ferrarese

Todo el vecindario comentaba que eran extraños, una familia muy singular. La casa siempre tenía las persianas bajas, solo salían los padres, de vez en cuando, para hacer las compras. Los hijos cursaban sus estudios de manera virtual. No había familiares ni amigos. Nunca nadie entraba a esa vivienda.

Mario y Laura, los padres, explicaban a sus hijos que el mundo era un lugar muy peligroso, por eso debían permanecer lejos de la gente.

Hasta que llegaron los quince de Ludmila, la menor, y aprovechando el evento, la joven pidió a su madre el regalo que más deseaba: un viaje al Paraíso.

Su madre se negó rotundamente. Sabían a la perfección que los dos tenían prohibido salir. Además, no podían pagar algo tan caro.

–Ya sé, ma. Lo tengo todo planeado. Hace meses vi por Facebook la publicación de una competencia de baile. Solo tengo que mandar el video con mi actuación. ¡Hago clases en línea desde los cinco! – comentó entusiasmada Ludmila.

–Ni lo pienses – interrumpió la mamá.

–El primer premio es un viaje para cuatro al Paraíso ¡Todo incluido! – siguió tratando de convencerla.

–Dejame hablarlo con tu papá y vemos qué hacemos.

Esa noche Ludmila no pudo dormir. Pensaba en esa posibilidad que se le había presentado y quería aprovecharla.

A la mañana, cuando la niña estaba acomodando su dormitorio, se escuchó la voz de la madre.

–¡Luuuu, vení a la cocina!

Ludmila, nerviosa, bajó las escaleras corriendo y al llegar quedó parada, esperando...

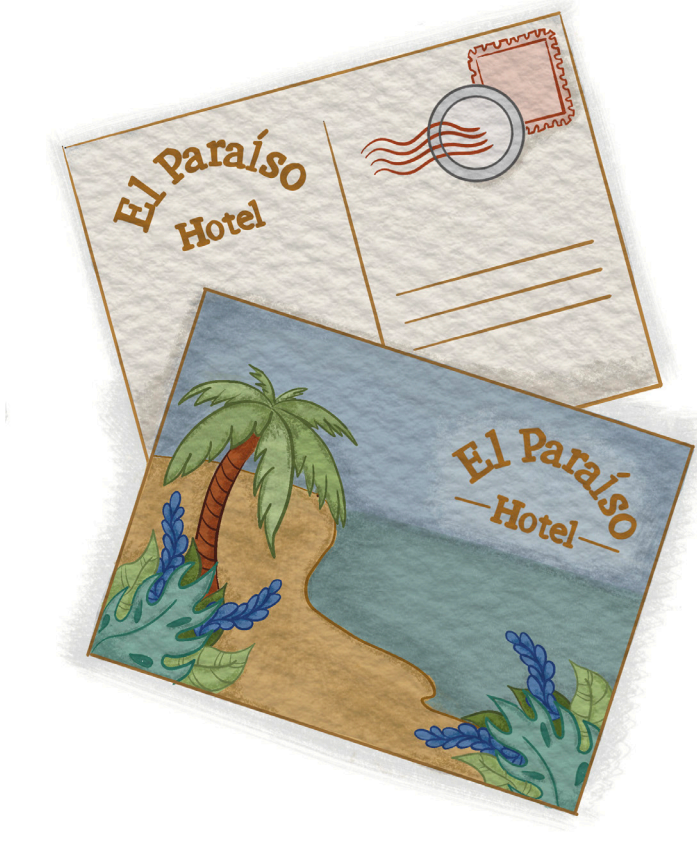
Pero su madre simplemente le dijo que cortara una cebolla para hacer salsa.

Pasaron los días y no aguantó más. Faltaban horas para el cierre de la inscripción al concurso.

–¿Y? ¿Voy a poder entrar en la competencia? ¿Qué dijo papá?

–Creemos que es una buena idea, así que sí.

¡Qué alegría sentía Ludmila! Se anotó, envió el video y a la semana llegó el mail tan esperado. ¡Había ganado!¡Por fin iba a poder cumplir su sueño!



Llegó el gran día. Laura vio a su hija salir de la habitación con su valija rosa y una sonrisa en la cara. Sintió una brisa suave y el césped húmedo bajo sus pies. En el auto las esperaban Mario y su hermano, y por fin emprendieron la aventura.

Al llegar al Paraíso vio otras imágenes que aquellas que tanto había estudiado por internet. Su madre estaba allí para explicarle que hay muchas diferencias entre una foto y la realidad. Confiaba en su mamá y salieron a disfrutar del hotel en que estaban hospedados. Todo era tan bello: sol, palmeras, aguas cristalinas.

Pronto empezó a notar que en ese lugar no había nadie caminando por la arena, y mucho menos por el pueblo. Y aunque haya buscado, no había rastro de algún humano. Entonces, comenzó a sospechar. ¿Dónde estaban? ¿Era ese el Paraíso?

Se escabulló por el pasillo del hotel y entró a la habitación de su madre. En la mesita de luz, encontró los papeles de una venta. Sorprendida descubrió que había vendido las estadías en el hotel.

–¿Cómo pudiste, mamá? ¡Me engañaste! ¿Qué lugar es este?

Sin saber qué responder, la madre corrió hacia ella con un pañuelo, le cubrió con él la cara y se desvaneció. Despertó al día siguiente en su habitación, acostada en su cama de siempre.

Se dirigió a su madre y preguntó: –¿No estábamos en el Paraíso?

–¡Qué decís, hijita! Volvé a dormirte.

Confundida subió las escaleras. La madre respiró aliviada, miró a su marido y dijo:

–Esta vez lo aceptó, pero no creo que la próxima vez tengamos tanta suerte...

EL BOSQUE ENCANTADO

Carolina Martinez

Libia, una joven muy hermosa, quería visitar el bosque encantado del que tanto le habían hablado. Decían que tenía los más verdes árboles y la fauna más variada que se había visto nunca. Recogió unas pocas pertenencias y se dirigió al lugar con el que soñaba.

Caminó y caminó durante muchos días y muchas noches. Había perdido la noción del espacio y el tiempo. Hasta que exhausta, llegó al Bosque encanta-do.

En ese bosque vivían duendes y criaturas adorables. El duende Honguito, amablemente se presentó:

- Hola. Mi nombre es Honguito y soy un duende bueno.

- Hola. Soy Libia, quería conocer este maravilloso lugar. Estoy perdida, no creo poder regresar a casa, mencionó la joven.

- No te preocupes, nosotros te ayudaremos.

En la aldea había un gran pino que cubría gran parte de ella. Honguito le contó que ese pino representaba la unión entre los habitantes y la paz del lu-gar. Nadie podía tocarlo, porque perdería sus poderes mágicos. Bajo su som-bra todo era felicidad. Por esa razón, nadie podía abandonar el bosque, ya que todas las criaturas se desconocerían y serían infelices.

El pino daba piñas encantadas que quien las obtuviera tendría el poder de recordar cualquier cosa que deseaba.

Libia no dudó entonces, en tomar una de esas piñas, pero... ¿cómo podría hacerlo sin tocarlas?

Primero recurrió a una araña tejedora, que con su telaraña llegó hasta lo

más alto del pino. Pero cuando iba a atrapar la piña, un rayo del cielo negro la hizo caer al suelo.

Después, le pidió ayuda a un cóndor para que cortara la fruta con su poderoso pico. Pero una luz brillante cegó por completo al ave y también ella cayó inmediatamente.

Por último, era el turno del hada del bosque, quien con su varita mágica esparció polvo de estrellas sobre el árbol y enseguida la piña voló como golondrina hasta depositarse en la mano de Libia.

¡Qué alegría sentía la niña! Por fin recordó todo.

Iba a poder regresar sana y salva.

Se despidió de los duendes, de las hadas y de todas las criaturas que habitaban el Bosque Encantado. Les agradeció por los gratos días compartidos y emprendió su largo camino a casa. Seguramente todos estarían esperando su regreso.

EL CUARTO SOMBRÍO

Juan Ignacio Mulloni

Como todas las mañanas, me desperté sin escuchar a mi fiel consejero. Me levanté y miré la hora. Tenía las piernas acalambradas. Hacía mucho no salía a caminar. Miré la hora.

No puede ser, son las 11:30 otra vez – pensé.

A esta altura ya no me sorprendía. Después de todo, no tengo por qué levantarme temprano. Hace rato no voy al trabajo.

Salí de mi habitación y lo vi. Ese cuarto, ese cuarto oscuro y sombrío... Dudé un instante, y de todas formas intenté entrar. Cuanto más acercaba mi mano al picaporte, más temblaba y mi pecho se inundaba de un frío intenso; era miedo.

No lo soporté y bajé rápidamente las escaleras para almorzar.

Abrí la puerta de la heladera y casi no había nada, solo carne maloliente, un par de frutas maduras y un frasco con mayonesa rancia. Mi mejor opción fueron unos fideos instantáneos que había guardado hace mucho en la alacena.

Laura, el almuerzo está listo– exclamé. No escuché más que silencio. – Cierto, ya no vive aquí.

En ese momento sentí en mi interior un dolor punzante hecho de arrepentimiento que se agravó cuando vi esa foto. No me atrevo siquiera a nombrarlo. Lo había perdido hacía un mes... ¿o eran dos meses? Ya no importa. Ahora lo importante es que no está conmigo, nos dejó para siempre.

Todavía recuerdo cuando Laura y yo lo vimos tendido en su cama, sin vida. Laura pasó del susto al llanto desesperado al acercarse y notar que no respiraba. En el suelo, como terrible llamador, esa maldita carta con letras difusas

contando lo que ya sabíamos y no pudimos ver. Al leerla, Laura me empujó con fuerza diciéndome:

¡Cómo no te diste cuenta, si hubieras estado más atento, él estaría jugando con nosotros, no se habría suicidado!

Por supuesto que sabía lo de las agresiones constantes de sus compañeros de clase, las burlas que no cesaban, los desprecios y la terrible soledad que lo acongojaba, pero nunca imaginé este final. No supe ayudarlo...

Discutíamos siempre. Al cabo de unos días Laura se marchó y no volvió.

Intenté explicarle que no fue mi culpa, pero a veces siento como mi falta me invade. ¿Fue mi culpa realmente? Mejor olvidarlo y no pensar.

Sigo teniendo miedo de entrar al cuarto de mi hijo, que ya no sale de casa, que no come, no duerme.

No logré olvidar nada. ¿Es este mi destino? ¿Morirme cargando con mis errores? No puedo seguir sosteniendo una muerte tan lamentable.

Corrí hacia el cuarto de mi hijo. Y ahí estaba. La misma puerta de madera lustrada. Esta vez lo lograría. Me acerqué y nuevamente ese frío helado hecho de miedo. Pero estaba decidido y entré. Lo recordé todo, pasaron por mi cabeza buenos y malos momentos compartidos y aquel día, para olvidar.

Aliviado, bajé. Caminaba despacio hacia la puerta de casa. Y por fin, salí. De repente me cegó una luz muy brillante y respiré. Me sentía feliz.

EL GRAN CASO

Lucila Talamone y Valentina Ferreyra

Querida Emilia:

Sé que pasó mucho tiempo desde la última vez que nos escribimos. Muchas cosas sucedieron desde entonces, y en estas líneas quiero contarte mi increíble historia.

Allá por enero de 2020 recibí el mail con la beca para el máster de aboga-cía en la Universidad de Harvard. No podía creerlo. Dos meses después estaba instalada en Cambridge, ansiosa y nerviosa por conocer gente nueva. El primer año me fue de maravillas, tanto así que me convocaron para trabajar en el estudio jurídico más importante de la región. Me asignaron como asistente para un importante caso de narcotráfico. Y allí es donde todo comenzó.

Un día tuve que entrevistar a un testigo clave del caso, Pablo Massossi. El caso no era sencillo. La mafia del narcotráfico siempre estaba un paso adelante complicándolo todo. Las amenazas eran constantes y nos recordaban a diario el peligro que implicaba continuar con el trabajo. De todos modos, hasta ese momento, nunca creí que fuesen capaces de cumplir sus amenazas.

Recuerdo que era uno de esos días grises cargados de humedad. El estudio estaba calmo y yo preparaba el papeleo para presentar ante el juez. De repente, un estallido terminó con la tranquilidad. Todos corrimos a la ventana para ver qué sucedía y sobresaltados vimos cómo el auto del abogado de la causa había volado por los aires. Mi corazón se detuvo. Sentí pánico de pensar que eso fue solo una advertencia.

A Pablo lo protegíamos como un tesoro ya que su testimonio era decisivo. Yo debía pulir cada detalle de su narración. No podíamos equivocarnos.

Fueron días largos, al principio, pero al ir conociéndolo me di cuenta que era

un gran tipo con mucha mala suerte. El trato era cada vez menos profesional y más humano. Deseaba su agradable compañía. Me fui convirtiendo en parte de su historia y quería salvarlo, pero... ¡cómo! Y ahí comprendí que podía hacer algo por él.

Pablo trabajaba en Madera Star, manejando un camión que transportaba troncos hacia otro aserradero. Con el tiempo comenzó a notar ciertas irregularidades hasta confirmar sus sospechas. Los troncos estaban ahuecados y cargaban drogas y efectivo sucio. Juntó coraje, denunció los hechos y enseguida recibió protección policial.

Para colmo, Madera Star había cerrado y ahora estábamos detrás de una empresa fantasma, con matones acechándonos.

Comenzamos un trabajo de hormiga, con agentes infiltrados en otras empresas sospechosas, pero sabían camuflarse muy bien.

Como era de esperar, Pablo y yo nos enamoramos y no podemos vivir separados.

El caso sigue en investigación, mientras tanto, para continuar con nuestras vidas cambiamos de identidad. Espero que pronto podamos dar con los narcos. ¡No te imaginás cuánto lo deseo!

Apenas puedas escribime, por favor. Necesito saber de vos, amiga. Cariños

Melina

EL ENCUENTRO JAMÁS CONTADO

Franco Gelardi

Como era la costumbre, el padre y su hijo salieron de cacería en busca de algún animal de gran tamaño que les sirviera de alimento. Entre los cedros y los lapachos gigantes de la selva misionera, caminaron durante horas acalorados y sedientos.

De repente, el hijo vio a lo lejos un objeto esférico, que no distinguía con claridad. Sigilosamente, fueron acercándose al elemento que tanto los atraía. Pero el rugido de un jabalí distrajo al padre, que sin dudar fue tras la bestia.

El niño, sin embargo, continuó buscando esa cosa... Veía, a la distancia, algo blanco atravesado por líneas onduladas y coloridas. Parecía identificar ciertas prolongaciones a los costados, como si fueran brazos o piernas.

Le parecía familiar su forma. Pensando, recordó a la Brazuca del Mundial 2014.

De la nada, el objeto giró, se miraron y la pelota, igual que una tortuga escondió sus brazos y piernas. Después comenzó a rodar velozmente entre la vegetación, chocó contra una palmera hasta parar frente al pequeño. ¡No podía creer lo que estaba contemplando!

Intentó tocarlo, pero se movió y no pudo.

–No lo hagas, no debes acercarte tanto a mí– dijo con voz calma. Casi se cae del susto. Esa cosa hablaba. ¿Estaba soñando?

Entonces, continuó diciendo que no debía temerle. Era un simple animal que pertenecía a una rara especie en extinción. Vivía en la selva sin poder salir de allí, este era su hábitat y moriría si se alejaba de aquel lugar, así como los pe-

ces no pueden respirar si salen del agua.

Refregó sus ojos una y otra vez. No podía salir del asombro. Pero el animal siguió hablando.

No le cuentes a nadie que me viste, y mucho menos que me escuchaste. Pero, podés venir a jugar conmigo cuando quieras.

En ese momento se escuchó al padre llamándolo a gritos.

–¡Mateo!

–¡Acá estoy! – respondió el niño. – Cerca de la cascada.

Luego, le dijo al extraño que no tenga miedo, no iba a contarle a nadie de su existencia. Estaría seguro con él.

Por fin se encontraron padre e hijo. Mateo se disculpó por haberse alejado demasiado y prometió no volver a hacerlo. En el camino de regreso su padre le pregunta:

– ¿Pudiste saber qué era esa cosa blanca que vimos por la mañana?

Pensó unos minutos y respondió:

– No. La perdí de vista, cuando me estaba acercando se escondió entre los matorrales. Una lástima. Quizás haya sido algún armadillo...

Mateo era un niño de palabra. No quería contarle de su extraño amigo. Tal vez, nadie le creería. Pero sabía que volvería a verlo posiblemente algún día.

LA LECCIÓN DEL BURRO

Ema Pinasco

Amanecía en el campo y las altas montañas del pueblo parecían saludar. En ese mágico lugar vivían muchos animales que disfrutaban reunirse tan solo porque eran amigos.

La mañana primaveral se inundó de risas y canciones. Los animales iban a la escuela y tendrían la primera evaluación del año. La maestra Lechuza, que siempre tenía una sonrisa dibujada en el pico, les dio la bienvenida.

–Alumnos, hoy es el gran día de la prueba de matemática. Espero hayan estudiado mucho, es realmente difícil.

Los animales se miraron con cara de preocupación, ya que ninguno había estudiado nada. El cerdito estaba tan nervioso que se puso colorado y a pesar de que era el más gracioso del curso estaba más serio que un soldado. A la gallina se le erizó la cresta roja y se le cayeron un par de plumas. El ternero se puso tan pálido que perdió sus manchas negras. A la coneja le temblaban las orejas. La lana esponjosa de la oveja se alisó de repente. Lo del pavo real fue muy cómico. Como no pudo mostrar su abanico multicolor abrió sus patas y tropezó con una gran piedra. La última en llegar fue la tortuga, que de los nervios entró sin pedir permiso.

Y comenzó la prueba nomás.... Cada uno en su banco leía la larga lista de ejercicios que la maestra había preparado. Si no aprobaban seguro serían castigados.

–¡Pero qué difícil es esto! – se escuchó decir al cerdito.

–¡Quiero ir a tomar la leche a casa! – murmuró el ternero.

Pasadas dos horas, algunos no habían escrito nada, otros algunas respuestas incorrectas y la mayoría comenzó a llorar. La Lechuza se dio cuenta que la

evaluación era un fracaso, nadie había estudiado y enojada preguntó:

–¿Por qué no estudiaron?

–Era muuuuuuuy difícil– respondió el ternero.

–Cua cuando me puse a estudiar me dieron ganas de nadar– dijo el pato.

–Meeee arreglé tanto la lana que me quedé dormida– comentó la oveja.

Dispuesta a darles una lección, la maestra voló hacia el escritorio, abrió su maletín y sacó unas vinchas con orejas de burro que repartió entre sus alumnos. Sentían mucha vergüenza.

Pero, en ese momento, entró al salón la señora Cabra, la directora.

–Buenos días, alumnos. Les presento a su nuevo compañero, el burro Juan.

El burro era tan burro que no sabía rebuznar. Cuando vio las orejas que llevaban sus compañeros pensó que era pura cordialidad de bienvenida y les agradeció por el extraño recibimiento. Todos se reían a carcajadas, hasta Juan comenzó a reír también. La única que no lo hizo fue la maestra, quien le explicó que llevaban orejas porque no sabían de Matemática.

El burro no se ofendió, tomó la hoja de la prueba y comenzó a responder correctamente todas las preguntas mientras el resto de la clase no salía de su asombro.

Luego, dijo:

–Me esforcé mucho para poder venir a la escuela. Sé que soy un burro, pero mi esfuerzo vale más que mi condición.

Entonces, la maestra lo felicitó y los animales corrieron a darle un fuerte abrazo.

NECESITO UN ABRAZO

María Emilia Campanella y Luciana González

Como todos los miércoles, me encontraba sentado en ese sillón incómodo y tratando de explicarle a mi psicóloga lo que sentía. Y otra vez su reprimenda.

–Facu, tenés que reaccionar.

–¿Pero qué se supone que haga? ¿Que yo también pegue e insulte?

–No, simplemente no dejes que te traten así.

–Como si fuera fácil ignorar humillaciones, burlas y soportar golpes.

La psicóloga miró el reloj y terminó la sesión simultáneamente.

Aburrido, caminé hasta la plaza y me senté en el viejo banco de madera a escuchar música. No mucho después, un hombre alto y canoso se acercó y con voz amigable me preguntó si podía acompañarme. Le respondí que sí, pero él no dejaba de mirarme.

–Te noto triste– dijo.

Hacía tiempo que no le importaba a nadie.

–¿Qué te pasa? Puedo escucharte – continuó hablando.

–Bueno, no la paso muy bien en el colegio, hay un grupo de chicos que me molesta continuamente, en casa me ignoran y mi psicóloga no logra comprenderme.

–Te entiendo, a mí me pasó lo mismo de chico. Mis papás cuando estaban en casa peleaban todo el día y nunca me escuchaban.

– ¿Y cómo busco una solución?

–Creo que deberías abrirte con un adulto de confianza e insistir hasta que logres su atención. ¡Buscá ayuda!

Respondí, decepcionado, que iba a seguir su consejo. En mi interior sabía que era más de lo mismo.

A la mañana, eran cuatro los chicos que me estaban esperando en la entrada de la escuela. Entré y dejé mi mochila al lado del banco. Y comenzaron, otra vez los golpes y las amenazas.

Entre sus risas y mis lágrimas grité:

– ¡Basta, por favor! No aguanto más.

Pero siguieron, sin importarle. Me salvó el timbre y la señorita Thomson que al verme llorando, me preguntó qué me había pasado. Y nuevamente respondí que nada.

Llegué a casa y estaba mi mamá. Raro, nunca llegaba a esa hora. Primero estaba su clase de pilates y más tarde el curso de repostería. Y yo...

– ¿Qué te pasó, hijo? ¿Por qué estás llorando?

Recordé las palabras de aquel desconocido y decidí contarle lo que me ocurría.

Mi sorpresa fue grande al ver que mi mamá era quien lloraba esta vez.

– ¿Desde cuándo tus compañeros te agreden? – preguntó.

Desde el primer día de clases, mamá. No sé por qué. Yo no les hice nada. Pensé que algún día iban a cansarse, pero no pasó.

–¿Por qué no me contaste nada antes?

–Porque nunca estás para mí. Siempre hay algo más importante.

Mi mamá me abrazó fuerte y fui feliz entre sus brazos. ¡Cuánto lo necesitaba!

Prometió acompañarme al cole, al día siguiente y hablar con la maestra.

La señorita Thomson se enojó mucho al enterarse lo que estaba ocurriendo. Le agradeció sus palabras a mamá y también ella me regaló un abrazo de oso.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–Le juro que tenía miedo, señorita, que me dieran más fuerte...

Y ya no pude seguir hablando. No me salían las palabras.

La maestra conversó con los chicos y sus padres. Trabajamos toda la semana sobre el compañerismo y la convivencia escolar, sobre emociones y sentimientos. Tenía la esperanza de que todo cambiara.

Llegó el lunes. Entré a la escuela y solo me saludaron con simpatía. Sonreí. Algo comenzaba a cambiar...

NO ME OLVIDES

Ivo Gusic

Zoe está triste; con su hermanita Violeta eran muy unidas, por eso el mundo se le vino abajo cuando le dieron la trágica noticia...

Todo comenzó con aquella invitación a la fiesta de cumpleaños de una amiga de la familia. ¡Fiesta de disfraces! Así que cada quien diseñó su propio vestuario.

Zoe eligió vestirse de tiburón, los amaba. Violeta, más simple y rico: un pancho. Sus padres también llevaban disfraces, pero no tan llamativos. Cuando llegaron felicitaron a la cumpleañera por sus 43 años y la llenaron de regalos.

En la pista de baile, Zoe se encontró con una amiga de la infancia, Suzie. Hacía rato que no se veían. No hablaban desde aquella pelea absurda por un chico.

Violeta jugaba con otros niños de su edad.

Después de soplar las velitas, la hermana menor empezó a sentirse mal, le dolía el estómago. Así que, con su madre, decidieron volver temprano a casa.

Al rato nomás la policía llegó al evento y les informa que Violeta y su madre habían tenido un accidente en la carretera. La noche lluviosa, la ruta resbaladiza y el auto volcó.

Lo más rápido posible, Zoe y su papá, corrieron al hospital. Su madre estaba bien, solo golpes en un brazo. En cambio, su hermanita, una herida profunda en la cabeza. Y allí la vio, inconsciente sobre la camilla, y no pudo contener las lágrimas. No podía creerlo, horas antes bailaban juntas en la pista y ahora...

Su madre se culpaba por esa tragedia, pero Zoe trataba de contenerla y explicarle que solo fue un accidente.

Días después, mientras dormía una siesta, sus padres la llamaron a los gritos. Violeta por fin había despertado.

Cuando llegaron al hospital y la vieron, otra vez se emocionaron hasta las lágrimas. Violeta los miró raro, y luego les dijo:

¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me abrazan? – mientras movía la cabeza de lado a lado sin entender nada.

Zoe volteó su cabeza hacia el médico, quien sin perder tiempo les dijo que Violeta había perdido la memoria. Era muy difícil que pueda recuperarla, pero no imposible.

La familia quedó muda, sin saber qué responder. Fue el papá quien le tomó la mano y afirmó que iban a acompañarla siempre.

Semanas más tarde, Violeta volvió a su hogar. Zoe la invitó a pasear, estaba dispuesta a ayudar a su hermana. Recorrieron juntas sus lugares favoritos: el parque, la escuela, la heladería "Mil sabores", como ella la llamaba. Pero nada de eso la hacía recordar, parecía estar viviendo la vida de otra persona.

Pasaban los días y a pesar de los esfuerzos de la familia por hacer que Violeta recordara, nada parecía funcionar. Era una extraña en el cuerpo de la hermana.

Pero por fin llegó el gran día. Zoe y Violeta estaban acostadas en la cama viendo su película favorita, cuando sorprendentemente Viole comenzó a repetir los diálogos que escuchaba y poco a poco se dio cuenta que lo recordaba todo.

Al fin recordaba a su abuelita, a Walter, su perro fiel, a su gato que siempre dormía junto a ella, a su maestra Sandra, y a quienes la querían.

Todo parecía aclararse en su mente. Finalmente abrazó a Zoe con todas sus fuerzas y aferrada al cuello como quien intenta salir de un precipicio, con su voz entrecortada le dijo:

Te quiero, hermanita.

MI OTRA MITAD

Lourdes Neironi

Esta historia se trata de una chica con muchos problemas, porque sus padres pelean todo el tiempo, pero nunca se hubiera imaginado lo que le pasaría ese día.

Ella es una niña llamada Mia, y tiene varios problemas a causa de las peleas de sus papás. Todos sus días eran iguales y lúgubres, hasta que un día sus padres le regalaron un perrito llamado Pupi. Cuando él llegó a su vida, a ella le parecía que mientras estaban juntos, sus problemas desaparecían y le re-sultaba todo más fácil a su lado. Su perro la ayudaba siempre cuando estaba triste, gracias a él, Mia podía sentirse bien y olvidarse, aunque sea un ratito de todo lo malo que le pasaba.

Todo parecía estar bien hasta que un día, su perro comenzó a comportar-se bastante raro, no comía ni tomaba agua, tampoco ladraba, solamente se quedaba acostado en su cucha. Mia al ver que su perro estaba así, decidió comunicarle a sus padres, ellos, al ver como estaba, decidieron llevarlo al veterinario. Al día siguiente, los padres de Mia llevaron al cachorrito al doctor mientras ella estaba en el colegio. El veterinario al revisar a Pupi, les comunicó que el perrito tenía una enfermedad mortal y que en pocos días moriría. Mia al llegar del colegio, les pregunta a sus papás cómo estaba Pupi y qué les había dicho el veterinario, cuando ellos le explican que el animal se iba a morir, Mia no podía creerlo ni entenderlo, ella sintió que en ese mismo instante el mundo se le iba a caer encima. Ella se fue a su habitación llorando y apenas vio a Pupi, lo abrazó y le dijo:

–Pupi, gracias por absolutamente todo.

Al decirle eso, al instante estalló en lágrimas y se quedó dormida al lado del perrito.

Al otro día, Mia se despertó para ir como todos los días a las siete de la mañana al colegio, al terminar de desayunar, fue a saludarlo para irse a la escuela como siempre, y al ver que el perro no despertaba, entró en una desesperación que ni ella lograba entender como se podía llegar a sentir así, era un ataque de pánico, pero ella no lo sabía porque nunca le había pasado. Ese mismo día no fue a la escuela, todo para Mia se había vuelto de nuevo gris y triste, ella necesitaba a su mascota a su lado, pero lamentablemente él ya no estaba. Esa misma tarde, los padres de la niña comenzaron a discutir a los gritos por problemas económicos, pero esta vez ella tendría que pasarlo sola porque Pupi ya no estaba a su lado.

Cuando se dio cuenta que tendría que pasar todos sus problemas sola, se largó a llorar sin parar, mientras para no escuchar a sus padres, ponía música en su celular hasta quedar dormida. Al despertar, sus papás ya habían dejado de pelear, pero ella seguía con el mis-mo nudo en la garganta que le impedía decir una mínima palabra, lo único que le podía llegar a hacer bien era mirar el cielo y el rincón donde siempre estaba Pupi.

Mia al quedarse viendo el cielo mientras pensaba en Pupi, se dijo a sí misma: "¿Por qué se tuvo que ir y dejarme sola?, yo lo necesito mucho a él". Mientras pensaba eso, lágrimas caían por su cara, y como antes, sentía el mismo nudo de la garganta que tenía cuando sus padres discutían.

Luego de un rato, comenzó a escuchar unos ruidos muy extraños, eran ladridos de un perro, pero no de cualquier perro, para ella eran idénticos a los de su cachorro, eran gruesos y rasposos, ella no lo podía creer ni entender, pero sabía que era imposible, ya que su perro se había muerto hace un día, seguramente ella había escuchado mal y eran cosas de su cabeza. Entonces decidió ir a la cocina a buscar un vaso de agua porque tenía sed, pero los mismos ladridos se escuchaban y ahora parecían cada vez estar más y más cerca.

Decidió subir de vuelta a su cuarto y ponerse a hacer su tarea tratando de olvidarse de sus padres, de Pupi, de los ladridos que escuchaba, y de absolutamente todo lo malo que le ocurría. Todo eso pasaba por su cabeza y le daban ganas de llorar, pero no podía porque necesitaba concentrarse en sus deberes.

Todo parecía estar bien cuando por fin había podido tranquilizarse y poder concentrarse, hasta que volvió a escuchar esos extraños y parecidos ladridos, pero ahora parecían estar adentro de su habitación y de ella.

Sin importarle, ella siguió con su tarea tratando de olvidar todo lo que le sucedía, pero cuando los ladridos parecían desaparecer, comenzaba a aparecer una extraña figura de un perro exactamente en el mismo rincón que casi siempre estaba Pupi. Cuando vio esa figura, no podía creerlo, quizás eran alucinaciones de ella y no era verdad lo estaban viendo sus ojos, pero cuando la extraña figura de ese perrito saltó hacia sus piernas, supo que en realidad era él. Al verlo, era casi invisible, pero ella lograba verlo de todas formas.

Cuando Pupi subió arriba de sus piernas, no lo podía creer, sintió una gran emoción adentro suyo inexplicable. Después de un rato de estar jugando con él, Pupi había desaparecido por completo, ya no estaba más la figura del cachorrito y tampoco se escuchaban sus particulares ladridos, solamente había silencio en todo su cuarto.

Cuando Mia se había dado cuenta de que Pupi había desaparecido y que ya no lo iba a poder ver más, la tristeza había comenzado a invadirla, sus ojos comenzaban a ponerse lagrimosos y empezaba a sentir el mismo nudo que tenía antes. Cuando ya se estaba por largar a llorar, una sombra aparecía en el rincón de Pupi, mientras se secaba las lágrimas comenzaba a sonreír, pero en su cabeza se hacía siempre la misma pregunta:

¿Por qué Pupi aparece y desaparece de la nada?, esa es la inquietud que rondaba por su cabeza, pero de todas formas ella estaba feliz de que él esté ahí a su lado como antes.

Ya de noche, se estaba por ir a dormir con Pupi a su lado, pero cuando ya se había dormido, al ratito se despertó para ir al baño, y cuando abrió apenas un ojo se fijó si estaba su perrito, él ya no estaba, pero los ladridos seguían estando.

¿Por qué Pupi había desaparecido pero sus ladridos se seguían escuchando y en su cama habían quedado pelos del dulce cachorrito si él estaba muerto?

¿FUE UN SUEÑO O REALIDAD?

Camila Bravo

Lamentablemente empezaba la semana y me tenía que despertar muy temprano para llegar a tiempo al colegio. Anoche no había dormido muy bien que digamos, me levanté muchas veces para ir al baño, creo que estaba nerviosa por la prueba que tenía ese día. Pero no solamente vamos a hablar de lo cansada que estaba, sino de algo que me pasó MUY extraño, no miento cuando digo MUY extraño. Bueno, y así fue como empezó ese lunes:

– ¡Despertáte Lucía! – así me dijo la profesora Vani en su hora de historia. Yo trataba de prestar atención, pero mis ojos se cerraban solos, hasta que me dormí nuevamente. Un ruido fuerte me despertó. Abrí mis ojos y estaba sola en el salón. Me pareció muy raro y supuse que estaban en el recreo. Asomé mi cabeza en la ventana y era la nada misma. Luego me fijé en mi reloj para saber la hora, pero justo se había quedado sin batería.

Caminé poco a poco hacia la puerta y la abrí. Miré al cielo estaba negro, había mucho viento y aves muy extrañas. De pronto voló un papel a mí. Lo agarré y en él decía: ´´SI QUIERES SALIR DE ESTA DIMENSIÓN, TENDRÁS QUE RESOLVER 5 PISTAS QUE ESTÁN POR TODA LA ESCUELA´´.

– ¿Cómo otra dimensión? – Dije muy confundida.

Noté que del otro lado de la hoja también estaba escrito y seguí leyendo.

´´LA PRIMERA PISTA ES: ALLÍ TODOS VAN PARA RECIBIR UN CASTIGO´´.

Después mágicamente apareció un reloj. Era muy insoportable su sonido. Click, clock, click, clock. Así fueron las 7 horas que estuve en ese bendito lugar sin poder salir. Descubrí que si terminaba el tiempo antes que yo saliera me

quedaría allí para siempre, pero si lograba hacerlo podría volver a mi hogar.

Pensé algunos minutos y fui a la dirección de primaria. Revolví todo, pero no había nada. Después busqué en la dirección del secundario, pero tampoco había nada. Ya había perdido las esperanzas, y vi una maceta con la siguiente pista. Salté de la emoción y lo leí: "AL ARECRET ATSIP ÁTSE NE AL ALAS ES ACITÁMROFNI".

Primero creí que estaba en otro idioma. Saqué mi celular para buscarlo en el traductor y no andaba. Hasta que veo mejor las palabras. Leí, leí y leí...

– ¡Las palabras están al revés! – dije emocionada.

"LA TERCERA PISTA ESTÁ EN LA SALA DE INFORMÁTICA".

Corrí como nunca. En el camino me tropecé y me hice mal la rodilla, pero seguí adelante. Llegué muy agitada, dispuesta a encontrar la cuarta pista. La verdad, me resultó fácil encontrarla, estaba adentro de la impresora y decía:

"AQUÍ VIENEN A LEER LIBROS, PERO SOY DE LOS MÁS VIEJITOS".

Era obvio que era en la biblioteca así que fui. Caminé hacia la repisa de los libros más viejos de la escuela. Miré al mueble y eran cientos y cientos de libros.

– ¿Y cómo voy a saber qué libro tiene la quinta pista?

No sabía por dónde arrancar. Volví a leer el papel de nuevo a ver si tenía una trampa, pero no noté nada. Comencé a desparramar los libros y a buscar. Di un bostezo muy largo. Prometí no dormirme, claramente no puede y me dormí. Al día siguiente me desperté por el sonido de ese horrible reloj. Solamente me quedaban cinco horas. Me estiré y moví libro por libro hasta que cayó una llave con una nota que tenía escrito lo siguiente:

"AQUÍ RECORDARÁS TU INFANCIA, CUANDO JUGABAS CON TUS MUÑECAS".

Bajé rápido las escaleras hacia el jardín. Comencé a abrir salita por salita hasta que una abrió. De pronto escucho un ruido: click, clock..., y una voz que decía que me quedaban dos horas. Desesperada, busqué rápidamente la sexta pista. Allí dentro había muchos globos y los empecé a explotar y la encontré. Pero algo me llamó la atención. El tiempo pasaba muy rápido, faltaba una hora y todo se acababa. Ya no tenía ganas de seguir. Mi mente me decía que me quedaría ahí para siempre y no podría volver a mi familia y amigos. De pronto otra voz se escuchó por todo el lugar:

–Hola Luli, soy tu mamá, tú puedes despertarte".

–Eh, ¿despertarme de qué? – pensé.

No sabía si esa voz era real o ya me estaba volviendo loca. Me olvidé de lo su-cedido y leí la última pista:

"LA ÚLTIMA PISTA ESTÁ POR DONDE ARRANCASTE".

Corrí a mi salón. En la pared estaba la cuenta atrás, solo me quedaban tres minutos. En una maceta estaba la pista que me dejaría irme. Faltaba un minuto y ya la había encontrado. En ella decía que escribiera en el pizarrón: "quiero volver, Lucía Anderson" y que lo diga fuerte. Lo hice y funcionó. En la pizarra se abrió un portal y caminé hacia allí.

Mis ojos se abrieron poco a poco. Desperté en un hospital. Mi familia estaba al lado mío, todos llorando. Mi hermano mayor, Marcos, fue el primero que notó que ya había despertado. Corrió a mí y me abrazó cuidadosamente.

–¡Lucía está viva! – él gritó.

–¡¿Estaba muerta?! – exclamé muy asustada.

–No hijita, estabas en un coma. Tu corazón dejó de latir por algunos minutos, pero te despertaste– me dijo mi papá.

– Pero, ¿cómo quedé en coma? – dije temblando.

Mi mamá me explicó que lo que había sucedido era que hubo un accidente en la escuela y que hay muchos heridos. Pregunté por mi mejor amiga, Sarah. Todos quedaron callados y bajaron la cabeza. Di un suspiro largo y lágrimas empezaron a caer. Estaba en shock, no podía creer que mi mejor amiga de toda la vida se había ido.

Se hizo de noche y estaba sola en mi habitación. De pronto me comenzó a doler la rodilla y me fijé. Estaba muy lastimada y me dolía bastante. Recuerdo que en el mundo paralelo me había golpeado justo en ese lugar. Entonces, ¿era todo real?

MI GATITO MÁGICO

Francesca Ciurluini

Un día normal, Agos caminaba de regreso a su casa súper feliz, ya que ese día le regalarían una nueva mascota, pero no sabía que iba a ser porque su mamá le dijo que era sorpresa.

Al llegar a su casa se encontró con el regalo de que era un gato, pero a ella no le gustaban, así que le rogó a su mamá que lo cambiara porque le daban mucho miedo pero ella le dijo que no y que lo superara. Durante una semana a Agos no le importó mucho el gato que le maullaba rogándole un poquitito de comida y agua, así que Milena, su hermana, se encargó de él esos días...

–Agos, podrías servirle un poco de comida al gato – le gritó Milena desde la cocina ocupada.

–Bueno – dijo Agos indignada.

Ya el gato con comida en el plato y con cara de agradecimiento se acercó a ella y le lamió el cachete. En ese momento Agos se dio cuenta que no era tan malo tener un poquito de compañía. Desde ese entonces empezaron a ser mejores amigos, pero cuando llegaba el momento de ir a la escuela, Mishu que era el nombre que le había elegido Agos al gatito, lloraba sin parar. Era tanta la conexión que tenían, que estaban todo el día juntos, como colegas, o amigos, hasta casi como hermanos. Pasaron y pasaron las semanas y seguían siendo súper unidos, hasta que un día Mishu se subió a su repisa, paseándose por las cosas como si estuvieran pegadas, no se caía ni una, Agos quedó impresionada y llamó a su hermana para que lo viniera ver, pero al llegar ella Mishu comenzó a tirar todo haciendo un desastre. Mile se enojó mucho con él así que le gritó diciendo que era un inútil y como iba a tirar todo, desde mi cama podía verle la cara de miedo como si le fueran a pegar la paliza de su vida.

–¡¡Milena!!– le gritó Agostina súper enojada con ella

–Dejá al gato que no hizo nada, no fue su intención.

–¡¿Y vos por qué no lo bajaste?! – le preguntó Milena.

–Y... porque pasaba por las cosas como si no se fueran a caer – lo dijo mirando al gato.

– Ay sí, seguro. Te creo y todo. Cómo no va a tirar las cosas ¿vos te sentís bien? – le dijo ya casi saliendo de la pieza.

– ¡¡Si!! ¿Por? – le gritó.

Después de dos días lo volvió a hacer, pero esta vez se subió y convirtió todo en oro.

– ¡¡Mamá, mamá!! – gritó despavorida Agostina– ¡¡Mirá!!Llegó la mamá súper preocupada a la pieza.

–¡¿Qué hija?! – gritó desesperada su madre.

–¡¡Mirá!! – le volvió a repetir Agos mirándola a los ojos.

–Ay no, tiró todo de nuevo– dijo la mamá enojadísima.

–No, pero no te quería mostrar eso, mirá las cosas – dijo Agos feliz.

–¿¿Que están todas rotas?? – le dijo la mamá.

–No, son de oro.

–¿¿Qué decís hija?? Si están como siempre.

Agos las miró decepcionada y sin palabras.

–Perdón ma por hacerte perder el tiempo – le dijo Agos triste.

–No hija, no te hagas problema.

Agos, después de que se haya ido su mamá, le preguntó al gato si era verdad todo lo que estaba viendo, si en verdad no está loca, le acarició la espalda y apareció un destello desde la ventana que llegaba al gato.

– Mishu, ¿estás bien?

Él se comenzó a transformar en una persona rara que no conocía.

–Hola Agos, soy Mishu tu gatito, hace años era una mago muy malo.

–Mientras que no me hagas nada está todo bien– le interrumpió Agos al mago.

– No vine a hacerte nada, sino que al contrario, vengo a agradecerte. Como te decía, era muy malo y me castigaron haciéndome un gato y este hechizo se rompería solo con el poder del amor y eso fue lo que pasó – le dijo súper feliz.

–¿¿En serio?? – Le dijo Agos curiosa.

–Sí, desde que llegué a tu casa y te vi supe que eras la indicada, pero ahora me toca irme, por favor no le cuentes a nadie sobre esto, y también me toca agradecerte por todo.

–Pero ya te vas, así de la nada– dijo Agos triste.

–Sí, perdón.

El mago desapareció y Agos no sabía qué decir. Al llegar la noche su familia empezó a preguntar dónde se encontraba Mishu, y Agos tuvo que decir que no lo busquen, que él ya había hecho lo que necesitaba.

EL REFLEJO DEL AMOR Y LA GUERRA

Mateo Fernández

Esta es la historia de Miguel, un hombre argentino, de 25 años, morocho, alto y apuesto, que fue a la guerra y se enamoró de una enemiga.

Todo empezó a inicio de 1982 en la provincia de Jujuy. Miguel vivía feliz con su familia, conformada por sus padres y su hermana, aunque quería conseguir una pareja, no lo hacía, cada cita que tenía fracasaba, pero él seguía in-tentando. A pesar de eso estaba alegre con su vida.

Un día llega la noticia de que Argentina le declara la guerra a Inglaterra por las Islas Malvinas y necesitan hombres para pelear. Todos en la familia de Miguel no estaban de acuerdo con que vaya, pero él quería ir y contribuir a su nación. Su familia insistió, obviamente no pudieron convencerlo. La decisión estaba tomada.

Llegó el día y el valiente jujeño embarcó hacia las Islas Malvinas muy decidido de lo que iba hacer, una vez en el barco, junto con todos los demás hombres, el capitán les advirtió qué debían hacer, cuándo y dónde.

En un momento un compañero le pidió que vaya a la bodega del barco a buscar armas, al entrar vio las armas y además vio un espejo muy peculiar por su marco de oro puro, pensó que si sobrevivía a la guerra le serviría para cambiarlo por dinero, ya que no tenía mucho en su casa. Decidió llevárselo al irse, pero antes se acercó al espejo y vio a una mujer bastante bella que vestía un uniforme militar eso lo sorprendió bastante, aunque decidió no abandonar su idea inicial e ignorar el hecho tan extraño.

Luego, cuando salieron del barco, vio el mismo reflejo, pero en el agua y también vio a la hermosa chica. En ese momento se enamoró de ella. Quería saber

quién era, pero no quería dejar su misión de proteger a su país. Así que marcharon hacia la zona en la que desembocaría la primera batalla.

Estaban por llegar, Miguel iba al frente de todos, sin miedo a la derrota. Se veían figuras a lo lejos, eran los ingleses listos para atacar. Al verlos se distinguió a una chica en el ejército, era la única y sobresalía bastante entre los demás, era la chica que vio en los reflejos del espejo y del mar. En persona era aún más bella.

Quizá fue por el frío, el hambre o la niebla, pero le pareció que ella lo estaba mirando. Cuando se acercaron más ambos ejércitos empezó el tiroteo. El argentino, un poco distraído, dejó de verla, se cubrió detrás de unas piedras y empezó a disparar, la bella chica también disparó y se cubrió.

La batalla duró 2 horas, muchos murieron, ingleses y argentinos, pero Miguel no solo sobrevivió, sino que fue el que más desempeño tuvo. Lo que lo preocupaba era si la chica británica seguía con vida. Así que fue a la bodega a ver el espejo. Al llegar, la vio y se sintió más tranquilo y se fue a descansar.

A la mañana siguiente se despertó temprano, listo para pelear, al salir de su habitación vio a la chica, no en un reflejo, de verdad, al verla se quedó paralizado, no sabía si estaba sola o los estaban atacando los ingleses. La chica al verlo decidió correr e irse a su barco, parecía que quería verlo, pero no sabía qué decirle. Le dejó una carta que decía “ve la costa oeste de Gran Malvina a las 5 de la tarde, tenemos que hablar”

Llegaron las 5 y el valiente hombre ya estaba donde decía la carta. La vio a la chica y se acercó, al verlo, la chica le dijo que mire el mar, Miguel la obedeció y en el reflejo la vio la vio a la inglesa, pero también se vio a sí mismo más a la derecha, justo donde estaba ella. Al verlo se dio cuenta de que ella también lo veía en el reflejo de todo. Se acercó a ella y preguntó si hablaba español, ella le respondió que sí y luego lo besó.

Miguel estaba muy confundido, aunque no le importaba mucho, ya que se sentía muy bien, como si estuviera estresado y se relajara de golpe, como si la guerra no existiera, como si solo estuvieran ellos solos en el mundo. Al soltarse se preguntaron sus nombres, resulta que la chica se llamaba Amelia y que

había sido entrenada desde chica en la fuerza militar, a los 18 años se recibió como soldada y un año después la ascendieron a sargenta por su gran desempeño tanto en batallas como en entrenamiento.

Días después se estuvieron juntando en secreto para hablar y ambos habían notado que ya no veían a otro en sus reflejos, como si hubiera sido una señal para que se junten y al juntarse se haya deshecho la señal.

Un día, hablando entre ellos, decidieron robar un barco e irse a vivir a Argentina, donde estarían en paz. Estaba decidido que iban a hacer, en la noche fueron al puerto del lado argentino para escapar. Al llegar se escucharon tiros a lo lejos, y estaban todos los soldados, americanos y europeos batallando.

Era una locura, como puede ser, estaba todo tan bien, justo como lo planearon y empezó una batalla con todo: aviones, barcos, camionetas, y hombres a pie. La pareja huyó hacia un barco vacío para huir lo más rápido posible. Estaban ya en el barco, en camino a Argentina cuando escuchan un ruido en la bodega del barco y de la nada se escuchan balas, gritos y algo caer al suelo, Miguel disparó hacia el hombre que estaba abajo y lo mató. Estaba más tranquilo, pero la vio en el suelo a Amelia, muerta,

Dos meses después, finalizada la guerra, Miguel se convierte en un héroe nacional, reconocido por su historia con esa chica que tanto amó y perdió, y por su increíble talento como soldado. A pesar de todo, él rechazó un puesto como comandante del ejército y fue con su familia que lloraba de felicidad de que Miguel no solo había sobrevivido, sino que fue un soldado muy importate en la guerra que dio todo por el país y no fue recompensado con lo que más quería, amor.

EL POZO MISTERIOSO

Gerónimo Morel

Sonó la alarma a las siete y media, me levanté, me vestí, desayuné un café con tostadas y junto a mi perro salí a correr por el parque como todos los días.

A unas cuantas cuadras de mi casa, me distraje con un accidente que había ocurrido entre una moto y un auto. Y caí en un pozo profundo que no sé de qué era, ni que hacía. Ya que los días anteriores no estaba.

Mi perro, por suerte no cayó, según lo que llegué a ver se frenó antes y se quedó por unos minutos ladrando y luego se fue, creo yo que para pedir ayuda.

Yo todavía estaba tranquilo y, pese a mis múltiples dolores, decidí levantarme y tratar de buscar una salida de ese extraño lugar en el que me encontraba. Tenía mi celular que, por suerte, ya lo había cargado y tenía casi noventa por ciento de batería, así que me serviría como linterna.

Ya había estado recorriendo treinta minutos aproximadamente, y no encontraba salida. Me estaba preocupando y poniendo nervioso. Intenté llamar a la policía y a los bomberos, pero no había señal.

Seguí recorriendo, ya hasta con miedo, algo que no es habitual en mí. Seguramente porque llevaba cerca de cuatro horas allí.

Estaba temblando de miedo, con pocas energías. Y, de repente, se encendieron luces, vi cuatro puertas delante mío junto con un cartel que decía: “Todas estas puertas te llevarán a tu destino, elige bien”.

Mi primera opción tenía en su interior a serpientes cobra, y en la entrada una flauta. Parecía buena, pero como no sabía tocar la flauta, la descarté.

La segunda puerta contenía cuatro leones hambrientos y feroces. Lógicamente, también la descarté.

En la siguiente hacía un calor infernal, calculo yo que arriba de los trescientos grados. Ésta la rechacé, dado que era mucho el calor y no sabía su extensión.

La última opción era un laberinto gigante, que en la entrada tenía un mapa. Creo que era lo más obvio ya que con el celular le podía sacar una foto al mapa.

Ya estando más tranquilo, comencé mi camino por ese gran laberinto.

En un momento, me perdí, empecé a dar vueltas en círculos y volvió mi miedo. Estuve como una hora perdido. Por suerte me volví a ubicar y continúe mi camino.

Llegando al final veía una puerta arrimada de la que salía un resplandor blanco. Estaba temblando, pero igual crucé porque pensé que esa era la salida. Y no me equivoqué.

Volví a escuchar la alarma, me volví a levantar, desayuné otra vez y salí a correr con mi perro de nuevo. Otra vez vi el accidente, pero esta vez vi el pozo y lo esquivé.

Aún no sé si era un sueño o un viaje en el tiempo, sin dudas, fue una experiencia muy extraña.

Índice

¡Leímos y Escribimos más! 1

Palabras de bienvenida 3

Mensaje de experto 5

Última advertencia 6

Agradecimientos 7

DON MIGUEL 9
Luciano Saracino

EL MÁGICO BOSQUE 19
Mateo Heredia

MUDANZA OBLIGADA 21
Bautista Cingolani

EL DÍA FINAL 23
Thomas Rovere

LA MAÑANA EN QUE EL BOSQUE LLORÓ 27
Olivia Caiazza

EL AUTO DEL FUTURO JUNTO A LORENZO Y GABO 31
Vladimir Gómez Dedjar

EL TUCÁN 33
Candelaria Milagros Díaz

NIÑOS TRAVIESOS 37
Dante Nicolet

NO TE METAS CON LA PERSONA EQUIVOCADA 39
Jazmín Lucía Dubrawski

¿QUÉ PASÓ CON ARROYO FLORES? 43
Victoria Ferraguti

ATAQUE ALIENÍGENA 47
Eric Aguirre, Teo Aguirre y Joaquín Desana

SIN TÍTULO 51
Abril Liñán

CAMBIOS SORPRENDENTES 55
Alena Gouthier

JOSEFINA Y LA BOLITA VERDE 57
Alma Purdie

NUESTRO TESORO MÁS VALIOSO 63
Emma Marconcini

UNA NIÑA QUE BUSCA SU CAMINO PARA SER FELIZ 67
Chiara Senestro

LAS AVENTURAS DE LAS ARDILLAS 71
Octavio Barboza, Bianca Caisias y Bárbara Coria

EL LIBRO SIN TÍTULO 73
Kiara María Gagliardini

LA HAZAÑA DE LOS DESAFORTUNADOS 77
Giuliano Morán

JUAN CARLOS, EL PUERCO 85
Lautaro Biliato

LA TORMENTA 89
Gino Pieretto

**LA ANTÁRTIDA DECRECE,
EL OCÉANO CRECE Y LA TIERRA DESAPARECE** 95
Lucía Giménez

RENÉ SALVA EL MEDIO AMBIENTE 99
Morena Reyes

LA MALDICIÓN DEL COFRE 101
Clara Properzi

UN LUGAR MÁGICO 105
Lucía Mezzabotta

VIAJE INOLVIDABLE A VENECIA 109
Ludmila Urrutia

CON OJOS DE GATA 111
Ana Clara Bassi

LA LECCIÓN DEL PERRO 115
Federico Granucci

EL JUEGO DE LA BRÚJULA 117
Angelina Isabella Patiño

AMOR DE VERANO 123
Julia Sanca

AVENTURA DEBAJO DEL AGUA 125
Augusto Riffel

PIRATAS 127
Genaro Serpille Gualtieri

LA RAZÓN DE ESTAR CONTIGO 129
Samira Agata Salomón

EL MEJOR DE MUCHOS TIEMPOS 133
Giuliano Benigno

EL MUÑECO DE NIEVE 137
Augusto Osorio Granucci

LA ADOLESCENCIA DE CAMPANITA 139
Luisina González Kuz

EL DINOSAURIO SPID Y EL NIÑO CRASH EN LA BÚSQUEDA DEL TESORO 143
Valentina Castaño

LUIS 147
Ámbar Jara

LA VERDAD DETRÁS DE LA PUERTA 149
Josefina Tion

UNA VIDA EN EL CAMPO 155
Ezequiel Cipriani

MISTERIO 159
Lucía Erica Bechelli

LAS AVENTURAS DE JERÓNIMO 163
Luna Micaela Escudero

ROBO AL BANCO 167
Juan Cruz Vilches

UN CASO INESPERADO 169
Thiago Lara

UN DÍA DE PLAYA 173
Isabella Ojeda y Agostina Luján

UN DÍA DIFERENTE 177
Benjamín Capiglioni y Felipe dos Santos López

VACACIONES EN EL PARAÍSO 179
Ambar Ferrarese

EL BOSQUE ENCANTADO 183
Carolina Martinez

EL CUARTO SOMBRÍO 187
Juan Ignacio Mulloni

EL GRAN CASO 189
Lucila Talamone y Valentina Ferreyra

EL ENCUENTRO JAMÁS CONTADO 193
Franco Gelardi

LA LECCIÓN DEL BURRO 195
Ema Pinasco

NECESITO UN ABRAZO 197
María Emilia Campanella y Luciana González

NO ME OLVIDES 201
Ivo Gusic

MI OTRA MITAD 203
Lourdes Neironi

¿FUE UN SUEÑO O REALIDAD? 207
Camila Bravo

MI GATITO MÁGICO 211
Francesca Ciurluini

EL REFLEJO DEL AMOR Y LA GUERRA 215
Mateo Fernández

EL POZO MISTERIOSO 219
Gerónimo Morel